

HARLEQUIN®

Deseo®

UN CABALLERO ANDANTE

Cindy Gerard

2,40 € / 399 ptas. - Argentina: $2,70 - México: $13.00

Un caballero andante
Cindy Gerard
3º Multi. El Club de los ganaderos de Texas
Un caballero andante (2002)
Título Original: Lone Star knight (2001)
Serie Multiautor: 3º El Club de los Ganaderos de Texas

Editorial: Harlequin Ibérica

Sello / Colección: Deseo 1106
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Matt Walker y Helena Reichard

Argumento:

El multimillonario Matt Walker no era de los que huían de lo que deseaban; y lo que realmente deseaba era la mano de Lady Helena Reichard. Siempre presa de los paparazzi, Helena acababa de sufrir una terrible experiencia que la había hecho cambiar y sentirse muy vulnerable.

Aquel texano alto y de ojos verdes sentía un fuerte deseo de protegerla, de convertirse en su ángel de la guarda y hacerla suya para siempre. Pero ¿podría su amor atravesar las heridas y el dolor que Helena encerraba en su corazón?

Prólogo

No era verdad. No del todo. La vida no pasaba ante tus ojos justo antes de morir. Sólo fragmentos, momentos aislados unidos como un vívido montaje en tecnicolor, junto con una extrema y aguda percepción de aquellos que iban a morir contigo.

Mientras la tripulación y otros once hombres y mujeres que iban en el vuelo chárter desde Royal, Texas, hasta el país europeo de Asterland, se preparaban para el impacto con fuerte optimismo, plegarias susurradas o llanto suave, lady Helena Reichard pensaba en Asterland, el hogar que quizá no volviera a ver jamás. Pensó en sus padres, los condes de Orion y en el dolor que les iba a causar su muerte. En el cachorro que había querido de niña, en los proyectos que no podría finalizar y en todos los que podrían sufrir por ello.

Extrañamente, también pensó en el texano alto y atractivo, con ojos verdes risueños y pelo ondulado oscuro, que había bailado con ella en la recepción celebrada en el Club de Ganaderos de Texas dos noches antes.

Ya había conocido a hombres imponentes. Sofisticados. Mundanos. Con título y dinero. Sin embargo, no había conocido a nadie como Mathew Walker. Con su sonrisa fácil y cautivadora y su demoledor ingenio, se había mostrado encantador y al mismo tiempo sutilmente distante. Era evidente que se trataba de un hombre rico, aunque la mano que le había sostenido los dedos durante el baile, había exhibido los callos del trabajo físico sin rubor alguno. Había conseguido que deseara no tener que marcharse de Royal, Texas, tan pronto.

«Qué triste», pensó, «no haber dispuesto de la oportunidad de conocerlo mejor.

Qué triste que mi última visión de Texas sea desde ciento cincuenta metros y descendiendo». Y luego no pensó en nada salvo el momento, mientras el jet, con el motor izquierdo en llamas, se sacudía y descendía los últimos cincuenta metros al suelo. Bajó la cabeza, cruzó los brazos sobre los tobillos y se preparó para el impacto.

A su espalda alguien gritó. Un sonido rechinante atravesó la cabina presurizada mientras toneladas de acero y combustible inflamable golpeaban la tierra para luego derrapar por el desierto sin el beneficio del tren de aterrizaje. Y el miedo…el miedo era paralizador mientras las llamas que habían estado confinadas únicamente al motor izquierdo de pronto envolvían la cabina y un dolor cegador y penetrante la consumía.

Capítulo Uno

—Justin… eh, Justin, espera —Matt Walker caminaba con gesto cansino hacia el puesto de las enfermeras de la unidad de quemados, cuando vio a Justin Webb que se dirigía al ascensor.

Justin se volvió, bebiendo de una taza de café que Matt sabía que contenía el peor café del mundo. Después de un escrutinio critico, frunció el ceño.

—He ingresado a pacientes con mejor aspecto que tú.

Matt sabía que su amigo veía la barba incipiente, una camisa muy arrugada y ojos enrojecidos. Se pasó una mano por el mentón sin afeitar y movió los hombros para eliminar la rigidez.

—Estoy bien. Sólo ha sido una noche larga.

—Querrás decir un montón de noches largas —bufó su amigo—. Sigue privándote de sueño de esta manera, y no le vas a ser de ninguna ayuda, Matt.

Los dos sabían de qué hablaba. Habían pasado casi dos meses desde el accidente de avión y desde que lady Helena Reichard fuera ingresada de urgencia en la unidad de quemados del Royal Memorial Hospital. Formaba parte de un grupo de dignatarios de Asterland y unos pocos personajes locales, entre ellos los amigos de Matt, Pamela Black y Jamie Morris, que iban rumbo a Asterland después de una elegante recepción diplomática en el Club de Ganaderos de Texas. Había transcurrido casi un mes entero desde que los socios del club designaran a Matt para que montara guardia ante la puerta de Helena.

Poco importaba que estuviera extenuado. No era su bienestar el que se hallaba en juego. Sino el de Helena. Simplemente desearía saber de quién o de qué la estaba protegiendo.

Además de Matt y de Justin, sólo otros tres miembros del club conocían los misteriosos detalles que rodeaban al aterrizaje de emergencia del jet y que había enviado a Helena al hospital. Aunque por fortuna nadie había resultado muerto, incluso en ese momento, dos meses después, todavía costaba digerirlo. Si el accidente ya era malo, ¿qué decir del asesinato que había tenido lugar y del robo de la joya? Se insinuaba el intento de un golpe de estado en el país europeo.

Al parecer, Helena Reichard era una pieza fundamental del rompecabezas; Matt entendía perfectamente lo vulnerable que era. También entendía que nada, absolutamente nada más, iba a sucederle durante su vigilancia.

—¿Cómo está? —preguntó mientras Justin se terminaba el café y tiraba la taza a la papelera.

—Bueno, si la oyes a ella, bien.

—Creo que preferiría oírtelo decir a ti —estudió la cara de su amigo—. ¿Cómo está de verdad?

Justin cruzó los brazos y miró a su amigo.

—Ya hemos pasado por esto.

—Compláceme. Repítelo.

—Mira, yo no soy su médico principal, sólo la trato hasta que esté lista para la cirugía plástica. Chambers es su traumatólogo. Pero los gráficos hablan por sí solos.

—Para mí, no —apoyó el peso en una pierna—. Explícamelos.

—No eres su familia, Matt.

—Oh, por el…

—Espera. Espera —Justin alzó una mano—. Tranquilízate. No eres su familia,

«pero», como eres lo único que se interpone entre ella y Dios sabe qué amenaza, necesitas saberlo. Y eso me da licencia para decírtelo —condujo a Matt hacia el sofá que había en el extremo del pasillo. Se sentaron—. Como ya sabes, casi todas las quemaduras son de segundo grado y limitadas al brazo izquierdo y la parte superior de la pierna. Es el fragmento de tercer grado que tiene en el dorso de la mano izquierda el que nos está causando problemas. Los tendones extensores, los que controlan el movimiento del dedo, se han visto involucrados. Hemos tenido que realizar un injerto. Por desgracia, ha habido complicaciones.

—¿Infección? —Matt se reclinó y se pasó el dedo índice por la frente. Justin asintió.

—Habíamos esperado evitarla… siempre lo esperamos, pero con una quemadura tan profunda y sucia, prácticamente era obligatoria. Ya se ha controlado, pero ha frenado su recuperación. Sólo el tiempo diré que clase de movilidad recuperara.

Matt pensó en la mano adorable que había sostenido en la recepción del Club de Ganaderos. En la piel suave como pétalos. En los dedos finos y gráciles.

—¿Y su tobillo?

—Tampoco se sabe —Justin movió la cabeza—. Es una mala fractura. Mala de verdad. Incluso con cirugía y clavos, Chambers no puede garantizar que no le quede una cojera permanente.

Pensó en la mujer hermosa y vivaz con la que había bailado. En la mujer cuyos ojos azules habían brillado risueños con manifiesto interés. En la mujer que había pronunciado su nombre en su inglés perfecto, pero que lo había hecho sonar exótico.

Esa mujer había estado más allá de la perfección.

Entendía que la mujer en la habitación del hospital, aunque todavía hermosa, tenía unas marcadas cicatrices y era potencialmente una mujer discapacitada… y que su proceso de recuperación requeriría mucho más que unir huesos y sanar piel. Y no podía descartar la impotente idea de que no había nada que él pudiera hacer para ayudarla.

—Necesitas dormir, amigo —la voz de Justin interrumpió los pensamientos de Matt—. Llama a alguien para que te releve.

—No es una opción. No esta noche, en cualquier caso. Mis hombres están ocupados, así que me toca a mí.

—De acuerdo —Justin se incorporó tras mirarlo detenidamente —. Éste es el plan. Tengo un paciente en la planta con fiebre, así que me quedaré por aquí un rato.

Puedo cubrirte durante un par de horas.

—Gracias, pero es «mi» trabajo, no el tuyo.

La expresión de Justin manifestaba la misma pregunta que el mismo Matt se había hecho últimamente. «¿Estás seguro de que se trata de un simple trabajo?»

Ya no estaba seguro de nada salvo de que no se hallaba preparado para reconocer, ni siquiera ante sí mismo, que podría ser algo más. Si, sabía que su compromiso se acercaba a lo posesivo y que pensaba en ella más de lo que debería.

Después de todo, Helena era una mujer fascinante. No su tipo de mujer, pero fascinante de todos modos.

Sin embargo, todo se reducía a una cosa. Los cinco miembros del club que estaban al corriente de ese incidente, acordaron de que lady Helena Reichard era responsabilidad suya. Algo que él se tomaba muy en serio. Aun más después de lo sucedido la semana anterior. Había salido unos momentos y al regresar había encontrado a un hombre justo ante la puerta abierta de la habitación.

Cuando Matt se acercó, el hombre había huido como perseguido por mil demonios, y en el pasillo a oscuras no llegó a verle la cara. Quienquiera que fuera, seguía suelto. Y a juzgar por sus actos, era una amenaza potencial.

—No voy a ninguna parte, Justin —afirmó.

—Sí —contradijo Justin con autoridad—. Te irás —señaló la habitación que había frente a la de Helena—. Está vacía. Usa esa cama. Asumo tu guardia un par de horas. Fin de la historia — cuando Matt abrió la boca para protestar, su amigo lo cortó:

—Úsala —ordenó, y se fue al puesto de las enfermeras para recoger unos historiales.

Helena miró por la ventana de la habitación del hospital hacia la oscuridad que antecede al amanecer de esa mañana del oeste de Texas. La pesadilla la había despertado. Como hacía a menudo, se sentó en la oscuridad y libró una batalla perdida con los recuerdos intensos del accidente.

Contuvo la náusea que subió hasta su garganta. Habían pasado casi dos meses de noches interminables y aún no había sido capaz de reconciliarse con lo que le había sucedido. Y con lo que no le había pasado.

No había muerto. Milagrosamente, nadie había muerto. De hecho, Robert Klimt, un miembro del gabinete del rey Bertram, y ella eran los únicos gravemente heridos. Sí, había sobrevivido, pero las heridas eran un recordatorio constante y vengativo de que la vida, tal como ella la había conocido, nunca volvería a ser la misma.

Una rabia impotente le acaloró la piel mientras con cuidado se quitaba de la mano izquierda el guante de presión protector, que sería un compañero constante al menos durante un año. Se obligó a mirarla. A mirar el trozo desfigurador de piel injertada, la cicatriz repulsiva, los dedos rígidos e inútiles que quizá nunca volvieran a poder sostener una copa de champán, lucir un anillo o ser alzados para recibir el beso de un hombre.

Se echó para atrás la manga y se obligó a recorrer con la vista las cicatrices rojas que le llegaban casi hasta el codo. Tocó la piel y experimentó un escalofrío ante la sensación seca y caliente; luego, con gesto sombrío, subió los largos pliegues de la bata del hospital que le cubría las piernas.

Más doloroso incluso que el tobillo roto y las incisiones quirúrgicas de veinte centímetros que corrían a cada lado de él por debajo de la escayola, más doloroso aún que las quemaduras, era el trozo de piel de quince por doce centímetros que le habían sacado del exterior del muslo para injertárselo en la mano. Todavía parecía en carne viva. Todavía dolía. La esperanza era que también le devolviera el uso de la mano.

Ésa era la esperanza. Se tapó la pierna, metió la mano en los pliegues de la bata y se odió por ceder a la autocompasión. Robert Klimt aún se debatía por salvar la vida. No lo conocía bien. Solo sabía que yacía en coma y que quizá no se recobrara.

Sin embargo, ahí estaba ella, sintiendo pena de sí misma porque su perfección había sido mancillada.

«Una belleza como la tuya es un don preciado, pequeña. Eres una joya. Una piedra preciosa y perfecta para ser adorada y

reverenciada por el mundo como un tesoro invaluable».

Palabras de su padre, palabras que había oído y creído desde que fue lo suficientemente mayor como para trepar hasta su rodilla y aceptar su adoración.

—Ya no, papá —clavó la vista en el silencio hueco—.Ya no soy perfecta.

Matthew Walker la había considerado perfecta. Lo había visto en sus ojos, ojos que había imaginado demasiadas veces desde el accidente. También lo había oído en su risa, la misma que le había alegrado los sueños, pero nunca los días. Había creído que iría a verla al hospital. Pero al no ser así, había experimentado las emociones encontradas de la decepción y el alivio.

Contemplo otra vez la mano que no parecía suya, las feas cicatrices, los dedos rígidos que se negaban a trabajar como una vez habían hecho.

Matthew Walker ya no pensaría que era perfecta.

Nadie lo pensaría.

No había solicitado la ayuda de las enfermeras para salir con cuidado de la cama y sentarse en el sillón junto a la ventana. Llevaba una semana realizando esa proeza. La fina capa de transpiración que le cubría la frente era la única señal exterior del coste físico. La lágrima que caía por su mejilla se debía menos al dolor que a la creciente y lóbrega aceptación de que ya nunca sería ni parecería la misma persona…

y de que el vals que había compartido con el alto y atractivo texano podría haber sido su último baile.

Matt se pasó una mano por la cara mientras permanecía como una sombra en el umbral de la puerta de la habitación de Helena. No sabía si se sentía mejor o peor por las tres horas de sueño que Justin había insistido en concederle. Aunque supuso que debía sentirse mejor que ella.

Parecía tan perdida allí sentada. Tan absolutamente sola. En absoluto la mujer segura y sensual que con habilidad y descaro había coqueteado con él en la pista de baile del club. Lo desgarraba esa expresión, pero no quería que supiera que estaba allí… contemplando esa cascada sedosa de pelo rubio caerle por la cara mientras inclinaba la cabeza y combatía las lágrimas que le inundaban los ojos.

En ese último mes había descubierto que Lady Helena poseía orgullo en abundancia. No querría saber que alguien había presenciado su lucha… o su dolor.

Tampoco querría saber que él había mantenido vigilia del otro

lado de la puerta, o que el motivo de su presencia era protegerla de un enemigo desconocido con un plan todavía sin determinar. Ya tenía suficiente a lo que enfrentarse sin añadir a la lista una posible amenaza a su vida.

En silencio se apartó de la puerta y trató de aclararlo todo en su mente. Hacía tiempo que nadie le pedía que recurriera a su experiencia militar… pero se había puesto al día en un abrir y cerrar de ojos. Cualquiera que quisiera llegar hasta Helena, primero iba a tener que pasar por encima de él.

No le gustaba nada lo que sucedía. La única buena noticia reciente era que la investigación había aportado pruebas de que en realidad había sido un accidente, no un sabotaje, como se había sospechado en un principio. El incendio en un motor había provocado que algunos de los sistemas se bloquearan, incluido el tren de aterrizaje.

Al impactar, las botellas de licor del bar se habían roto, el sistema eléctrico en el interior del lujoso jet había sufrido un cortocircuito y las chispas habían encendido el licor inflamable. Helena, que iba sentada más próxima al bar, había sufrido las mayores consecuencias.

El sabotaje había quedado descartado, pero no se había resuelto nada más.

—De acuerdo, Walker —musitó, sentándose en el sofá pequeño que había junto a la ventana en el exterior del pasillo de la habitación de Helena—, empieza por el punto A.

El punto A, las joyas Lone Star, tres gemas que durante generaciones habían sido confiadas a la custodia del club, habían sido robadas. Antes de esa situación desagradable, jamás las había visto. Como todos los miembros del Club de Ganaderos, había jurado protegerlas como parte del legado de Royal a la posteridad.

Como los demás residentes de Royal, las había conocido a través del folclore y la leyenda populares, y de vez en cuando se había preguntado si existían. Bueno, pues ya no se lo preguntaba. Había visto dos de las piedras con sus propios ojos después de que Justin las recuperara en el lugar del accidente. El ópalo negro, que representaba la justicia, era magnífico. La esmeralda, que representaba la paz, era deslumbrante. Las había sostenido en la mano y maldita sea si no había sentido una sensación dinámica de…

«¿De qué?» Movió la cabeza sin querer creer que incluso en ese momento, casi dos meses más tarde, seguía convencido de que le habían calentado la palma de la mano con energía y calor.

Descartó eso y se concentró en el punto B: la piedra que faltaba, un raro diamante rojo. El diamante representaba liderazgo y completaba el círculo de la prosperidad de la que dependía Royal.

La gran pregunta sin resolver era dónde diablos estaba. Y si no se encontraba y reagrupaba con las otras gemas, ¿la economía prospera de Royal se caería como un castillo de naipes según predecía la leyenda?

Como no tenía la respuesta para esas preguntas, pasó al punto C. Riley Monroe estaba muerto. Riley ya se encargaba del bar del Club de Ganaderos incluso antes de que hubieran aceptado a Matt como miembro. La ira no bastaba para explicar lo que sentía por el canalla que lo había matado. Y todo porque había codiciado las joyas.

Esa indiscutible conclusión solo fomentaba más preguntas. ¿Cómo había podido averiguar alguien de fuera la existencia de las joyas, descubierto dónde se guardaban y logrado robarlas? ¿Por qué el ópalo y la esmeralda iban a bordo del avión con rumbo a Asterland? Volvía a toparse con un callejón sin salida y una serie de preguntas sin contestar.

Apoyó los codos en los muslos y contempló sus manos unidas. Al punto D.

Milo Yungst y Garth Johannes.

Cuando los otros cuatro miembros del club que conocían esa misión se habían reunido por última vez, les había confiado la preocupación que despertaba en él esa pareja.

—No me importa que Yungst y Johannes sean representantes del gobierno de Asterland. Me importa un bledo que los enviaran a investigar el accidente del avión

—había mirado alrededor de la sala de reuniones privada del Club de Ganaderos a Justin Webb, a Aaron Black, al Jeque Ben Rassad y a Dakota Lewis—. No confío en ellos. Y no me gustan sus métodos. Y todavía me gusta menos la táctica de interrogación que emplearon con Pamela.

El ceño de Aaron le indicó que estaba de acuerdo con él. Pamela había ido en el avión con Helena y Jamie Morris. Así mismo, Pamela era una buena amiga de Matt.

La había acompañado por el pasillo el día que se casó con Aaron.

Y eso fue lo que lo llevo al punto E y al motivo de su presencia en el exterior de la habitación de Helena en el hospital. Había sido

en aquella reunión cuando llegaron a la conclusión de que Jamie y Helena necesitaban protección. A Ben le habían asignado el bienestar de Jamie. Matt se había ofrecido voluntario para velar por Helena… una misión que los cinco habían convenido que era necesaria hasta desentrañar el misterio.

Al menos había comenzado como una misión. Tal vez fuera fatiga, tal vez no, pero ya estaba listo para reconocer que en algún momento había pasado a ser algo más.

Aunque no podía permitirse el lujo de permitirlo. Pero fue eso lo que lo impulso a regresar a la habitación de ella. Con las manos en los bolsillos de atrás, apoyó un hombro en el marco y estudió el perfil hermoso y torturado que lo había acosado desde hacía tantas noches como la conocía.

Contempló ese perfil solemne. La mano dañada, la pierna inmovilizada en una escayola que iba desde el pie hasta media pantorrilla. Entonces no pudo evitar preguntarse que si no se trataba más que de una misión, ¿por qué deseaba curar el dolor que los ojos de ella revelaban pero que Helena jamás admitiría?

Capítulo Dos

Helena sabía que soñaba. Lo sabía porque en el sueño era perfecta y estaba completa. Sin embargo… parecía tan inmediato, tan real y preferible a la pesadilla que siempre concluía con las llamas abrasadoras y el dolor brutal.

Se hallaba en el centro de un gran salón de baile. Una bruma suave se movía entre sus pies como invocada por un mago medieval. Flotaba con esa fantasía, viéndose como había sido una vez. Tenía la mano izquierda suave y pálida, un fondo perfecto y grácil para el anillo de perla y rubí que había sido de su madre, y antes de su abuela.

El vestido que lucía era del mismo azul que sus ojos. Sin tiras en los hombros y descaradamente seductor. La seda fina se pegaba a la curva generosa de sus pechos, se estrechaba en la cintura y luego le abrazaba las caderas hasta la mitad de los muslos para revelar la extensión larga y pura de sus piernas y los finos tobillos sobre tacones de diez centímetros.

Y lo mejor ni siquiera era que no hubiera cicatrices que ocultar ni huesos rotos todavía no soldados. Lo mejor era el texano alto y galante que la tenía en brazos, con ojos verdes resplandecientes y su sonrisa cautivadora una mezcla irresistible de encanto afable y manifiesto interés.

Rió por algo que él dijo, y el brazo de él le ciñó más en la cintura cuando la deslizó sin esfuerzo por unos ventanales abiertos a la noche cálida y estrellada. Hasta la luna parecía aliada de su seducción no tan sutil cuando la guió a un rincón íntimo de la terraza.

Cuando le sonrió y se apartó de él hacia la pared baja de piedra que abarcaba la terraza, la dejó ir con una caricia prolongada, el roce de dedos contra dedos y una significativa mirada a los ojos.

La deseaba.

A pesar de la calidez de la noche texana, tembló al anticipar la pasión que prometían esos ojos verdes.

—¿Cree que es inteligente que estemos aquí, solos? —preguntó al apoyarse en la pared. La piedra fría y dura pegada a la parte frontal de sus muslos fue algo sólido y real. La percepción que tenía de ese hombre y del momento le desbocó el pulso.

—En principio… —respondió con voz baja de atractivo acento texano, mientras se acercaba a ella—, diría que es una de las decisiones más inteligentes que he tomado últimamente.

Ella sintió un nudo en la garganta y se le aceleró la respiración.

—Señor Walker…

—Matt —murmuró al bajar la boca a la nuca de Helena y posar las manos en la parte exterior de sus muslos en un reclamo inconfundible—. Creo que las circunstancias actuales dictan que me llames Matt.

Suspiró y echó la cabeza hacia atrás, sobre el hombro de él, y le cubrió las manos con las suyas.

El calor y la dureza de Matt pegada a ella la encendía.

—¿Son todos los texanos tan osados y seguros de sí mismos? —logró susurrar.

—Sólo estoy seguro de una cosa —murmuró él, y sin que las manos de ella lo soltaran, le cubrió el vientre para pegarla contra sí. Su erección se clavó en las caderas de Helena—. Te deseo —le dio vuelta en sus brazos. A pesar de que sus ojos irradiaban anhelo y lujuria, le sonrió con una dulzura conmovedora. Le tomó las manos y las alzó hacia su boca para besarle las puntas de los dedos—. Eres perfecta, Helena —la miró a los ojos bajo las sombras cambiantes de la medianoche—. Creo que me sería muy fácil enamorarme de ti.

Entonces la besó. Y allí, bajo la luna del oeste de Texas, con la fragancia del desierto transportada en el aire, ella le devolvió el beso como nunca había besado ni deseado a otro hombre.

Fue todo lo que un beso debería ser. Excitante pero dulce. Ardiente pero sin prisa Helena deseó que continuara para siempre.

—Baila conmigo —pidió él sin separar los labios de su boca, y comenzaron a moverse como una persona al lento ritmo de la noche y de los corazones que laten al unísono.

La niebla remolineaba a su alrededor, envolviéndolos en otro reino, en un mundo singular de sensaciones deliciosas y alabanzas suavemente murmuradas. La magia continuó mientras él la conducía en la noche hasta un dormitorio ricamente amueblado y con satenes sensuales y gasas tenues. Le ensalzó el cuerpo mientras la desvestía despacio. Ella aceptó que la tendiera desnuda sobre una cama. Lo invitó al interior de su cuerpo sin reserva alguna mientras él susurraba su nombre, la cubría y la penetraba.

Como seda se movió dentro de ella. Como la vida se dio a sí mismo.

—Eres perfecta —susurró sobre su frente, luego le llenó la mejilla y el cuello de besos, bajo al costado del pecho mientras ella temblaba y estaba entregada por completo—. Perfecta…

Un dolor perfecto la envolvió. Tan perfecto y puro que al instante supo que ya no sonaba. Lo que sentía era real. Dolorosamente real.

Abrió los ojos a la luz anterior al amanecer, a las estériles

paredes blancas, al aroma a antiséptico y a la terrible percepción de que se había agitado en el sueño y golpeado la mano izquierda contra el cabecero de metal gris de la cama del hospital.

Contuvo las lágrimas y apoyó la mano contra las costillas, a la espera de que el dolor remitiera.

Cuando al fin desapareció, aguardó que el sueño la reclamara. Que la magia volviera a transportarla lejos de allí.

Pero no consiguió dormirse. Tampoco la magia hizo acto de presencia. La magia era para los soñadores, y estos no eran más que tontos a los que la realidad se les hacía demasiado dura de soportar.

—¿Tiene alguna pregunta que hacer sobre las instrucciones de alta de los doctores Harding o Chambers, Helena?

Sentada en la cama del hospital, le sonrió a Justin Webb. No por primera vez en los dos meses desde que lo conocía pensó en lo afortunada que era de haberlo encontrado. Lo miró a los ojos azules cuando la suave inflexión de su voz le indicó que su mayor preocupación no era con las preguntas de ella sino con las de él… en particular con las que ya no formulaba porque había abandonado la esperanza de obtener una respuesta directa.

Movió la cabeza con una sonrisa.

—No. Creo que lo tengo. Cuidado con las infecciones, realizar los ejercicios de movilidad, llevar una vida agradable.

—Helena —sonrió con paciencia—, estoy demasiado familiarizado con el trauma que sufre una víctima de quemaduras cuando se enfrenta a las cicatrices y a la inevitabilidad de las operaciones futuras de reconstrucción. A pesar de esa valiente fachada detrás de la cual se esconde, no me engaña.

La mente de Helena se aferró a una única palabra. «Víctima». No quería ser una. No pensaba dejar que la percibieran como tal, pero cuando Justin se apoyó en la cama, apenas pudo mirarlo.

—La infección lo retrasó, pero ya ha empezado a sanar bien. Sé que eso no significa que algo de esto sea fácil.

Durante un momento fugaz, la humedad le nubló los ojos. Apartó rápidamente la vista antes de que él pudiera ver la razón que tenía. No era fácil saber cómo caminaría, quizá nunca pudiera volver a esquiar, o a montar a su caballo favorito… o a bailar con un texano atractivo de ojos verdes que había invadido sus sueños casi tan a menudo como el accidente.

Se recuperó con rapidez y esbozó la sonrisa que a lo largo de los años la había protegido tanto de los paparazzi como del público.

—Justin —le palmeó la mano—, se preocupa demasiado.

La sonrisa de él fue indulgente y exasperada al mismo tiempo.

—Como de costumbre, elude el tema.

Ella descartó su preocupación con un movimiento de la mano sana.

—Estoy viva. Estoy de una pieza. Y como usted ha dicho, estoy sanando. Soy una mujer afortunada. Me encuentro bien, de verdad —insistió cuando la mirada seria de él sugirió que creía lo contrario. Se encontraba bien, y si se lo repetía las veces suficientes, quizá empezara a creérselo.

—Hay grupos de apoyo —ofreció él tras una larga pausa.

—Oh, por favor —movió la cabeza y sonrió—. Justin. Es usted un médico amable y magnífico. Y yo soy una mujer fuerte y sana. Tengo algunas cicatrices… y un molesto tobillo roto. Puede que nunca vuelva a esquiar en el Monte Orion. La vida continúa. Me adaptaré.

—No me cabe ninguna duda, Helena… con el tiempo. Pero si hablara con alguien, podría acelerar el proceso. Si no un grupo de apoyo, tal vez su familia…

—Mi familia —interrumpió ella, desvanecida la sonrisa—, no debe ser molestada con esto. En eso insisto. No han de ser conscientes de mi condición hasta que me encuentre preparada para decírselo.

—¿Cómo no van a saberlo? Lleva dos meses apareciendo en los medios.

—No son conscientes porque eligieron creerme cuando los llamé para informarles de que la prensa americana está llena de sensacionalismo que fabrica historias horribles acerca de mí, porque eso los ayuda a vender periódicos y revistas.

De verdad, ¿usted cree todo lo que aparece impreso? —con gesto aristocrático se echó el pelo detrás de un hombro—. No. Claro que no. Como comprenderá, ellos no son conscientes. Mis padres están por Oriente para celebrar su trigésimo aniversario de boda y no quiero que interrumpan sus vacaciones. No me mire de esa manera, Justin. Por lo que respecta a mis padres, el único motivo por el que decidí quedarme en los Estados Unidos era para ver si podía despertar interés y obtener respaldo financiero adicional para uno de mis proyectos —le regaló otra sonrisa cautivadora

—. Ustedes los texanos son conocidos por el tamaño de sus cuentas bancarias al igual que por el de su estado, ¿no es verdad? Lo que me recuerda, querido… quería hablar con usted acerca de un donativo.

—De acuerdo. De acuerdo —alzó ambas manos en gesto de rendición, y su sonrisa reveló derrota y exasperación—. Mensaje recibido. Me retiro. Usted ya es adulta y sabe lo que puede hacer. Simplemente… simplemente, llámeme, ¿lo hará?

Llame a cualquier hora si cambia de parecer sobre el grupo de apoyo.

—Sí, doctor.

—Muy bien. Ya está —frunció el ceño con fingida seriedad y se levantó—. No vuelva a este hospital hasta que esté lista para someterse a cirugía plástica reconstructiva.

—No se preocupe. A pesar de lo amables que han sido, no veo la hora de irme.

—El momento es el adecuado, ya que creo que su transporte la espera.

—¿Gregory y Anna están aquí? —así como no le gustaba la idea de abusar de la princesa Anna von Oberland y su marido, Gregory Hunt, no obstante la aliviaba haber recibido el ofrecimiento de recuperarse en su rancho, Casa Royale.

—La prensa se enteró de que quizá le diéramos el alta hoy y ha acampado en la entrada principal. Greg y Anna van a tratar de despistarlos con la esperanza de quitárselos de encima.

La princesa y su marido se mostraban muy amables, en particular después de la reciente tensión entre Asterland y Obersbourg, patria de la princesa Anna. Sin embargo, a pesar de lo desagradable que era, resultaba mucho más atractivo tratar eso que tolerar a la horda de reporteros que esperaba captar un vistazo de ella después del accidente.

Y quedar conmocionados por lo que vieran.

A la espera de poder ofrecerle compasión. Alimentarse de su debilidad y exponerla por lo que ella ya no era.

Se prometió que eso no sucedería jamás. Verían únicamente lo que ella quisiera que vieran. Y no verían a una víctima.

—¿Helena? ¿Se encuentra bien?

—Estoy bien. Sí —intentó enmascarar el temblor en su voz irguiéndose—. Y

ahora, a menos que quiera ver mi espalda desnuda, le sugiero que permita que me vista —para demostrarle que iba en serio, apartó la sabana y bajó los pies al costado de la cama.

—Muy bien, me marcho —rió y se volvió.

—Justin —la voz suave lo detuvo con una mano en la puerta—. Gracias. Gracias por ser mi amigo. Me alegro de que fuera usted quien estuviera de guardia aquella noche.

Helena observó cerrarse la puerta despacio detrás de él. Sola, bajó la guardia, abandonó todo fingimiento de valentía y bajó la cabeza como la cobarde en que temía haberse convertido.

Después de tanto tiempo deseando salir de allí, la verdad era que la idea la aterraba. En algunos sentidos el aislamiento había sido como una prisión… pero también un refugio. Mientras estuviera en el hospital, no tenía que enfrentarse al público. Ni a la prensa.

No tenía que enfrentarse a la verdad de que había abandonado el mundo siendo una persona completa y perfecta, y que regresaba a él profundamente disminuida.

Unos minutos más tarde, una ligera llamada a la puerta hizo que Helena alzara la cabeza de la simple tarea de abotonarse la blusa. En cualquier caso, solía ser simple. En ese momento, obtener cualquier ayuda de su mano izquierda era un ejercicio de dolor y frustración.

Cerró los ojos con fuerza y recuperó la compostura. Esos recurrentes y patéticos ataques de autocompasión tenían que parar.

—Adelante, por favor —invitó con jovialidad—. Estoy visible.

Cuando Anna von Oberland Hunt entró en la habitación, Helena esbozó una sonrisa culpable para la elegante princesa.

—Son estos malditos botones —suspiró exasperada—. Es como empezar desde cero. ¿Para qué se inventaron los malditos botones?

—Lo siento, Helena. Debí pensar en ello al elegir tu ropa.

—Por favor. Considero que ya me he aprovechado demasiado de ti. No me hagas sentir peor disculpándote por tu amabilidad.

Intercambiaron una mirada que recalcaba la gratitud de Helena por todo lo que Anna y Greg habían hecho… hasta presentarse ante las autoridades para recuperar su equipaje y elegir ropa interior en la forma de camisolas y braguitas para que no tuviera que enfrentarse a la tarea imposible de luchar con un sujetador. Las presillas, y al parecer los botones, estaban más allá de sus presentes habilidades.

Agradecía la invitación que le habían extendido para quedarse con ellos, tanto por su amabilidad como por su diplomacia. Dadas las relaciones tensas existentes entre la patria de Anna, Obersbourg, y la de Helena, resultado de la desgraciada y fallida trama de su difunto primo, Ivan Striksky, de forzar a la princesa a casarse con él, el ofrecimiento era de una gran generosidad.

—Parece que ahora mismo te iría bien un poco de ayuda —indicó Anna con amabilidad.

—Yo diría que bastante —reconoció—. Y ya no soy tan orgullosa

como para no aceptarla hasta que logre valerme por mí misma.

«Si es que alguna vez lo consigo». Tuvo que contener las lágrimas. «Maldita sea». Peor que tratar con sus nuevas limitaciones era luchar contra esa demoledora depresión. No cedería ante ella.

Encontró los ojos de la princesa mientras ésta se ocupaba con rapidez con los botones de perla de la blusa de seda gris paloma a juego con los pantalones que llevaba. No por primera vez admiró la belleza y la gracia de Anna. Pensó en las ocasiones en que sus caminos se habían cruzado.

A pesar de que a menudo había considerado que serían buenas amigas, jamás habían llegado a ser algo más que conocidas.

—Espero no tener que imponerte mi presencia más de un mes. Necesito estar cerca del complejo médico hasta que el injerto se haya estabilizado. Luego está la otra molestia —palmeó la escayola temporal de la pierna, casi oculta bajo el pantalón ancho—. Al menos con esta puedo caminar y quitármela de vez en cuando hasta que la pierda por completo.

—Tienes una meta importante a corto plazo.

—Cierto —confesó Helena—. Estoy ansiosa por conocer Casa Royale —añadió, necesitando dejar de ser el tema de conversación —. Un rancho texano de verdad.

Este asunto de los vaqueros… bueno, es fascinante, ¿no?

En ese momento sonó otra llamada a la puerta.

—¿Señoras? —entonó una profunda voz masculina—. ¿Cómo estamos?

Los ojos de Helena centelleaban al encontrarse con los de Anna.

—Hablando de fascinante…

—De hecho, no nos vendría mal tu ayuda, Gregory —Anna observó la silla de ruedas de Helena con mirada dubitativa mientras su marido entraba en la habitación

—. No sé muy bien cómo hacer que funcione. O como acomodarte en ella, Helena.

—Esa parte la domino —aseguró Helena, y lo demostró al bajar con cuidado de la cama. Con pasos titubeantes, se sentó en la silla. Greg Hunt se arrodilló con celeridad ante ella, le sostuvo la escayola y ajustó el apoyo del pie—. Santo cielo, se te da muy bien eso de ponerte sobre una rodilla —sus ojos se iluminaron al contemplar la cabeza oscura inclinada sobre su pierna—. Me pregunto si Anna impone su rango alguna vez y te obliga a arrodillarte ante la corona.

El rostro atractivo de él exhibió una sonrisa cautivadora y masculina.

—Un súbdito leal siempre sabe cuándo ser de utilidad en lo relacionado con la princesa.

Anna los observó y sonrió con dulzura.

—¿Te diviertes?

—Siempre, cariño —se levantó y plantó un beso lleno de promesas en la frente de ella, luego se volvió hacia Helena—. ¿Preparada?

—Más que nunca —se dijo que no era una mentira. Se aferró a esa creencia hasta que el alboroto procedente del pasillo hizo que giraran las cabezas.

Greg se dirigió a la puerta y se asomó. Giró con expresión ceñuda.

—Parece que es la hora del espectáculo. La prensa está en la planta… y babea.

Helena lo había esperado. Y había creído que estaba preparada. El corazón desbocado le indicó que no era así. El mareo se lo confirmó.

En un momento de sorprendente verdad, comprendió que sin importar lo que había creído que podía hacer, en ese instante no sería capaz de mantenerlos a raya.

No en su condición. No era tan fuerte. Para su consternación, se dio cuenta de que no era tan valiente.

Encontró los ojos de Greg y tomó la determinación de que no viera ni la vergüenza ni el miedo mientras el ruido en el pasillo ascendía a un zumbido eléctrico que sabía que se transformaría en un ajetreo frenético.

—¿Sabéis? —dijo, recurriendo a sus reservas para mantener la voz firme—.

Creo que no me apetece hacer esto hoy. Es tan corriente y, bueno, cursi…este espectáculo que van a crear de algo tan normal como mi alta del hospital —Greg y Anna intercambiaron una mirada preocupada—. Quiero decir… ¿no podemos conseguir que se vayan?—sugirió con una calma real que su corazón quería socavar.

Contuvo el aliento cuando la puerta se abrió, y de pronto le dio la impresión de que iba a suceder con o sin su permiso. Cerró los ojos y esperó que cayera el primer golpe verbal.

En vez de un coro de voces exigentes, una voz, con un aterciopelado acento texano, sonó clara y serena, en total control.

—Parece que tenemos una situación difícil ahí afuera.

Si era posible, el corazón de Helena se aceleró aún más, no de miedo, sino de alivio al mirar en los ojos de un verde bosque que

ardían con tanta intensidad que la habrían intimidado de no haberlos reconocido.

Era Matthew Walker. Su texano alto y de ojos verdes. Sorprendida, en ese momento comprendió que ni su memoria ni sus sueños le habían hecho justicia a ese hombre magnífico que llevaba un sombrero Stetson gris, pantalones oscuros y una camisa blanca almidonada y que acababa de irrumpir de nuevo en su vida como un ángel vengador que si era necesario se enfrentaría al propio Lucifer.

Él miró primero a Anna y luego a Greg antes de que sus ojos se posaran con sombría intensidad en ella.

Helena no se detuvo a preguntarle qué hacía allí. No pensó en cuestionar si era extraño o fuera de lo normal. Sólo sabía que había ido. Y por ello, supo que todo saldría bien.

—Bueno —dijo, rezando para que ni el alivio ni el pánico afectaran su voz—, al parecer ha llegado la caballería. Es un maravilloso gesto a lo John Wayne. Y bien, dígame, querido, ¿cómo pretende salvar el día?

Capítulo Tres

El rápido plan trazado por Matt para sacar a Helena del hospital sin ser bombardeada por la prensa era sencillo y eficaz… aunque dependía de cierta prestidigitación. Después de apretar el timbre para llamar a una enfermera, quien no solo se mostró entusiasmada, sino estimulada por la idea de participar en una pequeña intriga con una princesa y la hija de un conde, se pusieron en marcha.

Tal como cabía esperar, cuando la puerta de la habitación se abrió y Greg, con Anna a su lado llevando el bolso de Helena, sacaron la silla de ruedas al pasillo, los paparazzi se arracimaron como pirañas en torno a la mujer cubierta de la cabeza a los pies con un albornoz con capucha.

Dentro de la habitación, Matt y Helena escucharon la conmoción.

Desde el momento en que la conoció, la reacción física de él había sido demasiado intensa, el interés demasiado fuerte. El hecho de que al fin estuviera cara a cara con ella, de que sus ojos fueran una tonalidad más azul de la que recordaba, de que el cabello sedoso fuera como oro hilado, el rostro y el cuerpo los de una heroína de una novela romántica, no significaba que en ese momento iba a modificar el plan.

Lo único que tenía que hacer era sacarla a salvo del hospital, dejarla en la casa de los Hunt, bajo la guardia de siete hombres las veinticuatro horas al día que había preparado, y regresaría a su vida normal. Sin embargo, no podía quitarle los ojos de encima.

Ella no decía nada sentada en el borde de la cama, pero los hermosos labios apretados traicionaban la tensión que la dominaba mientras las voces de los periodistas les llegaban desde el pasillo.

—¡Lady Helena! ¡Una mirada! ¡Lady Helena! ¡Aquí! Sonríale al público que quiere saber cómo se encuentra.

Se encogió al oír el sonido de su nombre y él no pudo evitarlo. Alargó la mano y la posó en su hombro para transmitirle tranquilidad mientras la voz de Greg resonaba en el exterior.

—Atrás, Herkner —gruñó mientras el reportero del *American Investigator*, un tabloide barato que hacía palidecer a todos los demás en cuanto a explotación de la intimidad—. Denos un descanso a todos, incluidos los otros pacientes de la planta.

Dejen que salgamos del edificio y ella les brindará unas pocas palabras y la oportunidad de sacar algunas fotos.

Matt miró hacia la puerta cerrada, muy consciente de la historia existente entre Willis Herkner y Greg Hunt. El periodista había hostigado a Anna durante el asunto Striksky. Evidentemente, Greg

no lo había olvidado.

Cuando el alboroto se calmó y Matt supo que el plan funcionaba y que Greg y Anna se llevaban a la prensa de la planta, se volvió hacia Helena.

Se la veía pálida, conmocionada y con valor se esforzaba en mantener la ecuanimidad.

—Eh… —se agachó delante de ella—. ¿Está bien?

—Por supuesto, querido —dijo con el tono real y frío que descartaba su preocupación como algo innecesario—. Es un incordio, ¿verdad?

—Si —convino, concentrado en leer su expresión, sabiendo que detrás de esos brillantes ojos azules había mucho más de lo que ella quería que viera.

—Mire —continuó con cierta impaciencia de *prima donna* que no terminaba de cuajar—, no sé por qué ha venido. Y con franqueza, no me importa. Solo sáqueme de aquí. Por favor —añadió con suficiente ruego en la voz como para indicarle que la situación no le resultaba tan indiferente como quería hacerle creer.

Se llevó los dedos al ala del sombrero y como consideró que ella lo necesitaba, le sonrió con seguridad.

—A su servicio, milady.

También Helena sonrió entonces. Una sonrisa verdadera, sin trucos.

—¿Qué hacemos a continuación? —preguntó después de respirar hondo.

—Nos vamos a la entrada posterior sin llamar la atención.

Lo cual no iba a ser fácil. El circo de los medios que creaba su alta no era lo peor, sino que su visibilidad incrementaba su vulnerabilidad. No pensaba darle a nadie salvo a la gente que le inspiraba confianza acceso a ella.

Lo único que necesitaba era sacarla a salvo del hospital y entregársela a los Hunt. Greg era un compañero miembro del Club de Ganaderos y Matt sabía que estaría a salvo con Anna y él en el rancho, hasta que el misterio que había detrás del robo de la joya y del asesinato de Riley se aclarara y ella quedara fuera de peligro.

Además, en la casa de los Hunt la tendría fuera de la vista, y quizá también fuera de la mente.

Aunque se temía que sin importar cual fuera su proximidad, vería esos ojos azules durante mucho tiempo.

Respiró hondo y se centró en lo que en ese momento los ocupaba. Tenían que ponerse en marcha. Miró la escayola.

—¿Puede caminar con eso?

—Supongo que dependerá de cuál sea su definición de caminar. Dar saltos lo describe mejor —reconoció con expresión de disculpa en los ojos.

—Me temo que eso no basta —se puso de pie y se frotó la mandíbula—.

Deberemos improvisar.

Atento a las heridas de Helena, la alzó en brazos de la cama. Era agradable tenerla allí, tanto que supo que tenía que hacer algo para distraer la mente de la súbita y no planeada intimidad.

—Vaya —bromeó al apoyarla contra el pecho—. No es exactamente un peso pluma, ¿eh?

En realidad, era esbelta y sedosa. El corazón se le sobrecargó, no tanto por el ejercicio como por la suavidad y el calor del pecho que tenía contra el torso. Con un esfuerzo fingido, la elevó más en sus brazos y exageró que se tambaleaba bajo el ligero peso.

—Es la escayola —aseguró ella mientras le pasaba un brazo alrededor del cuello

—. Y la bolsa —añadió, refiriéndose a la bolsa de plástico transparente que tenía en el regazo y que parecía estar llena de medicamentos.

—Si usted lo dice —gruñó.

—Oh, por el amor del cielo, acabe de una vez. Se suponía que ustedes, los vaqueros, eran grandes, fuertes y, bueno… heroicos —lo miró con un intento tan real y aristocrático de parecer hosca que él apenas pudo contenerse de reír.

—Con su permiso, lady Helena, pero he manejado vaquillas que pesaban menos que usted.

Ella forzó una sonrisa tensa, aunque en sus ojos no se veía rastro alguno de diversión.

—Eso redondea mi día, ¿verdad? Me han comparado con un montón de cosas, pero jamás con ganado. Encantador.

Matt sonrió, pero como aún era consciente de que ella estaba más nerviosa de lo que dejaba entrever, se aseguró de que entendiera que podía contar con él.

—Todo va a salir bien. Puede confiar en mí, ¿de acuerdo?

Cuando esos ojos expresivos mantuvieron su mirada y en voz baja susurró

«Confío», un gen de Tarzán largo tiempo reprimido hizo que deseara golpearse el pecho y llevársela a la copa de algún árbol. Pero como esa no era una alternativa, le guiñó un ojo y se dirigió hacia la puerta.

El pasillo estaba vacío de periodistas. Descartó el ofrecimiento

de la enfermera jefa de otra silla de ruedas y llevo a Helena hacia el ascensor que ponía «Sólo Personal». Al llegar a la planta baja, siguió un pasillo serpenteante hasta la salida trasera.

Al girar por el último recodo, él sonrió.

—Ahora veremos lo buen sabueso que soy. Es la hora del espectáculo. Cruce los dedos, condesa. Nos largamos.

—No soy condesa —musitó cuando él paso por las puertas giratorias y bajó los escalones a toda velocidad.

—Anda cerca —miró hacia ambos lados y se dirigió al aparcamiento—. En mi bolsillo —dijo mientras avanzaba por el asfalto—. Vea si puede sacar las llaves de mi bolsillo.

«Mala idea», comprendió tardíamente cuando la mano derecha de ella bajó y tanteó en busca de la abertura hasta que al final logró meterla en el bolsillo del pantalón. Contuvo un gemido cuando el calor de los dedos de Helena conectó con su cadera, luego con el muslo y después, ajena a lo que le hacía, por accidente le rozaron otra cosa que amenazó con ponerse firme de inmediato.

Con voluntad férrea, soslayó ese contacto devastador que tenía lugar debajo de su cinturón. O al menos eso intentó.

Demasiado tarde, o demasiado pronto, ella dio un tirón victorioso y sacó las llaves.

—Las tengo.

—Gracias, Jesús, José y María —musitó a través de los dientes apretados y con sinceridad esperó que no hubiera notado lo que sin intención le había provocado—.

Apriete el botón que libera las puertas.

La esbelta mano derecha de ella aferró el mando a distancia y apoyó el dedo índice en un botón rojo.

—¿Éste?

—Ése es el de… —unas sirenas rompieron la relativa quietud—… la alarma —

terminó innecesariamente.

—Oh —lo miró con los ojos muy abiertos.

—No pasa nada, ¿de acuerdo? —dijo con la intención de desterrar la expresión de miedo a que los descubrieran—. Hará que nuestra huida sea más interesante.

Ahora voy a bajarla al suelo. ¿Puede soportar su peso sobre una pierna durante un momento?

—Teniendo en cuenta que de acuerdo con su estimación peso lo mismo que una Hereford —comentó por encima del molesto sonido de la alarma—, será un desafío, pero lo intentaré con toda mi alma.

Entonces la abrazó. No había sido esa su intención. Era tan

atractiva con su fachada de arrogancia y orgullo que no pudo evitarlo. Ella lo miró con ojos parpadeantes y, al menos eso le pareció a Matt, un poco de timidez.

Miró otra vez por encima del hombro, le quitó las llaves de la mano, neutralizó la alarma y apretó el botón de la cerradura.

—Adentro —con rapidez abrió la puerta del lado del pasajero. Con cuidado la ayudó a ponerse cómoda y metió la bolsa en el asiento de atrás—. ¿Tenemos que elevar el pie?

—Está bien. Larguémonos de aquí antes de que descubran que los hemos engañado.

Rodeó el vehículo, se sentó al volante y cerró.

—Póngase el cinturón de seguridad… puede que nos espere una huida de película.

—Me gustaría, pero me temo que en este momento también el cinturón de seguridad está más allá de mis posibilidades.

Con una mano en el volante y otra en el encendido, la miró… y comprendió su insensibilidad. No podía abrochárselo.

Desde el momento en que entró en la habitación no sólo había sido profundamente consciente de ella como mujer, sino que también había percibido una timidez sobre su mano que sospechaba que Helena jamás admitiría. Había tratado de no mirársela, pero en ese momento lo hizo, y entendió a lo que se enfrentaba. La tenía cubierta con un guante protector de red, con los dedos extendidos en un ángulo poco natural y rígido.

—Lo siento.

—No tiene nada que lamentar —alzó un poco el mentón—. No es usted quien no puede con este aparato.

—¿Me permite? —se ofreció con amabilidad.

Con la vista clavada en el parabrisas, asintió con gesto seco.

Él juró que ella contenía el aliento cuando se inclinó. Por pura fuerza de voluntad, evitó mirarla a los ojos al estirarse sobre su cuerpo en busca del cinturón…

y entonces fue él quien tuvo que luchar por respirar al recibir sobre la mandíbula el leve aliento de Helena.

Los pechos generosos de ella subían y bajaban bajo la seda de la blusa mientras Matt se afanaba con el cinturón como un adolescente encendido, hasta que al fin pudo abrochárselo. En silencio, lo asimiló todo… la fragancia de Helena, el calor que irradiaba, el hecho de que no llevaba sujetador y la sospecha de que había sido algo más que el leve frescor de marzo lo que había causado que los pezones se endurecieran como diminutos botones contra la suave seda gris.

Se apartó, demasiado consciente de la ausencia de ese delicioso calor que ya no sentía contra él. Y demasiado dispuesto a probar esos labios carnosos y sensuales.

Se echó hacia atrás el sombrero y enderezó los hombros. Sabía que era una estupidez el rumbo que tomaban sus pensamientos, ya que no caminaría con ella en esa dirección. Por muchos motivos.

Ninguno de los cuales tenía algo que ver con el aspecto vulnerable que mostraba ella y si con las lecciones que había aprendido sobre las mujeres de alto mantenimiento. Mujeres que vivían, respiraban y requerían un estilo de vida que estaba dentro de sus medios, pero no de su disposición a proporcionar.

Sin decir una palabra, arranco y salió del aparcamiento en el momento en que sonó su teléfono móvil. Aliviado por esa distracción, abrió la consola que separaba los dos asientos. A la segunda llamada lo activó.

—Walker.

—Matt, soy Greg. ¿Lo conseguisteis sin incidentes?

Soltó el aliento que no sabía que había estado conteniendo. «¿Sin incidentes? No del todo».

—Casi —giró a la izquierda en la esquina de Market y la Quince —. Ahora vamos a Casa Royale.

—Lo siento, pero eso no va a ser posible. En cuanto los periodistas descubrieron el engaño, decidieron dividir y vencer. La mitad volvió al hospital. El resto nos sigue a Anna y a mí al rancho. Como lleves a Helena ahora, se lanzaran sobre ella como una jauría hambrienta.

Matt soltó un juramento.

—¿Qué sucede? —a pesar de su intento por ocultar la tensión, no pudo conseguirlo—. ¿Qué pasa?

La miró a la cara. Si era posible, los ojos estaban más grandes y aprensivos. Eran esas miradas las que conseguían que olvidara por qué no quería involucrarse con ella.

—Nada —le aseguró y volvió a centrar su atención en Greg—. De acuerdo. Toca reagruparse. ¿Alguna idea?

—No veo muchas opciones salvo la obvia. Vas a tener que llevarte a Helena a High Stakes durante unos días hasta que esto se tranquilice.

Le gustara o no, el tampoco veía otra opción.

—Anna y yo los distraeremos un rato para daros más tiempo. Estaremos en contacto, ¿de acuerdo?

—No lo dudes —afirmó y cortó.

—¿Qué ha pasado?

La miró y luego miró hacia la calle. Lo que había pasado era que su plan perfecto para perder de vista a Helena y quitársela de la cabeza le había estallado en la cara como una escopeta con el cañón obturado.

—La prensa. La mitad se ha quedado de guardia en el hospital y el resto sigue a Greg y Anna. Han deducido que lo más probable es que termines en Casa Royale.

—Comprendo —comentó con voz muy controlada tras un rato de silencio.

—Lo siento, Helena —la miró otra vez, tratando de leer su reacción—. Pero al parecer va a tener que ser mi invitada unos días, hasta que se marchen. Espero que no le importe.

Ella abrió mucho los ojos con una emoción que él no consiguió descifrar antes de apartar la vista.

—No me importa —musitó—. No me importa en absoluto.

«Bueno, estoy enganchado», pensó Matt mientras recorría el ultimo kilómetro que los separaba de High Stakes. Llevaba a la condesa, o lo que fuera, a su propio terreno.

Martilleó los dedos sobre el volante. Por el momento no había nada que pudiera hacer al respecto. Hasta que fuera oportuno llevarla a la casa de los Hunt, sencillamente tendría que ser el caballero para el que lo había educado su madre y ofrecerle un refugio seguro y aislado. No tenía por qué convertirse en algo que no era. Todo terminaba en su papel de protector.

«Claro. Y tampoco me muero por tenerla en mi cama».

Giró el cuello y luego movió los hombros. Lo que tenía que recordar era que así como Helena parecía vulnerable en ese momento, se recuperaría. De modo que se mostraría compasivo y considerado. Y en todo momento recordaría quién y qué era ella, y que en unos dias se iría.

Aún así, la deseaba.

Muy bien, era un hombre adulto y podría manejarlo. Entendía lo que era la lujuria. Algo limpio, honesto e independiente por completo de la emoción. Y ahí estaba el núcleo del problema. En el hospital había visto demasiado. Muy a menudo había presenciado su dolor. Y creía comprender bastante bien lo importante que era ocultarlo.

Helena era una gran actriz. Sospechaba que gran parte de su persona se basaba en fingir y supuso que estaría recurriendo a lo mas hondo de su ser para que nadie se enterara de lo asustada que estaba.

Quizá ésa era la diferencia que percibía entre Helena y Jena.

Cuando su ex mujer se había sentido infeliz, todo el mundo lo había sabido. Y todo el mundo había sufrido.

Últimamente había pensado mucho en Jena. Se había obligado a recordar por qué necesitaba luchar contra la atracción por Helena. Jena le había enseñado una lección valiosa acerca de las mujeres de alto mantenimiento. La hija del conde de Orion podía ser encantadora y hermosa, pero, igual que Jena, jamás sería una rosa del desierto.

Suspiró. Y se dio un baño de realidad: no se iba a casar con Helena Reichard.

Sólo le ofrecía un lugar donde quedarse. Temporalmente. Como máximo, unos días.

En unos días no saltarían las chispas que habían ardido entre ellos la noche en que bailaron. No podía demorarse en la idea de que de ella había emanado una espontaneidad atrevida, un encanto honesto. También debía olvidar que había sentido un interés recíproco, junto con la innegable percepción de que Helena se había sentido tan desconcertada y conmocionada por esa atracción como él.

De manera que el torrente de deseo que había sentido al bailar con ella por el salón había sido tan poderoso y puro como la mezcla exclusiva de bourbon que Riley siempre se había encargado de que hubiera en el bar del club para él.

Riley. De pronto sus pensamientos se serenaron. Riley estaba muerto. El diamante seguía desaparecido. Y la mujer con aspecto tan perdido y hermoso que miraba por el parabrisas, de él sólo necesitaba protección.

Todo se reducía a eso. Ya pesar de las racionalizaciones, deseaba sentirse más molesto porque Helena fuera a quedarse en su casa y no en la de los Hunt.

Se recordó que sólo hasta que la prensa se relajara. Luego la llevaría al rancho de Greg y Anna y continuaría adelante con su vida.

En cuanto entró en el sendero particular de High Stakes, recordó algo y gimió.

—Lois.

Al lado de Matt, el rostro de ella, pálido y dominado por la fatiga, giró para mirarlo con curiosidad.

—¿Lois?

Él soltó el aliento y se acomodó el Stetson. No sabía cómo explicar a Lois.

—Lois es mi… ama de llaves. Más o menos. Ah, debería

prepararla. Lois es, bueno, Lois es…

—¿Su amante? —concluyó con una expresión distante—. Le aseguro, señor Walker, que su vida personal no es asunto mío. Me disculpo profundamente por los incon…

—Un momento. Simplemente… un momento, ¿de acuerdo? —divertido e intrigado por una reacción que olía a celos, estudió el perfil de muñeca de porcelana de Helena. ¿Celos? Imposible. Ni siquiera iba a entrar en esas lucubraciones—. Lois no es mi amante —no pudo evitar soltar una risita—. Ella amenazaría con lavarle la boca con jabón por haber sugerido algo semejante. Lois es, bueno, es más como un elemento permanente en High Stakes. A veces también es un poco hosca. Tiene buenas intenciones, así que no permita que su terquedad la moleste.

Se detuvo delante del rancho y apagó el motor. Un vistazo a la cara de ella y la sonrisa se desvaneció. Había estado tan pendiente de convencerse de por qué necesitaba no perder la cabeza con Helena, que momentáneamente había olvidado lo difícil que era para ella.

Había soportado un terrible accidente de avión, había pasado dos meses dolorosos recuperándose en un hospital, y en ese momento se veía en un lugar desconocido, en una situación complicada y sin haber emitido una sola palabra de queja.

—Se la ve cansada —comentó, mirando sus ojeras—. Entremos para que pueda ponerse cómoda.

Helena estaba demasiado extenuada incluso para responder. Y demasiado abrumada pensando en el extraño capricho del destino que la había arrojado, literalmente, a los brazos de Matthew Walker. Intentó no pensar en el efecto que tenían esos brazos en ella. En su poderosa fuerza, su calor. En lo fácil que sería acostumbrarse a depender de ellos.

Trató de no pensar en lo maravilloso que era ser abrazada por él. Bajo ningún concepto quería pensar en el veloz e incontrolable destello de celos que había experimentado al creer que tenía una amante que lo esperaba.

Se obligó a pensar en el trayecto realizado y en lo que hasta el momento había visto de High Stakes. Ese era el estado de Texas del que había leído e imaginado.

Extensiones de planicies interminables, con sus cactus y sus pozos de petróleo.

Y entre toda esa belleza austera, el hogar de Matthew se alzaba como una joya centelleante sobre un manto verde aterciopelado. Muy influida por la arquitectura española, la estructura de adobe de

dos plantas que era la casa principal resplandecía como una corona dorada bajo el sol del mediodía. Varios edificios anexos más pequeños, al menos dos de ellos residencias, y tres grandes caballerizas, flanqueaban la casa principal, formando una especie de comunidad compacta.

Parpadeó y centró la mirada en las zancadas seguras de Matthew mientras él rodeaba la parte delantera del vehículo para abrirle la puerta. Sin mirarla a los ojos, le soltó el cinturón de seguridad.

—¿Lista? —preguntó con cortesía.

Demasiada para el gusto de ella. Como si se hubiera distanciado intencionadamente. No supo bien por qué la molestaba esa súbita formalidad.

—Veamos si he dominado el dialecto local. Un «muu» para sí, dos para no,

¿correcto?

Él le ofreció la reacción que ella había querido.

Una sonrisa lenta y encantadora que se extendió como una salida de sol por su notable rostro. Y cuando Matt la coronó con un «muu» bajo y ronco, pequeños ríos de lava corrieron por la sangre de Helena, dejándole una sensación hormigueante.

Era fascinante. Después de dos meses de sentir poco más que soledad y dolor, Matthew Walker tenía una forma contagiosa de hacer que se sintiera viva. Era estimulante al tiempo que asustaba un poco la facilidad que exhibía para hacerla olvidar, aunque fuera por un momento, por lo que había pasado y a lo que aún se enfrentaba.

—¿Le ha sugerido alguien que tiene una boca bastante insolente para una condesa? —preguntó mientras ella le pasaba los brazos por el cuello y la sacaba con cuidado del coche.

—No paro de decírselo. No soy condesa. Soy la hija de la condesa. Eso simplemente me convierte…

—…en una de las vaquillas más bonitas que se han visto por estas partes —

comentó con tono burlón.

Helena desvió la cara para que no la viera sonreír. No quería que la cautivara de esa manera, pero era un hombre muy agradable. Se acomodó en sus brazos fuertes mientras la llevaba a la casa.

Sin embargo, se permitió el lujo de estudiar las líneas marcadas de su perfil.

Tenía el rostro bronceado y bien afeitado. Unas cejas perfectas resaltaban unos deslumbrantes ojos verdes que tenían unas arrugas fascinantes en los bordes.

Las mejillas largas mostraban unas líneas que enmarcaban su boca como paréntesis cada vez que sonreía, lo cual era a menudo. Tenía una nariz recta y atrevida, espejo de ese carácter que empezaba a conocer, quizá un poco más de lo que resultaba recomendable.

De cerca, podía ver como el pelo se le rizaba un poco en la nuca. Podía percibir el aroma que el calor del sol de Texas había desencadenado para aturdirle los sentidos.

No era una fragancia sofisticada y cara fabricada para intimidar en la sala de juntas o tentar en el dormitorio. Pero tentaba por el simple hecho de oler a hombre. A sudor honesto. Como el desierto de Texas. Como un hombre que trabajaba con caballos y cuero pero que sabía cómo llegar al corazón de una mujer con algo tan sencillo e imaginativo como un «muu».

No se parecía en nada a los hombres a los que estaba acostumbrada. Hombres tan refinados y pomposos que no sabrían cómo bromear o aceptar una broma aunque les fuera en ello la vida. U hombres tan insustanciales y concentrados en mejorar su posición social o financiera que le recordaban a pequeños zánganos aleteando alrededor de la abeja reina.

Matthew no aletearía alrededor de ningún hombre. O mujer. Y con grave certeza se recordó que no podía estar interesado en ella. No en ese momento.

En el pasado habría conseguido que girara la cabeza. Cuando era fuerte y completa. En ese momento, él simplemente se comportaba con amabilidad.

Y ese conocimiento era, quizá, más doloroso que las heridas que aún tenían que sanar.

Capítulo Cuatro

—¿No podías haber llamado por teléfono?

Con los ojos muy abiertos y la fatiga momentáneamente olvidada, Helena se aferró al cuello de Matthew y miró desconcertada. Él aún la sostenía en brazos justo fuera de la puerta de entrada, enfrentado a unos ciento cincuenta centímetros de curvas regordetas y pelo blanco. Unos puños con manchas por la edad, en uno de los cuales había una cuchara de madera, se apoyaban en unas caderas cubiertas por un mandil, el labio superior fruncido en una mueca de reprobación. Era como si de verdad considerara que podía intimidar a un hombre de un metro ochenta.

Incrédula, Helena se dio cuenta de que así era, siempre que el rubor que se extendía despacio por debajo del cuello de la camisa de Matthew fuera algún indicio de ello.

—Lois… —advirtió con tono razonable y alzó a Helena un poco más alto.

—Nada de Lois, cachorro desconsiderado. Una llamada de teléfono. ¿Era pedir mucho? ¿Me traes a casa a una condesa y no eres capaz de utilizar ese moderno teléfono móvil que tienes para llamarme? Nooo. Tengo que enterarme por los vecinos. Bueno, al menos ese chico Hunt es educado y llamó para comunicarme que venías. Tu pobre madre, se moriría de vergüenza si se enterara de esto. Se moriría.

—Lo siento, Lois.

—Dice que lo siente —bufó con un rápido movimiento de los hombros—. Me dan ganas de darte con la cuchara de madera en el trasero, amigo, y ni por un minuto pienses que ya no puedo hacerlo.

—Lois —interrumpió con una cauta aunque suplicante nota de autoridad en la voz—. Te presento a lady Helena Reichard. Va a ser nuestra invitada unos días.

Lois volvió a bufar.

—¿Y qué clase de ignorantes va a creer que somos al dejar que llegue sin ser anunciada? ¿Sin una habitación preparada para ella?

—Hay media docena de dormitorios en esta casa… sin duda podremos encontrar uno. Es decir, si alguna vez nos dejas entrar —indicó.

Con un resoplido, Lois retrocedió de la entrada, luego se volvió hacia Helena.

Con una sonrisa de bienvenida en la cara, hizo una reverencia brusca y tímida.

—Lady Helena, por favor, excuse los modales imperdonables de Matthew. Le aseguro que ha recibido una educación mejor. En el

fondo es un buen chico, pero lamento decir que malcriado, y desconoce la forma adecuada de tratar a una dama.

—Lois —advirtió Matthew mientras entraba en el espacioso vestíbulo para dirigirse a un salón iluminado por el sol, con ventanales en arco y techo abovedado —. ¿Necesito recordarte que…? ¡Ayyy!—gritó cuando la cuchara de madera de Lois conectó con fuerza con su trasero.

—Bájala antes de que se te caiga —ordenó Lois con un tono que no invitaba a ninguna discusión—. Pobrecilla. Zarandeada por un vaquero torpe, siendo una condesa y todo eso.

—No es una condesa —soltó mientras depositaba a Helena con cuidado en un sofá de color crema—. Es la hija de una condesa.

—Y pálida y bonita que es. Está cansada, ¿verdad, querida? Y probablemente sedienta. Matthew… ve a buscar un poco de té con hielo para la condesa. ¿Azúcar, querida?

Helena parpadeó y negó con la cabeza.

—Para mí dos cucharaditas, por favor —ordenó Lois—. Y mucho hielo.

Helena observó fascinada cómo la mirada centelleante que Matt le dirigió a Lois se transformó en un gesto y una sonrisa de resignación.

—Si, señora. Lo que usted diga, señora. En el acto, señora —se llevó los dedos al sombrero, puso los ojos en blanco y salió de la habitación.

Helena lo observó irse, luego centró su atención de nuevo en Lois, quien se había sentado en un sillón a juego frente a ella del otro lado de una mesa baja de pino.

—Y ahora, querida —murmuró con una calidez en la voz totalmente ajena a la irritación que le había mostrado a Matthew—, cuénteme todo de usted.

La luz de la luna bailaba sobre el suelo de madera de pino de la habitación con orientación hacia el sur que era su dormitorio. Las líneas limpias y clásicas de los muebles de roble llenaban la habitación, desde el enorme armario hasta la cama tamaño *king size*. Unas alfombras tejidas, en tonos arena, malva y azules y verdes suaves, se hallaban diseminadas por el reluciente suelo. Helena estaba sentada en una mecedora junto a una pared que tenía un ventanal que iba del techo al suelo, mientras contemplaba cómo las estrellas distantes competían con la belleza de un cielo negro como la tinta.

Jamás había visto un cielo tan amplio.

Y nunca se había sentido más pequeña o insignificante que en

esa vasta noche texana. Resultaba inquietante.

Igual de desconcertante era el modo, en ese punto de su vida, en que había terminado ahí. En esa condición. En el hogar de Matthew Walker.

«Cuénteme todo de usted».

La pregunta de Lois la había aturdido. Nadie le había pedido que hiciera eso con anterioridad.

Todo el mundo siempre había sabido quién era ella. Hasta dos meses atrás, también «ella» había creído saber quién era.

«Cuénteme todo de usted».

Para su absoluto horror, la había mirado con expresión en blanco, sin saber qué decir. Se había dado cuenta de que, aunque había tratado de negarlo, el accidente había tenido un efecto profundo en su vida. Sinceramente, ya no sabía quién era. En ese asombroso momento de descubrimiento, se preguntó si alguna vez lo había sabido. Para su padre siempre había sido la pequeña. Para el mundo la hermosa lady Helena. No sabía cómo ser algo más.

Mientras reflexionaba, comprendió que hasta el momento, su vida había sido una serie sucesiva de representaciones obligatorias. Que la eligieran como miembro de la delegación de Asterland enviada a Texas para calmar las aguas políticamente turbulentas entre Obersbourg y los Estados Unidos que su primo Ivan había encrespado, era una en la hilera de muchas obligaciones que le habían exigido que cumpliera.

Y en ese momento, debido a aquel aciago viaje, su vida, tal como la había conocido, había cambiado para siempre.

¿Quién habría concebido que una simple función diplomática la iba a llevar a esa coyuntura de su vida? Estaba en Texas. Y lo que era aún más interesante, estaba con Matthew Walker, un hombre que la había fascinado a primera vista. Había querido volver a verlo, aunque no de esa manera. Nunca de esa manera.

Una llamada suave a la puerta le hizo girar la cabeza y le desbocó el corazón.

Sin pensarlo de forma consciente, metió la mano izquierda en los pliegues de la bata prestada.

—Adelante.

Cuando Matthew entró en la habitación, experimentó un leve escalofrío. Era inútil reaccionar ante él de esa forma. Antes del accidente, tal vez. Pero no después.

Se dijo que era la noche. El recuerdo de cómo la había tenido en sus brazos y de la mujer que otrora había sido.

Estudió su rostro en busca de algún indicio de que él aún sentía

esa atracción…

y luchó contra la irracional decepción al percibir únicamente una preocupación cordial cuando se acercó a ella.

—¿Está cómoda? —preguntó mientras extendía una de dos copas de vino tinto que había llevado.

—Sí, gracias —murmuró, demasiado consciente del hormigueo cuando sus dedos se rozaron. Él parecía contemplativo y muy cansado, y el silencio se extendió tanto rato que Helena sintió la necesidad de llenarlo. Respiró hondo—. Lo que he visto de High Stakes es maravilloso, Matthew. Y esta habitación… esta sacada de la fantasía de una niña europea sobre el Lejano Oeste. En resumen, ha sido toda una aventura.

Los ojos verdes de él la contemplaron con expresión inescrutable y algo desconcertante, como si pudiera ver a través de ella, hasta el miedo que se había aposentado en la médula de Helena y que ésta trataba de ocultar detras de conversaciones vacuas y posturas reales.

Ruborizada, apartó la vista y disfrutó del vino.

—No sabe lo delicioso que me parece después de dos meses sin siquiera ver una botella.

—Me alegro de que le guste.

Reinó un silencio en el que resultaría fácil perderse, del mismo modo en que podría perderse en el color de los ojos de Matthew.

—Lois es, bueno… poco usual, ¿verdad? —aventuró, no sólo para romper el silencio, sino porque esa mujer la intrigaba.

—Se lo advertí —sus facciones se suavizaron.

—Sí, es verdad. Ojalá no sintiera la necesidad de hacerme una reverencia. Le he dicho que es absolutamente innecesario.

—Puede decirle todo lo que quiera —sonrió—, pero si Lois lo tiene metido en la cabeza, lo hará. Necesario o no, desarrollará su pequeña fantasía a su manera. No la había visto tan entusiasmada desde la boda de mis hermanas.

—Le tiene bastante afecto, ¿no? —ladeó la cabeza.

—Más me vale —hizo remolinear el vino en la copa, luego enarcó una ceja—. Si no, me despellejaría.

Ella sonrió y supo que si quería sobrevivir a ese episodio con el corazón intacto, necesitaba establecer distancia de tanto carisma y atractivo sexual.

—Creo que hay algo más —continuó Helena, eligiendo la opción disponible de centrarse en Lois.

—Sí —tiró del lóbulo de una oreja—. Es más que eso. Ella es pendenciera, mandona y…

—¿… y tan obstinada como una Hereford? —sugirió Helena.

—Sí —convino Matt en voz baja y divertida—. Igual de obstinada.

Sintió que volvía a ruborizarse bajo la mirada íntima de él, que reflejaba un interés en el que no podía permitirse creer.

—Bueno —continuó mirando hacia la ventana—, conmigo ha sido muy dulce.

—Ha quedado cautivada con usted —se sentó frente a ella—. Espero que no la haya agotado.

—No. Oh, no. Fue como hablar con mi tía Amelia, la duquesa viuda. Las dos son muy idiosincrásicas. Me encanta eso. Es refrescante su excentricidad y sinceridad.

—Casi todo el tiempo —concedió con otra sonrisa—. Lois se enorgullece en proclamar que su marido, Frank, y ella, han estado con la familia desde antes incluso de que yo naciera. Frank tiene setenta y cinco años y aún va erguido como un joven.

Y Lois… bueno, Lois es la que manda en High Stakes. Los dos podrían haberse jubilado hace años, pero como ella se enfada y saca la cuchara de madera cada vez que se menciona esa palabra, mantenemos el *statu quo*… aunque solo sea por la paz.

—Y porque los quiere —concluyó ella al notar la emoción en la voz de Matt.

—Sí —reconoció—. Porque los quiero.

También era refrescante ver la honestidad de sus emociones reflejada en su rostro. Aunque sospechaba que Matt no era tan poco complicado como quería dar a entender. Sospechaba que Matthew Walker era mucho más que unas sonrisas carismáticas y un ingenio amable. Y deseó que fuera posible llegar a conocerlo más para poder averiguarlo. Pero como iba a marcharse en poco tiempo, no tenía sentido fomentar esa línea de pensamiento.

Dos meses atrás, no habría titubeado en entablar un coqueteo más directo para sonsacarle esa información. Dos meses atrás, estaba segura de que él habría respondido. En ese momento ya no estaba segura de nada. Menos aún del atractivo físico que ejercía.

Él se llevó la copa a los labios y la observó con ojos serenos mientras otro silencio envolvía la habitación.

—¿Cómo se siente?

—Bien —insistió Helena con rapidez al ver que se reclinaba y transmitía la incertidumbre ante esa respuesta ladeando la cabeza —. Su rancho es muy hermoso

—continuó de manera evasiva, queriendo desviar el tema de sí misma—. Y muy… —

vaciló en busca de la palabra adecuada—. Muy Texas.

Sus ojos se encontraron y se miraron durante un momento prolongado antes de que él girara la cabeza hacia la ventana y carraspeara.

—Estará más cómoda cuando se pueda trasladar a la casa de los Hunt. Casa Royale es un rancho de una sola planta. Allí no sufrirá el inconveniente de las escaleras.

Ella parpadeó y bajó la cabeza. No tendría que haber sentido esa declaración como un golpe, pero así fue. Tampoco tendría que haber sido una decepción la idea de irse, pero ahí estaba, a la par que el resto de las cosas que iba limitando su confianza. Claro que Matt quería deshacerse de ella. Era un elemento perturbador en su vida.

Respiró hondo y aceptó que ya era hora de empezar a acostumbrarse a las decepciones.

—Lo siento, Matthew… lo de las escaleras jamás me perdonaría si se lesionara la espalda por subirme y bajarme.

—Si no puedo manejar a un peso ligero como usted —la evaluó de arriba abajo

—, no hay mucha esperanza.

Le perdonó la respuesta por la gentil espontaneidad que había en ella.

—¿Peso ligero? ¿Peso ligero… y vaquilla? —sugirió con la intención de mantener la atmósfera alegre.

—Olvida pocas cosas, ¿verdad? —sonrió.

—Tengo una mente como una trampa de acero.

—Puede que exagerara un poco —concedió.

Como ella misma era una maestra en el arte del coqueteo inocuo, sabía la poca importancia que debía concederle a la sonrisa de él. Había rechazado a muchos admiradores ardientes con una muy parecida, de modo que entendía que él no le confería mayor trascendencia. Y eso era lo que más dolía.

También entendía que él se habría sentido consternado de saber que su falta de interés cortaba como un cuchillo.

—Bueno, gracias por eso —pero cedió a la necesidad espontánea de devolverle la sonrisa—. En cualquier caso —continuó, decidida a enmascarar la decepción—, realmente no era necesario que me llevara. Yo podría haber subido por las escaleras.

De hecho, necesito hacerlo.

—Y lo hará, con el tiempo —le aseguró—. Ahora me gustaría recibir una respuesta sincera. ¿Cómo se siente? De verdad.

Ella bajó la vista al vino, luego lo miró.

—La verdad es que es muy agradable quitarme la escayola un rato.

Él se concentró en los pies descalzos de Helena, que se asomaban por debajo de la túnica larga.

Ella lo vio tragar saliva, soltar el aire… y durante un momento fugaz, se permitió creer que veía algo más intenso que la preocupación. Fuera lo que fuese, le aceleró el corazón.

—¿Es sensato… me refiero a quitársela?

—En realidad, sí. Creo que el doctor Chambers ahora me la mantiene más por precaución. Me ha asegurado que me la podré quitar definitivamente en un par de días si las radiografías salen bien.

—¿Y no las molesta?

—Palpita un poco —se encogió de hombros, reacia a reconocer el dolor.

Reinó otro silencio breve, aunque lo suficientemente largo como para que ella al fin pudiera formular la pregunta que tenía en la cabeza desde que lo vio entrar en el hospital esa tarde como un ángel vengador.

—Matthew, ¿qué hacía hoy en el hospital?

Fue el turno de él de mirar la copa antes de que sus ojos se encontraran.

—Había ido a hablar con Justin. Y pensé que ya que estaba allí, podía pasar a saludarla.

Algo centelleó en su expresión antes de que se encogiera de hombros y desviara la vista hacia la ventana. Ella siempre había sido hábil para leer el lenguaje corporal.

Las señales que enviaba el cuerpo de Matthew sugerían que no decía la verdad. No podía imaginar por qué sentía la necesidad de mentir, a menos que creyera que ambos necesitaban que pusiera una excusa de por qué había aparecido en el momento exacto en que ella más lo necesitaba.

—Con anterioridad había pasado a verla —añadió él cuando ella no insistió.

—¿Si? —eso sí que era interesante. Jamie Morris, la joven que viajaba en el avión y que iba a ser la novia por correo de Albert Payune, la había ido a visitar varias veces. Otros amigos de Matt, un miembro del Club de Ganaderos, Aaron Black y Pamela Miles, en ese momento Black, y los Hunt también habían pasado. Nunca supo si se había sentido decepcionada o profundamente aliviada cada vez que la puerta se abría y no aparecía Matthew.

—Siempre dormía o estaba siendo sometida a terapia —explicó

—. O en ese momento sufría una infección y le tenían prohibida todas las visitas.

—Lamento que no nos encontráramos —lo vio inclinarse con la copa entre las manos, unas manos que la habían sostenido en la pista de baile y la habían cargado durante la huida. Manos fuertes, seguras. Pensó en su mano izquierda, que ya no era fuerte ni segura, y la escondió aún más en los pliegues de la bata.

Cuando alzó la vista, él la observaba. Se ruborizó. Tuvo la certeza de que iba a comentar algo de su mano, pero simplemente depositó la copa vacía en una mesita lateral, luego señaló el camisón y la bata.

—¿Le quedan bien?

Tenía veintisiete años, vivía en constante exposición pública y, sin embargo, sintió otra oleada de rubor por las mejillas. Qué civilizados eran.

—Sí. Lois me comentó que son de una de sus hermanas.

—Becca. Mantiene un cuarto lleno de ropa en el rancho. Hasta que Greg envíe a uno de sus vaqueros con las maletas, utilice cualquier cosa que necesite.

—¿Y a su hermana no la molestará?

—No. Esta completa e irrevocablemente enamorada de su marido y de la vida que lleva en California. Si aparece más de dos veces al año, nos sorprende, pero siempre deja cosas suyas, para no tener que llevarlas y traerlas. Por otro lado, Kay viaja mucho debido a su profesión. A ella la vemos más a menudo —calló de repente y movió la cabeza—. Lo siento mucho, Helena. Ha de estar exhausta y yo la mantengo despierta cuando lo que necesita es dormir.

—Me ha encantado. Su compañía. El vino. Ha sido perfecto. Gracias. Y gracias también por ayudarme hoy. No sé como podré pagárselo alguna vez —cuando se miraron, le pareció ver en los ojos de él la sugerencia de una forma de pago mutuamente satisfactoria que le acelero el pulso y le calentó la piel.

No se había equivocado. En ese hombre no había nada sencillo. De hecho, un hombre que podía tocar a una mujer con los ojos y hacerla sentir la atracción como si físicamente la hubiera acercado a él, debía de ser muy complejo.

Entonces él se levantó y se encaminó hacia la puerta.

—Descanse bien —se volvió con la mano en el pomo—. Estaré al otro lado del pasillo. Utilice el teléfono interno si necesita algo.

Helena se obligó a sonreír. En uno o dos días, se marcharía de High Stakes y lo más probable era que nunca más volviera a ver a Matthew Walker. Y con cierto pánico se dio cuenta de que no era

suficiente. Quería más. La parte de ella acostumbrada durante años a recibir más pudo con las nuevas y desconocidas inseguridades que aún no se habían afianzado del todo en su psique.

Si ese momento fugaz era todo lo que podría tener de él, entonces quería un último contacto. A pesar de la amenaza de rechazo, la sorprendió descubrir que quería poner a prueba la atracción que sentía.

—Matthew —él se volvió y a ella se le paró el corazón—. O… Odio pedirle esto, pero me temo que no he sido del todo sincera. Me he excedido un poco. ¿Querría…

podría…? —calló, tragó saliva y alzó los ojos hacia él—. No estoy segura de poder regresar a la cama por mis propios medios.

Era una mentira descarada. Sí, el tobillo le dolía. Diez pasos hasta la cama serían duros, pero no imposibles. Lo que de pronto le parecía imposible era dejarlo marchar sin volver a tocarlo.

Estuvo a su lado en dos rápidas zancadas y la alzó sin esfuerzo alguno como si fuera de cristal.

—¿Por qué no me lo dijo antes?

El aliento de él era cálido y con un leve olor a vino. Helena le pasó el brazo izquierdo alrededor del cuello y apoyó con naturalidad la mano derecha sobre su pecho. Bajo la palma abierta, el corazón latía fuerte y firme. Su calor corporal emanaba a través de la ropa hasta llegar a ella como si fuera un sol estival.

Alzó la cara hacia la de Matt… para decirle algo… algo sin importancia que disolviera la tensión que de pronto fue tan densa que apenas podía respirar… pero se vio atrapada en la magia de sus ojos. Se veían oscuros como esmeraldas e inquietos como un mar de medianoche.

La mirada sensual de Matt se posó en sus labios y allí se demoró.

Con un lento ascenso de las pestañas largas, volvió a mirar a Helena a los ojos.

Durante un momento largo y embriagador, ella pensó que iba a besarla. Y sin siquiera conocer el contacto de esos labios, supo que serian firmes y gentiles, ardientes y hambrientos.

Expectante, bajó los párpados y el corazón se le aceleró al sentir el aliento cálido de él en la sien antes de que le diera un beso casto y tierno. Entonces la bajó con cuidado al suelo.

Lo miró, a pesar de que sabía que la dominaba la decepción.

Él le apartó un mechón de pelo de la cara con suavidad. Tragó saliva mientras prolongaba la caricia en el cabello y se inclinaba para darle un beso tan delicado en la frente que sólo sirvió para despertar todo el anhelo de ella.

—Buenas noches, Helena —murmuró con voz ronca. Dio media vuelta y se dirigió a la puerta.

Y la dejó allí.

Sola.

Con el corazón desbocado.

Y la respiración entre cortada.

Con la mente sacando conclusiones que eran brutal y dolorosamente honestas.

Había corrido un riesgo y perdido.

La marcha brusca de él lo decía todo. Matthew Walker no era un hombre que se alejara de lo que quería. Lo que sólo podía significar una cosa. No la deseaba.

No había sido deseo lo que había visto en sus ojos. Había sido compasión. Y el dolor que fomentó ese conocimiento era más mutilador que cualquier herida que hubiera tenido que soportar.

Capítulo Cinco

—Bueno, ahora se te ve de buen humor, ¿eh? Matt se quitó el guante izquierdo con los dientes, luego, sistemáticamente, se quitó el derecho dedo a dedo. Se los guardó en el bolsillo de atrás con una mirada distraída hacia Frank, que tenía las cejas tupidas fruncidas con curiosidad.

—Acabemos de una vez, ¿de acuerdo?

El rostro arrugado de Frank adquirió una expresión taimada al entrecerrar los ojos.

—¿Esa dama elegante que trajiste ayer es la responsable de los cardos que tienes bajo la silla de montar, muchacho?

Matt se llenó los pulmones con el vivo aire de marzo y se puso en cuclillas para aferrar la floja tabla inferior de la valla del corral. Frank y Lois eran las dos únicas personas del mundo, aparte de su padre, a quienes dejaría que lo llamaran muchacho, al menos con ese tono.

Sin embargo, el hecho de que Frank tuviera razón no facilitaba las cosas. Esa

«dama elegante» era la responsable de su malhumor.

—Pásame esa bolsa con clavos, ¿quieres?

Frank bufó y tiró la bolsa a los pies de Matt.

—Muy bien —gruñó—. Si es así como quieres llevarlo, no hables del asunto.

—No pretendo hacerlo —Matt sacó un clavo galvanizado y lo martilleó en la madera.

—Deja que se infecte. Deja que…

—Frank —alzó la vista y miró al anciano con ojos pacientes—. Déjalo estar, ¿de acuerdo?

Frank se quitó el sombrero, se mesó el pelo ralo y volvió a acomodárselo en la cabeza.

—Perfecto. Tengo que comprobar la valla —se fue a la caballeriza con su andar arqueado para ensillar al viejo de Bill.

Estuvo a punto de detenerlo, pero al final reanudó el trabajo en la valla del corral. No era una mañana para un discurso bienintencionado de Frank. Era una mañana en la que necesitaba estar solo.

Por eso llevaba allí desde el amanecer, enloqueciendo a sus hombres y apartando a Frank. Así como pasaba una buena parte del tiempo con los caballos, por lo general no interfería en las operaciones del rancho. Vince, el capataz, ya había enviado a un hombre a reparar la valla cuando Matt intervino y se encargó de la tarea.

Había necesitado golpear algo.

El martillo que blandía iba a ocuparse de esa necesidad. Ya no estaba seguro de nada más salvo de una cosa. Había cometido un error al ir a ver a Helena la noche anterior.

¿En qué diablos había estado pensando? Había inventado una docena de excusas para justificar una visita a su habitación, entre ellas ver cómo se encontraba, ser un buen anfitrión, cerciorarse de que no tenía dolor o de que Lois no la había intimidado.

Cuando la realidad era que había necesitado verla.

Ya que había trazado una nueva línea a la fría luz de la mañana. Una que no pensaba cruzar. A partir de ese día el dormitorio de Helena Reichard quedaba vedado, igual que un campo de pruebas nucleares. Podía llegar a acostumbrarse demasiado a la grata sensación de tenerla en brazos, quedar atrapado en la fantasía de verla en su cama. Desnuda. Debajo de él.

Disgustado consigo mismo, martilleó otro clavo.

—Eres un idiota insensible y dominado por la testosterona, Walker, si lo mejor que puedes hacer con ella es alimentar tus fantasías y tramar modos de meterla entre las sábanas.

La última vez que había estado tan obsesionado por una mujer había sido en el instituto.

Después de probar el arreglo, se puso de pie y revivió recuerdos de su matrimonio con Jena…una parte de su pasado que debería ser suficiente recordatorio de por qué Helena Reichard no era mujer para él.

Apoyó los brazos sobre la tabla más alta y observó a los potrillos corretear bajo el sol de la mañana. Esa era su vida. Eso era lo que quería por vida.

No necesitaba estar ahí trabajando junto a sus hombres. Si no quería, no necesitaba trabajar ni un solo día de su condenada vida. Entre los pozos de petróleo, las inversiones en la Bolsa y la serie de negocios rentables que había financiado a lo largo de los años, había multiplicado por diez el patrimonio de los Walker desde que su padre le entregara las riendas.

A pesar de su fortuna, era un hombre sencillo.

Disfrutaba con placeres sencillos. Le gustaba la tierra, sus caballos y ser miembro del Club de Ganaderos. Una mujer como Helena era una complicación que no podía permitirse.

Con expresión sombría, recogió las cosas y se dirigió a la caseta de las herramientas. Aparte de sus propios motivos para mantener la distancia, había otras cosas a considerar además de su libido.

Ella, por ejemplo.

Todavía se hallaba en proceso de sanación. Física y emocionalmente, si no se había equivocado en su análisis. Para ella debía ser un infierno sobrellevar el dolor, pensar en las cicatrices, en las limitaciones físicas que bien podían quedarle como secuela, dada su prominente posición en el campo internacional.

Aunque Helena jamás lo admitiría, en ese momento era vulnerable en muchos sentidos. Bajo el exterior confiado y coqueto, la mujer con la que había bailado se había vuelto muy reflexiva. Era evidente que debía esforzarse para mantener la sonrisa en su sitio y recurrir a una parte honda de su ser para dar esas réplicas ingeniosas. No cabía duda de que también su sentido de ser una mujer deseada se veía amenazado.

Si pudiera decírselo sin empeorar las cosas.

A pesar de lo cansado que se había sentido, había permanecido despierto media noche deseándola. Pensando en el beso que a punto había estado de robarle.

Lamentando haber dado marcha atrás en el último minuto. Queriendo demostrarle que era una mujer muy atractiva.

Si hubiera seguido ese deseo, no habría estado satisfaciendo las necesidades de Helena, sino las suyas. Por eso se había apartado. Sin importar que ella lo quisiera reconocer, en ese momento se hallaba tan indefensa como un huérfano a la intemperie.

Con esos asombrosos ojos azules, con la cremosa piel blanca y esa sedosa mata de pelo dorado, parecía tan frágil como una rosa bajo el sol de Texas. Lo último que necesitaba era que se aprovechara de ella para tener una aventura amorosa. Y eso era lo máximo que podría haber jamás entre ellos. Un aventura dulce y ardiente.

Arrojó el cubo con las herramientas en el banco de trabajo.

No, ninguno de los dos necesitaba una aventura. Y él bajo ningún concepto buscaba una relación… y aunque así fuera, no sería con una mujer como ella, que brillaba como nadie bajo los focos y que irradiaba las chispas de su propio fuego. Ya había recorrido ese camino con Jena y no quería volver a adentrarse en él.

Desde el divorcio siete años antes, había tenido su ración de relaciones civilizadas y temporales por mutuo acuerdo. Por elección propia hacía tiempo que no se involucraba con nadie. «Demasiado», pensó. Quizá eso explicaba el tirón físico que sentía por Helena.

«Claro, y quizá Milo Yungst y Garth Johannes, esos dos estúpidos que supuestamente son representantes del gobierno de Asterland, han aparecido para comprobar de verdad las causas del accidente».

No lograba quitarse la mala espina que le inspiraban. Estaba seguro de que había mucho más de lo que veía el ojo, y nada bueno.

La amenaza desconocida contra Helena debería bastar para instarlo a sacar la cabeza de los pantalones y recordar el motivo principal de que ella estuviera allí.

Necesitaba su protección, y hasta que no se encontrara a salvo en el hogar de los Hunt, era el único papel que iba a desempeñar en su vida. En cuanto estuviera con Greg y Anna, esperaba que la distancia se ocupara de la tentación inmediata de tenerla tan cerca.

Mientras tanto, se estaba comportando como un idiota. El hecho de tener un problema no significaba que no tuviera unas cuantas obligaciones.

Helena era su invitada. Y hasta el momento había demostrado ser un anfitrión lamentable.

Miró hacia la casa y comprobó la hora. Las ocho y pico de la mañana. Sin duda ya se habría despertado. Desconocía cómo se estarían llevando Lois y ella. Si fuera un hombre cabal, se cercioraría de que no le faltara nada.

Respiró hondo, miró hacia el cielo y luego se encaminó hacia la casa. Podía ser amable y considerado, y podía comprobar que Helena estuviera cómoda. Y en el proceso podría tener las manos quietas.

Pero entonces entró en la cocina. La vio sentada en el mirador del desayuno.

Tenía los ojos vidriosos y sonreía por educación mientras Lois le servía té y tostadas y más conversación de la que cabría pedirle a cualquier mortal que soportara.

Parecía aturdida y necesitada de rescate.

Al verlo, el alivio que mostró su expresión y la mirada de súplica que le lanzó por encima de la cabeza de Lois bastaron para ablandarlo.

En un abrir y cerrar de ojos, la resistencia que había acumulado se plegó como una tienda de campaña bajo un vendaval. Y una vez más el caballero que jamás había sabido que era fue al rescate.

—¿Preparada? —preguntó Matt mientras se acomodaba al volante del cochecito de golf.

Helena iba sentada a su lado, con aspecto elegante y real y expresión encantada por el funcionamiento del cochecito eléctrico de color rojo cereza.

—Qué transporte tan ingenioso.

—Se lo compré a Lois hace unos años. Le ahorra dar muchos pasos de su casa a la vivienda principal. Y el color brillante

probablemente ha salvado muchas vidas —añadió con una sonrisa —. No puedes dejar de verla. Frank lo llama el pequeño vehículo rojo de mutilación móvil. Lois es un diablo sobre ruedas.

Pisó el acelerador para arrancar cuando ella le tocó el brazo. Desterrada la expresión de pánico que le había provocado Lois, se dio cuenta de que ese día parecía más descansada. El viento de marzo le apartaba el pelo de la cara y le añadía un toque rosado a las mejillas.

Junto con la noticia de que la prensa seguía acampada cerca de Casa Royale, uno de los hombres de Greg le había llevado el equipaje a primera hora de la mañana. El jersey negro de cuello vuelto parecía tan suave como su piel y tan cálido como sus ojos. Los pantalones también eran negros, y la bota de piel italiana en el pie izquierdo, sofisticada y a medida. Bajo la escayola, los dedos del pie izquierdo iban cubiertos con un cálido calcetín negro de lana.

—Gracias por esto. Me encanta salir al aire libre.

—Empezaban a venírsele encima las cuatro paredes, ¿verdad?

—Oh, espero no haber dado la impresión equivocada. Lois es maravillosa. No quiero que piense…

—¿No quiere que piense que se sentía arrinconada? —interrumpió, sintiendo la necesidad de bromear para eliminar la preocupación de la cara de ella—. ¿Que le parece abrumada por la amabilidad y las preguntas y si yo no hubiera entrado en la cocina para rescatarla habría adoptado una posición fetal para gritar a voz en cuello?

—ella intentó ocultar una sonrisa de alivio—. Bueno, no se preocupe. Porque no he pensado eso.

Entonces ella rio. El sonido cantó en la ligera brisa, suave y dulce y en completa armonía con la mañana soleada. Más agradable aun era la espontaneidad que había provocado esa risa. Desde la noche en que la conoció no había vuelto a ver tanta vida y júbilo en sus ojos. Le gustaba.

—Lois es tan… excesiva —concluyo con voz risueña—. Es encantadora.

Todavía no he conocido a una persona más amable. Pero qué energía posee.

Creo que jamás he oído hablar a alguien con tanta exuberancia y animación.

—Es agotadora —afirmó con un cariño que no pudo disimular —. Asegúrese de que yo no continúe donde ella lo dejó y la canse demasiado. Si se agota o tiene frío, hágamelo saber, ¿de acuerdo?, y volvemos a la casa.

La expresión en la cara de ella la hacía parecer joven, despreocupada y, por primera vez desde que la llevo a High Stakes, relajada. También transmitía una confianza en él que Matt no estaba seguro de merecer.

La fe que le depositaba le recordaba que fuera lo que fuese lo que hubiera entre ellos, no se debía a él, sino a Helena misma. Tenía que ver con lo mucho que necesitaba distanciarse de sus limitaciones y aferrarse al hecho de que la vida aún era buena. Con que lo necesitaba como amigo, más que como potencial amante. Alguien que le mostrara el amanecer después de dos meses de vivir casi en la oscuridad.

Observó pensativo su perfil y luego volvió a concentrarse en el sendero. El tiempo que ella permaneciera en la casa, haría todo lo posible para ser su amigo. Lo tenía decidido. Sería un amigo. Nada más.

—Varias veces nos hemos ofrecido a construirles a Lois y a Frank una casa nueva —dijo al detenerse delante del terreno de una casa de adobe—, pero, al igual que con la jubilación, no quieren saber nada al respecto. Lois dice: «Tuve y crié a mis hijas aquí, y cuando piensan en volver a casa, es a esta casa. Eso es suficiente para mantenerme en ella».

A la pregunta de Helena, le contó que Lois tenía dos hijas que vivían en Galveston con sus familias y que en todas las fiestas importantes venían a ver a sus padres.

—Vince y Amy viven aquí —indicó al acercarse a una versión más pequeña del rancho—. Vince es mi capataz… lo conocerá más tarde. Es asombroso con los caballos y estupendo con los hombres. Amy es la bonita mujer joven que conoció esta mañana en la casa principal. Lois jamás lo reconocerá, pero empieza a hacerse mayor para muchas tareas. Con sigilo, Amy se encarga de que lo que haya que hacerse, se haga. Salvo en la cocina. Sería necesaria una guerra para sacar a Lois de allí.

—Debería estarle muy agradecido. La cena que preparó anoche estaba deliciosa.

Matt pensó que al mirar al horizonte la sonrisa de Helena era un poco melancólica. O tal vez proyectaba sus propios sentimientos. En un par de días ella se marcharía y ya no podrían compartir ni una cena. En silencio, puso rumbo a los graneros, diciéndose que eso sería lo mejor.

El viento había comenzado a soplar a media mañana, como Matt le había explicado a Helena que sucedía a menudo. Ella no había querido reconocerlo, pero se sentía cansada. Era evidente que se le

había notado, porque Matthew había insistido en llevarla de vuelta a la casa un poco antes del mediodía.

Había compartido un almuerzo tranquilo en la terraza que daba a los jardines y a la piscina cubierta. Él se esforzó en mantener la conversación neutral e inocua mientras le hablaba de los caballos, de su programa de cría, de las complejidades de entrenarlos y de las recompensas de la competición.

Ella supuso que tendría que haber protestado un poco más cuando él insistió en llevarla arriba después de comer. Podría haberlo hecho, pero Matt parecía tan decidido a ser el anfitrión perfecto, que lo dejó estar. Y cuando la depositó junto a la cama con un simple saludo con el sombrero y un «descanse. Nos veremos en la cena», también lo dejó estar.

Después de todo, para él no era más que una obligación. Se había mostrado inteligente, cordial, cortés, informativo… y distante. Tanto, que a pesar del cálido sol de marzo, ella había sentido un poco de frío.

No obstante, entendía lo que Matt hacía. Igual que entendía el motivo por el que no la hubiera besado la noche anterior. Con la mayor gentileza posible, quería dejar claro que solo las circunstancias los habían unido, y posiblemente sólo faltaban veinticuatro horas para que esas circunstancias volvieran a separarlos.

Decidida a no abrirse a otro rechazo, tomó la determinación de aceptar las reglas de él. No habría romance alguno con Matthew Walker. Además, ¿cómo podía culparlo? Requería poco cimentar la verdad en la realidad cuando se miraba en el espejo de cuerpo entero después del baño.

El espejo que siempre había sido amable con ella, había adquirido una naturaleza brutal y cruel. Aunque Matthew la hubiera animado, comprendía que pasaría mucho tiempo antes de que fuera lo bastante fuerte o valiente como para invitar a un hombre a su cama. Haría falta más confianza de la que era capaz de tener para creer que algún hombre podría pasar por alto sus cicatrices y aceptarla como era. Pensando en ello, cojeó hasta la cama.

Consiguió dormir gracias a que estaba físicamente exhausta. Al despertar, se puso un vestido de seda de color champan que le cubría los brazos y las piernas… y contuvo lágrimas de frustración por la dificultad de lo que una vez había sido algo sencillo.

Con serena dignidad, se cepilló el pelo y se aplicó un poco de maquillaje. Luego se hizo una promesa.

—Solo pensaré en Matthew Walker como lo que es. Un hombre agradable que está siendo educado y hospitalario y que simplemente cumple un compromiso que sus buenos modales no le permitirían eludir.

Se puso la escayola y una suave zapatilla de bailarina y salió despacio con la cojera.

Soslayó el dolor. Reconocerlo significaba ceder a él, y ya estaba harta de la derrota. Anhelaba que sus heridas dejaran de gobernar su vida.

Cuando encontró a Matthew en el comedor, no le prestó atención al palpitar errático que su corazón se empeñaba en exhibir cada vez que lo veía.

Con una botella de vino en la mano, alzó la vista sorprendido.

—Iba a ir a buscarla.

—Oh, ya sé lo que pensaba hacer —ocupó la silla que él le apartó—. Estaba a punto de bajarme en brazos por las escaleras, cuando puedo arreglarme muy bien por mi propia cuenta.

—Lleva poco más de un día fuera del hospital —insistió Matt—. No tiene sentido excederse.

—Lo tiene todo. Mi vida ha estado en espera demasiado tiempo —él estudió su rostro mientras descorchaba una botella de merlot —. Estoy bien, Matthew, de verdad. Si necesito su ayuda, le prometo que se la solicitaré.

Sin estar del todo satisfecho, lo acepto con un gesto de la cabeza, ya que percibía que ella quería que se zanjara el tema.

—Muy bien —le mostró la botella.

—Sí, gracias —sonrió.

La sorprendió y alivió que la mano le temblara cuando se llevó la copa a los labios.

—Es magnífico. Lois sabe de vinos.

Él sonrió y ella sintió un nudo en el estómago.

—En realidad —indicó Matt, ajeno a la reacción de Helena—, Lois es abstemia.

Si no es bueno, la culpa únicamente recae en mí.

Ella enarcó una ceja, ya que esa nueva faceta de Matthew le reconfirmaba que no cabía duda de que era un hombre más complejo de lo que daba a entender.

—¿Es un conocedor de vinos?

—No. Hace unos años invertí en unos viñedos en el sur de California. Me gusta probar los resultados.

—Ah. Es usted un hombre de muchos intereses.

—Un hombre de negocios —ladeó la cabeza y se encogió de

hombros.

—Que prefiere el desierto a una sala de juntas —especuló—. Qué fascinante.

—¿Qué puedo decir? Soy un verdadero hijo del desierto.

—Un hijo del Oeste —aguardó la reacción de él.

—Supongo que se puede decir que lo llevo en la sangre —reconoció; apartó una silla y se sentó a la mesa, al lado de Helena.

—High Stakes —murmuró ella, mirando la tierra que había más allá de las ventanas arqueadas en un afán por distanciarse de ese momento de extraña intimidad—. Es un nombre interesante. Algo me dice que detrás de él también hay una historia interesante.

—En Texas siempre hay una historia interesante.

—Y piensa contármela, ¿verdad?

Tras una larga pausa, él comenzó a hablar.

—Para resumirla, le diré que al padre de mi tatarabuelo, Clint Walker, no había nada que le gustara más que una partida de póquer de apuestas altas. Es evidente que se le daban bien, porque, entre otras cosas, ganó esta tierra, la totalidad de los veinte mil acres que la componen, en una mano dramática de póquer abierto. Le habló antes de que Texas solicitara pertenecer a los Estados Unidos. High Stakes ha sido tierra de los Walker desde entonces.

A ella le encantó lo romántico de la historia, ya que estaba prendada del hombre que la contaba.

Él se adelantó con los codos sobre la mesa y la copa sujeta en una mano.

—No es exactamente el método más noble de iniciar una dinastía familiar.

—Cielos, no —la expresión de culpabilidad en el rostro de Matt la hizo sonreír

—. Los métodos europeos son decididamente más respetables. Mis antepasados alcanzaron la prosperidad mediante el pillaje y el saqueo.

Él rio entre dientes.

Ella lo observó en silencio unos momentos antes de que la curiosidad la dominara.

—¿Así que no tiene ninguna vocación dramática con el destino que lo motive, ningún deseo ardiente que lo impulse a estar en otra parte?

—Eso lo resume bastante bien —se encogió de hombros—. Mi padre se jubiló hace unos años y mi madre y él fueron a establecerse en la zona del Golfo de México.

Becca y Kay han emigrado a la costa oeste sin mirar atrás. Salvo

por un breve periodo en el cuerpo de marines, una tradición que comenzó con mi bisabuelo Cal, y cinco años en la Universidad de Texas State, High Stakes ha sido mi vida.

Estaba claro que Matt era un hombre de su tierra, independiente, y no veía motivo para alterar esa vida.

—Creo que lo puedo entender —comentó ella con tono reflexivo —. Esto es muy hermoso. Yo misma podría acostumbrarme a la paz y la soledad.

—No pretendo ser irrespetuoso —esbozó una sonrisa leve—, pero me cuesta un poco creerlo.

Ella enarcó una ceja con curiosidad ante el ligero rastro de amargura que captó en su voz.

—¿Por qué? ¿Porque he nacido en la aristocracia europea? ¿Porque lo que conoce de mí lo más probable es que sea una imagen fabricada por los medios? —le pareció que la miraba con cierta tristeza.

—Porque es usted una mujer hermosa, y mi experiencia con las mujeres hermosas es que prefieren la civilización y las ciudades, y todo lo festivo y variado que acompaña a eso, a la soledad y los crepúsculos arrebatadores.

Se reclinó en la silla y lo observó pensativa, y no por primera vez se preguntó qué mujeres habrían pasado por su vida y si habría habido alguna lo bastante tonta como para romperle el corazón.

—Bueno —comentó, conteniéndose de preguntar lo que quería —, supongo que es difícil discutir con un cínico, ¿verdad?

También él se reclinó y pasó un brazo por el respaldo de la silla. No la miró; clavó la vista en la copa de vino.

—¿Estamos teniendo una discusión?

—Sí —respondió Helena tras un momento—. Creo que sí.

Aunque la pregunta importante era por qué. Había descartado la referencia de Matt de que era una mujer hermosa. Los cumplidos, verdaderos o falsos, le salían con tanta naturalidad como respirar, y Helena no podía olvidar que había quedado físicamente alterada para siempre. Lo que la intrigaba era esa faceta nueva y más oscura de la personalidad de él. No encajaba con lo que conocía. Por desgracia, tampoco le restaba atractivo.

—¿Es de verdad un cínico, Matthew?

Se tomó su tiempo para responder, como si estuviera decidiendo cuanto de si mismo quería revelarle. Cuando al fin habló, la decepcionó que eligiera evitar la pregunta.

—En realidad, estoy hambriento. Eso tiende a irritarme un poco. Mis disculpas

—repuso con una contundencia que anunciaba el tema cerrado.

—Aceptadas —poca elección le quedaba.

—¿Cenamos? —alzó una tapa de plata de la bandeja en el centro de la mesa.

—Desde luego.

Dos sonrisas educadas y reservadas se encontraron a través de la mesa lustrosa.

Era obvio que el tema de lo que lo motivaba estaba prohibido. No le importó mientras disfrutaba de otro delicioso plato de Lois al tiempo que se refugiaban en una conversación sobre caballos, familiar para los dos, y por completo segura.

Porque de esa manera ninguno tendría que revelar nada personal.

Porque si alguna vez existió un hombre capaz de persuadirla de exponer sus secretos, sus inseguridades, era ese… pero no podía haber sido más claro en el hecho de que no deseaba saber.

Eso no le dolió. Cuando aquella noche estuvo en la cama contemplando la noche bañada por la luna, la lágrima que cayó despacio por su sien no tuvo nada que ver con el deseo de que le habría gustado que a él le hubiera importado como para que se lo preguntara, ni con el hecho de que quizá en ese caso le hubiera contado todo. Todo. Y con eso tal vez le habría podido entregar su corazón.

—No hablarás en serio, ¿verdad? —sentado en la biblioteca, Matt se reclinó en el sillón de cuero del escritorio. Se pasó una mano por el pelo mientras luchaba por aceptar la noticia de Greg Hunt.

—Me temo que sí. Nos vamos esta mañana. A veces resulta inconveniente estar casado con una mujer que tiene que dirigir un país —el orgullo y el cariño en la voz de Greg cancelaron la queja implícita en el comentario—. Es algo sobre un problema en el sistema de seguridad del casino. Lo siento, Matt. He de irme. Vamos muy justos de tiempo. Helena estará bien contigo, ¿cierto?

—Sí, no te preocupes. Que se os solucione todo —y colgó.

El asunto no le gustaba nada.

Pensó en la noche anterior y en la cena tranquila que había compartido con Helena. Le había gustado verla a su mesa y la inteligencia de la conversación mantenida con ella. A punto había estado de contarle todos los detalles de su matrimonio con Jena y la creciente atracción que le inspiraba. También le habría pedido que le contara cómo se sentía, qué le causaba dolor, y que le hablara del orgullo que la hacía tan fuerte.

Era demasiado irresistible y vulnerable. Era demasiado todo, y al finalizar la velada había sabido que a pesar de su resolución de enviarla a la casa de los Hunt, iba a costarle dejarla irse a alguna parte.

Pero ya no tendría ese problema, porque iba a quedarse.

Se preguntó si no había otras opciones. No podía pedírselo a Aaron y Pamela.

Acababan de llegar de su luna de miel. El jeque Ben Rassad estaba ocupado cuidando de Jamie Morris, quien había estado en el avión con Helena y quizá también se hallara en peligro. Además, a pesar de lo bien que le caía el atractivo jeque y de lo mucho que confiaba en él, siendo su vecino y amigo, la idea de ceder a Helena a ese misterioso encanto oriental no terminaba de gustarle. Estaba Justin, también recién casado. Winona y él se hallaban centrados en el bebé que querían adoptar.

Eso dejaba a Dakota Lewis, el último de los cinco miembros del club que trataba de solucionar el acertijo del diamante perdido y la muerte de Riley. Dakota estaba más que capacitado para proteger a Helena. Pero, igual que Ben, era otro de esos hombres de atractivo intenso. Para Matt, esa era suficiente causa para descartarlo.

Negándose a meditar en la razón de que no considerara a Dakota y a Ben como una opción, descolgó el teléfono y marcó el número de Aaron. La solución evidente era solucionar las cosas para que Helena no corriera más riesgos. Hasta entonces, daba la impresión de que se iba a quedar en High Stakes y que él no podría continuar con su vida… ni ella tampoco.

—Residencia de los Black.

—Pamela. Soy Matt.

—¡Matt! ¿Cómo estás?

—¿Cómo estás tú? —la calidez en la voz lo hizo sonreír—. Olvídalo. Creo que lo sé por tu tono. Doy por hecho que la vida de casada te sienta bien.

—La vida de casada es fabulosa.

—Me alegro. Me disculpo con antelación por llamaros, pero necesito hablar con Aaron.

—No hay problema. Está aquí mismo.

Unos segundos más tarde, Aaron se puso al auricular.

—Eh, Matt. ¿Qué sucede?

—Dos cosas. Una, los cinco tenemos que reunirnos.

—Yo he pensado lo mismo.

—Dos, Helena Reichard fue dada de alta del hospital antes de ayer.

—Eso oí. Lo que intriga a la ciudad es adonde ha ido. Parece haber desaparecido por arte de magia. La prensa se vuelve loca tratando de descubrir dónde se encuentra.

Brevemente, Matt le explicó que Helena estaba con él y lo que había pasado para que así fuera.

—Éste es el problema… esta tarde tiene varias citas médicas, de modo que he de llevarla a la ciudad. Greg y Anna iban a ayudarla, pero a ella la han requerido de Obersbourg. No quiero que la prensa ni nadie, salvo nosotros cinco, sepa dónde está, así que no puedo dejar que la vean en alguno de mis vehículos o será fácil establecer la relación.

—No digas más. Dinos a qué hora necesitas que aparezcamos en High Stakes, y allí estaremos.

—Gracias, amigo. Mientras tanto, veré lo que puedo hacer para comunicarme con el resto de la tropa. Si Pamela puede quedarse con Helena durante la visita a la clínica, los cinco podremos reunirnos en el club aproximadamente una hora.

Media hora más tarde, encontró a Helena en la terraza. La observó durante un momento. El sol bailaba sobre su cabello mientras una leve brisa se lo agitaba.

Le costó descifrar su reacción cuando la puso al corriente del viaje no planeado de Greg y Anna a Obersbourg. Igual que apenas pudo contenerse de apartarle un mechón de pelo de la cara.

No supo a qué se debió el silencio de ella mientras contemplaba, al parecer con melancolía y añoranza, los jardines y las interminables praderas desérticas más allá.

Cuando al fin lo miró a los ojos, eran inescrutables, sin emoción alguna.

—Si me permite utilizar su teléfono, podré arreglar unos alojamientos en el Royalton Hotel. Estoy segura de que me enviarán un coche.

Si fuera sincero, Matt podría reconocer que había esperado un poco de remordimiento por parte de ella. No supo cómo se sintió cuando no mostró ninguno.

No tuvo muchas ganas de sonreír ante el hecho de que le resultara tan fácil marcharse, pero lo hizo de todos modos. Luego se dijo que el motivo por el que de pronto se hallaba tan determinado a que Helena se quedara, cuando una hora atrás había estado desesperado por quitársela de encima, era que aun podía correr peligro.

Desde luego, ella no lo sabía. Y no iba a saberlo mientras estuviera en sus manos ocultárselo.

—No hace falta que se traslade al hotel —indicó con tono casual y trató de leer los ojos que se alzaron con expectación—. Es bienvenida a quedarse en High Stakes el tiempo que sea necesario.

Podría haber sido esperanza lo que vio en esas brillantes profundidades azules.

Podría haber sido alivio.

—No deseo imponerle mi presencia, Matthew —fue la respuesta que reverberó en la quietud de la mañana.

—¿Imponer? Le prometo que me estará haciendo un favor. La verdad es que Lois estaba enfadada conmigo por el hecho de que usted iba a irse a casa de los Hunt

—esboz6 una sonrisa seductora—. Diga que se quedará. Hágame quedar como el bueno… al menos a los ojos de Lois.

—Supongo que después de ponerse ese bonito sombrero blanco, es el único papel que podría desempeñar, ¿no?

Matt no supo si reír o jurar por el alivio que creó la concesión de Helena. Y

tampoco supo si ella no debería huir en vez de sonreír. Puede que luciera el sombrero blanco, pero si ella supiera lo que pensaba por la noche, si supiera cuanto anhelaba tumbarla en su cama, de inmediato lo habría reconocido como al tipo malo con sombrero negro.

Capítulo Seis

Una hora más tarde, Pamela y Aaron, Matt y Helena, iban de camino a la ciudad. El trayecto a Royal, a pesar de su potencial catastrófico, fue tan suave como la seda. Como la prensa aún estaba medio convencida de que Helena se hallaba con los Hunt, no la había buscado en el coche negro de lujo de Aaron. Con Pamela a su lado para brindarle apoyo, Helena entró a salvo en la clínica para una serie de análisis y radiografías. Después, se sometería a una rehabilitación física que la mantendría allí casi dos horas.

Matt miró el reloj mientras Aaron conducía por la calle principal en dirección al Club de Ganaderos, que se hallaba situado a las afueras de la ciudad.

—Tenemos un rato. Paremos en la cafetería, a ver si podemos captar lo que se dice de Helena y el accidente de avión.

—Vale la pena probarlo —Aaron se encogió de hombros—. Además, hace tiempo que no como uno de los rollitos de nuez de Manny Hernández—Aaron aparcó el sedán negro en el exterior del Royal Diner.

Media hora más tarde, entraban en el masculino y lujoso Club de Ganaderos de Texas. Matt miró en torno al interior y devolvió el saludo con la cabeza a los cuatro hombres sentados a una mesa redonda en un rincón de la estancia. Hank Langley, biznieto de Tex Langley, el fundador del club, Forrest Cunningham, Sterling Churchill y el hermano de Greg Hunt, Blake, volvieron a concentrarse en su animada partida de cartas.

Cuando Matt vio a Dakota Lewis en el extremo de la lustrosa barra de roble, Aaron y él fueron a su encuentro.

Después de que se estrecharan las manos, Dakota señaló hacia la puerta tallada de nogal que había en un extremo del pasillo.

—Ben y Justin ya están en el cuarto de atrás.

Justin se hallaba sentado a la mesa central. En el momento en que los tres entraron en la sala de reuniones, alzó la vista de su café.

—Buenas tardes, caballeros.

Matt lo saludó con un gesto de la cabeza y apoyó una mano en el hombro del jeque Ben Rassad, luego tomó una taza de porcelana con el emblema del club grabado en oro. Se sirvió café de la cafetera de plata que había en el centro de la mesa y bebió un sorbo. Estudió las caras alrededor de la habitación.

—Comencemos, ¿de acuerdo? ¿Alguien dispone de alguna información?

—¿Qué te parece si empiezas tú con Helena? —sugirió Justin—.

¿Cómo está?

Más específicamente, ¿«dónde» está?

—Es una dama dura… o al menos es lo que quiere que piense todo el mundo —

añadió al recordar la expresión de aprensión en su cara cuando la dejó en la clínica con Pamela—. En cuanto a donde esta, da la impresión de que va a quedarse conmigo —explicó la partida de los Hunt a Obersbourg y no prestó atención a las miradas que los otros intercambiaron entre sí—. Aunque ahora se encuentra en la clínica.

—¿Vigilada? —preguntó Ben, los ojos grises preocupados bajo el *kaffiyeh*, el tocado tradicional de su cultura. Su piel era tan oscura como la de un texano bajo la chilaba, la túnica blanca que, al igual que el *kaffiyeh*, siempre lucía en público.

Matt negó con la cabeza y trató de no sentirse demasiado ansioso por dejar a Helena con Pamela, incluso por un período breve de tiempo.

—¿No temes que alguien intente llegar hasta ella?

—¿Has intentado entrar alguna vez en la consulta de un médico sin cita previa?

—respondió, mirando a Justin.

Éste simplemente se encogió de hombros.

—No le falta razón.

—De acuerdo,—interrumpió Aaron con su habitual diplomacia —, no nos desviemos. ¿Qué pasa con los Blues Brothers, Dakota?

Cada uno le había puesto un mote a Garth Yungst y a Milo Johannes, no todos tan amables como los de Aaron.

Mientras Matt, Aaron y Ben habían recibido el encargo de velar por las mujeres, Dakota, oficial retirado de las fuerzas aéreas, debía vigilar las actividades de los dos investigadores.

—Son demasiado furtivos para mi gusto —Dakota apartó una silla. Apoyó una bota en la mesa y cruzó los antebrazos sobre la rodilla—. Los he estado investigando, pero por el momento no he encontrado nada. Hasta que aparezca algo, solo tenemos lo que ellos dicen ser.

Lo que decían ser era investigadores enviados por el gobierno de Asterland para explorar cada posibilidad de la avería sufrida por el avión. Sin embargo, lo que los cinco hombres sospechaban era que Yungst y Johannes en realidad buscaban el diamante rojo y las dos joyas y que Justin había recuperado en el lugar del accidente.

—Cuéntales la conversación que mantuviste con Gretchen, Matt.

Matt explicó que cuando Aaron y él pararon en la cafetería, se había encontrado con Gretchen Hansen, una enfermera del Royal

Memorial.

—Había hecho una rotación en la unidad de quemados cuando Helena estaba hospitalizada y me recordaba de verme en los pasillos. Es evidente que dio por hecho que yo sabía dónde se hallaba Helena, porque me preguntó por su estado. Luego me dijo que hacía aproximadamente un día Robert Klimt había salido del coma, aunque se hallaba en situación delicada.

—¿Klimt fuera del coma? Esas sí que son noticias —comentó Dakota, mirando con el ceño fruncido a Justin.

—Eh… he estado ocupado —se defendió el médico—. No me enteré.

—No te preocupes —descartó Matt sin darle más importancia—. Además, Gretchen me dio todos los datos… es una mujer muy observadora. Dijo que mientras estaba en la habitación de Klimt, por la tele pasaron un reportaje de la investigación que hizo que él se pusiera blanco como las sábanas al oírlo. Entonces su presión arterial, que según Gretchen es muy inestable, se disparó.

—Podría haber sido una reacción postraumática —especuló Justin—. Ver el reportaje le pudo recordar todo de forma muy intensa.

—Tienes razón, pudo ser eso —convino Aaron—. También podría haber significado que lo puso nervioso como mil demonios. ¡Como si tuviera algo que ocultar! —soltó.

—¿Klimt? Creía que formaba parte del gabinete del rey Bertram —comentó Ben

—. ¿De qué tendría que estar nervioso?

—De nada —acordó Matt—, si fuera un miembro de confianza del gabinete del rey de Asterland. Si no lo fuera… —calló.

—Sumad a eso el hecho de que Yungst y Johannes insistieron en verlo nada más se recobrase —señaló Aaron.

—Sí, pero sería algo normal —razonó Dakota.

—Cierto, pero, ¿sería también normal que no dejaran de amenazar con la inmunidad diplomática y las relaciones políticas tensas cuando el médico de Klimt no los dejó hablar con él? —Matt observó un rostro sombrío tras otro y en todos vio suspicacia.

—Su neurólogo es Ramsey —indicó Justin ceñudo—. Si no dejó que vieran a Klimt, es porque considera que su condición es delicada. Debe de encontrarse demasiado débil para ser interrogado.

—Y bien —Dakota bajo el pie al suelo—, ¿eso dónde nos deja?

Aaron, reflexivo y pragmático como siempre, volvió a sacar los rumores que había oído de amigos diplomáticos acerca de la

posibilidad de que en Asterland se estuviera cociendo una revolución. Todos coincidieron en que su creciente sospecha de que las joyas hubieran podido ser robadas para financiarlas empezaba a parecer algo más que una simple conjetura.

—Todos comprendéis —expuso Ben— que si ese avión no hubiera sufrido una avería, jamás habríamos relacionado el asesinato de Riley con el robo de las joyas para esa revolución.

—Si hay una revolución. En cualquier caso, da la impresión de que un viaje a Asterland empieza a ser más probable que posible —añadió Justin con la vista clavada en Dakota—. ¿Alguien se ha puesto en contacto con Kathy?

La expresión de Dakota se tornó impenetrable ante la mención de su ex esposa, pero no antes de que hubieran podido ver su reacción inicial. Para todos fue evidente que entre Dakota y Kathy Lewis había dolorosos asuntos inconclusos. Que Kathy fuera la perfecta especialista en asuntos exteriores para el trabajo, ya que era una persona considerada en alta estima por la corte de Asterland, era el motivo por el que se le pediría esa misión. Ni se discutía que sólo Dakota podía acompañarla en la misión. Él era la primera y única elección.

Aaron carraspeó de forma diplomática.

—Estamos en ello, pero primero hemos de aclarar algunos asuntos antes de concretar el viaje a Asterland. Hemos de encontrar el diamante perdido. Y al asesino de Riley.

Matt asintió, renovada su preocupación por Helena.

—Hasta entonces, Helena y Jamie siguen en peligro.

—Y como la leyenda sea cierta, lo mismo sucede con la prosperidad de Royal —

añadió Dakota con tono lúgubre.

—He de ir a ocuparme de Helena —dijo Matt, levantándose. Los cuatro lo observaron con una especulación manifiesta que él prefirió soslayar—. Tened los ojos abiertos y vuestras espaldas cubiertas, caballeros —añadió mientras se prometían mantenerse al tanto de cualquier cosa que pudieran descubrir.

Cuando salieron al salón principal, uno a uno miraron en dirección a la placa que había sobre la puerta y que sólo ellos sabían que temporalmente escondía el ópalo y la esmeralda, dos de las joyas de la Estrella Solitaria.

Liderazgo. Justicia. Paz. Las tres palabras grabadas en la placa representaban todo lo que los miembros del club consideraban sagrado. Las piedras representaban todo lo que hacía prosperar a Royal. Y Matt era bien consciente de que hasta que el diamante se

reuniera con las otras dos joyas, tanto el futuro de Royal como el de Helena seguían corriendo peligro.

El sedán negro de Aaron esperaba con el motor en marcha cuando Matt, en compañía de una silenciosa Helena, salió por la puerta de atrás de la clínica. Aaron se hallaba al volante con Pamela a su lado. Matt acababa de acomodar a Helena en el asiento de atrás cuando un vehículo marrón de cuatro puertas entró en el aparcamiento, bloqueándoles adrede el paso.

Al instante Aaron bajó del coche y con expresión seria se situó junto a Matt. Los dos hombres se aprestaron para la batalla al ver que Milo Yungst y Garth Johannes dejaban el vehículo de alquiler y se dirigían hacia ellos.

—Están bloqueando nuestro paso, caballeros —indicó Matt con un tono engañosamente cordial mientras le plantaba cara a los otros dos. Yungst era alto y desgarbado, con una cabeza llena de rizos que enmarcaban una cara larga y angulosa. En contraste, Johannes era cuadrado y fornido como un ladrillo, con el pelo castaño fijado hacia atrás con lo que parecía un litro de aceite para cocinar. Nada más verlos la primera vez, a Matt le habían desagradado. Desde entonces, no había sucedido nada que lo hiciera cambiar de parecer —. Ahora bien, estoy dispuesto a aceptar que no era esa su intención —añadió con voz que indicaba todo lo contrario

—, por lo tanto, ¿qué les parece si suben a su coche y nos permiten continuar con nuestro camino?

—Discúlpennos —dijo Yungst—, pero tenemos asuntos que tratar con lady Reichard.

—Hoy no —afirmó Matt con mirada dura y el cuerpo tenso—. Y ahora muévanse antes de que olvide que mi madre me educó para ser un caballero.

—Sólo pedimos unos momentos de su tiempo —Johannes, a quien le sobresalía el cuello de la camisa demasiado estrecha, se había puesto rojo de ira, aunque intentaba parecer amigable—. Sólo necesitamos que ella nos dé su versión del aterrizaje de emergencia, añadir su perspectiva a las versiones de los otros que hemos entrevistado.

—¿Entrevistado? —Matt no intentó ocultar el veneno en su voz —. ¿Es así como llaman últimamente a sus interrogatorios? Lo siento, pero no. La dama hoy no va a ser molestada por ustedes.

—¿Molestar? ¿Interrogar? Oh, no. Solo deseamos hablar con ella.

—Hoy no.

—Pero…

—He dicho —dio un paso amenazador hacia el dúo—que eso no va a tener lugar hoy.

Aaron se movió a su lado y lo tomó del brazo, interpretando al poli bueno en contraposición al malo de Matt.

—Éste podría ser un buen momento para despedirse, chicos. Empiezan a irritarlo. Les aseguro que no les gustara ver eso.

Yungst miró a Johannes, titubeó un momento, luego inclinó la cabeza a regañadientes.

—Muy bien —metió la mano en el bolsillo de atrás del pantalón, sacó la cartera y extrajo una tarjeta. Se la entregó a Matt—. El número de mi teléfono móvil. Por favor, pídale a lady Helena que se ponga en contacto conmigo cuando se sienta capaz de responder algunas preguntas.

Sin mirar la tarjeta, Matt se la guardó en el bolsillo de la camisa.

—Sí, claro. Lo pondré en primer lugar de mi lista de prioridades.

Con una última mirada torva, los dos investigadores de Asterland dieron media vuelta, regresaron a su coche y se marcharon.

—¿Qué querían? —preguntó Pamela cuando los hombres se acomodaron en el coche.

—Hablar con Helena.

Por primera vez desde que entro en la clínica y la encontró esperándolo, vio algo de animación en ella, y tal vez un poco de aprensión.

—¿Conmigo? ¿Son periodistas?

—No —Matt observó su rostro—. Son de Asterland —cuando ella frunció el ceño, se lo explicó—: Llevan un mes por aquí, investigando las circunstancias del aterrizaje de emergencia.

—¿Investigando? —miró a Matt y luego a Aaron—. No lo entiendo. Creía que la causa del accidente había quedado determinada como una avería.

Matt miró a Aaron por el espejo retrovisor. Entre ellos pasó un acuerdo silencioso de seguir manteniendo a Helena en la ignorancia acerca de sus sospechas sobre los dos hombres.

—Es cierto —aceptó—. Supongo que no quieren dejar ninguna piedra sin remover.

—Pues a mí me ponen nerviosa —comento Pamela con un escalofrío.

—El alto —Helena pareció pensativa—. De algún modo, me resulta familiar.

—¿Familiar? —al instante Matt se puso alerta.

—No sé —ella movió la cabeza y miró por la ventanilla—. Hay

algo en él. No logro saber qué. ¿Por qué no quería que hablara con él, Matthew?

—Porque no me gustan —afirmó con una sonrisa tensa—. Y no me gustan sus métodos. Además, creo que su día ya ha sido bastante agitado, ¿no?

—Sí —cerró los ojos y apoyó la cabeza en el respaldo del asiento.

Su voz mostró tal abatimiento que él quiso estrecharla entre sus brazos.

Lo que había sentido al enfrentarse a esos matones había bordeado la agresión.

No era propenso a la violencia, pero nada lo habría complacido más que incrustar los puños en cada una de esas caras feas. Tanto entonces como en ese momento sabía que su reacción había sido excesiva.

La miró. La palidez le daba un aspecto frágil y vulnerable. No se parecía en nada a la diva aristocrática que la noche anterior había agraciado la mesa del rancho con amplias sonrisas e ingenio centelleante. Sin embargo, algo le decía que la verdadera Helena Reichard era esa mujer y que la otra no era más que una caricatura de su verdadero yo. O quizá hubiera un punto intermedio.

Tampoco importaba, ya que ninguna de ellas era para él.

Entonces, ¿por qué sentía como si se estuviera engañando?

Con la expresión seria, aquella noche Matt observó a Helena jugar con la comida durante la cena. Aún seguía molesto por la aparición de Yungst y Johannes en la clínica. Pero lo irritaba más el comportamiento de ella.

—Está muy silenciosa.

Se hallaban solos en el comedor. El vino estaba frío. Igual que la conversación.

Ella realizó un intento por sonreír, pero sin mucha convicción.

—Lo siento. No soy muy buena compañía, ¿verdad? Debo de estar más cansada de lo que imaginé.

—¿Cansada? Sí. ¿Y quizá decepcionada con lo que le dijeron hoy los médicos?

Ella parpadeó y volvió a dedicarse a jugar con la comida, respondiendo a la pregunta com un silencio que hizo muy poco por proteger su incertidumbre.

—¿Quiere hablar de ello? —instó con suavidad.

Ella dejó el tenedor, se reclinó en la silla y clavó la vista en sus manos. Cuando alzó los ojos, había recuperado la cara de Lady Invencible.

—¿Cree que podría aprender a conducir el cochecito de golf de Lois? —

preguntó entusiasmada, en un intento por esquivar las preguntas de Matt—.Me encantaría recorrer las caballerizas, pero no quiero molestarlo. Aunque el médico me quitó definitivamente la escayola hoy, no estoy segura de que todavía pueda caminar tan lejos.

Matt escuchó su perfecta imitación de una *prima donna* despreocupada y supo que ya no podía dejar que continuara de esa manera. No sabía cuándo había empezado a afectarlo, pero lo mataba ver como negaba que las heridas hubieran afectado su vida. Pensar en el daño emocional que podía estar infligiéndose al negarse a reconocer su dolor y sus nuevas limitaciones lo empujó a dar el paso definitivo.

—Claro —dijo con voz apagada y expresión dura—. Yo puedo enseñarle a conducirlo. Por un precio.

Ella lo miró sorprendida, aunque no tardó en rehacerse.

—Un precio —repitió.

—Grande —asintió él—. Muy elevado.

Ella estudió su rostro, como si de pronto entendiera lo que iba a pedirle y ya no quisiera jugar.

—Quizá hablemos de ello mañana —sugirió mientras se limpiaba las comisuras de la boca con la servilleta y la dejaba junto al plato—. Me encuentro francamente agotada.

—Mañana no —se obligó a presionarla—. Ahora.

Tras superar el asombro de la reacción de él, un mohín y un breve movimiento de la cabeza le transmitieron lo que ella quería que viera. Desagrado tolerante y un ciento cincuenta por ciento de negación.

—Vamos, Matthew. No es propio de usted… esta súbita falta de galantería.

—¿Igual que sus cicatrices no son propias de usted?

El silencio de la conmoción de Helena cayó como un yunque.

Pasaron unos momentos antes de que la mirada de ella, aturdida y dolida, buscara los ojos de Matt. Y entonces la dominó el pánico. Él vio cómo se extendía por su rostro como un mal sueño.

Acorralada y preparada para huir, de algún modo logró mantener el control al apartarse de la mesa.

—No —Matt aferró los apoyabrazos de la silla de Helena y la detuvo antes de que se incorporara y abandonara la habitación—. Necesita hablar de esto.

—No hablaré de ello —aseveró, molesta y pálida. Temblaba por el esfuerzo de esconder su miedo.

—Helena —musitó él. Sólo la respiración entrecortada le indicó la lucha interna que ella mantenía—. Hable conmigo, Helena. Cuéntemelo. Dígame qué sucedió hoy para inquietarla.

Ella cerró los ojos, pero no antes de que una lágrima cayera despacio por su mejilla.

A pesar de que se sentía como un desalmado, no pensaba retroceder. Ella necesitaba desahogarse. Sin importar lo perverso que pareciera, no iba a dejar que siguiera huyendo de sus sentimientos.

—Dígamelo —tragó saliva.

—No quiere oírlo —Helena apenas habló más alto que un susurro, con una voz cuidadosamente modulada para parecer vacía de emoción—. No quiere saberlo.

—¿Qué es lo que no quiero oír? —preguntó con suavidad—. ¿Por qué no quiero saberlo?

—Porque me odiará —lo miró y de inmediato apartó la vista, como si se avergonzara.

—¿La odiaré? —repitió.

—Porque soy débil —se observó las manos y parpadeó con fuerza para combatir la humedad que se espesaba en sus pestañas.

Matt pensó en las veces en que la había visto en el hospital luchar en silencio durante la dolorosa recuperación física, en el rostro sonriente que había mostrado al mundo, en las lágrimas solitarias cuando creía que nadie la miraba. Pensó en todas las cosas que había averiguado esa tarde sobre ella en la Web, que había resultado ser una fuente de información sobre Lady Helena Reichard como jamás habría sospechado.

—Una cosa puedo asegurarle —prometió con dulzura—. Nunca la consideraré débil.

—Es porque no me conoce —dos lágrimas mancharon la seda azul de su blusa.

—¿Y qué es lo que quiere que conozca sobre usted? —preguntó. Al no obtener respuesta, probó un poco de provocación para ver si mostrándose despiadado conseguía lo que no había logrado con la comprensión—. ¿Que es la típica benefactora de sangre azul que sólo busca mejorar su propia imagen? ¿Que en todos los aspectos de su vida parece ser la hija de un conde que vive una vida feliz de acontecimientos sociales que yo nunca entenderé? —al recibir una mirada airada, presionó más—. Los paparazzi la han proclamado la Hermosa Dama de las Causas Perdidas. Parece un título apropiado —cuando ella no reaccionó, continuó—: Si hay una causa, al parecer usted la defiende. Si hay una necesidad, usted organiza una

gala para recaudar dinero. Es un papel con el que disfrutan. ¿O lo hace porque nació para él?

La emoción ardió dentro de ella y se crispó con una ira que Matt prefería al silencio.

—Parece que el cínico que hay en usted ya ha decidido salir —respondió con frialdad.

—Ah, sí. El cínico. Entonces, ¿qué le parece esta conclusión? Lo hace porque es lo más ecuánime y bien visto que los nobles europeos se vinculen con una u otra causa elevada, ¿correcto?

—¿Lo ve? —lo miró con frialdad—. Ya me ha analizado —enderezó los hombros y alzó la barbilla—. Y ahora, le ruego que me disculpe.

—Creía haberla analizado —continuó sin hacer caso al deseo manifiesto de ella de marcharse—. La tenía catalogada como el tipo de mujer del club de jardinería, de la fundación que restaura museos y obras de arte… y había tenido razón. Hasta cierto punto. Al parecer también se especializa en recaudar dinero para las personas sin hogar y hambrientas del mundo.

Ella lo miró con arrogancia y se decidió por un sarcasmo.

—Qué horrible soy.

—Qué horrible es que elija mantener esa parte de sí misma en un perfil tan bajo —sonrió con tristeza.

—¿Tiene algún sentido todo esto? —preguntó, utilizando todos sus recursos para parecer aburrida, cuando en realidad hasta él veía que estaba asustada.

—¿Un sentido? Sí, Helena, tiene un sentido. Y es que quiero que reconozca lo mucho que sus heridas van a afectar su vida, con el fin de poder encararlas. Quiero que admita que cuesta encontrar justicia en su sufrimiento, cuando ha hecho tanto para mitigar el sufrimiento de otros —nada, ni siquiera un parpadeo, a pesar de las lágrimas que ella se negaba a derramar—. Maldita sea, Helena, me enfurece verla de esta manera… y también debería enfurecerla a usted, sin que tenga que sentirse menos por reconocerlo.

Ella permaneció tan silenciosa como una piedra.

Matt respiró hondo y pensó en los numerosos artículos y fotos que trataban sobre las obras filantrópicas de Helena… y en las muchas sorpresas que no dejaban de surgir. Había esperado que una mujer con su aspecto tuviera una vida amorosa muy activa. A menos que hubiera logrado ser muy discreta, algo muy arduo con la persecución a que la sometía la prensa, no parecía haber muchos hombres en su vida.

Esa información había sido interesante… y demasiado

satisfactoria.

—Sé que era una gran amante de los deportes, que quizá no pueda volver a practicar jamás; sin embargo, se sienta ahí en silencio, aguantando el dolor —observó toda la emoción que ella se negaba a mostrar—. Así que el sentido —continuó—, es que quiero saber cómo lo hace.

—Parece que ya sabe más que suficiente sobre mí.

—¿Sobre lo que hace? Sí. ¿Sobre quién es? No. ¿Lo sabe alguien, Helena? ¿Lo sabe usted? —preguntó al ocurrírsele de pronto esa idea.

El cambio brusco en su postura fue notable. En el espacio de una respiración entrecortada vio cómo se le derrumbaba la fachada como un castillo de arena. Pudo ver en sus ojos que quiso odiarlo por forzarla a encarar cosas que nadie hasta el momento había podido obligarla a aceptar.

—¿Por qué se muestra tan cruel? —alzó la vista al techo—. Usted y Justin.

Creen que necesito hablar sobre mis… mis heridas, como si eso pudiera desterrarlas.

—¿Y cree que lo logrará si no les hace caso?

—¡Sí! ¡Sí! —gritó, levantándose de la silla.

Él también se puso de pie y alargó la mano para sostenerla cuando ella perdió el equilibrio. Helena se resistió. En sus ojos brillaba el hecho de que se sentía mortificada por el exabrupto tanto como dominada por él. Las lágrimas acumuladas al final se vertieron, venciendo su orgullo y derribando sus defensas.

—Déjeme en paz. Por favor… suélteme —gritó, sin darse cuenta de que sollozaba de forma incontrolada.

Y entonces no pudo más y cedió. Ya no pareció importarle que golpeaba con impotencia los hombros anchos de Matt, que lloraba sin vergüenza.

Él aceptó cada golpe sin inmutarse; luego, por temor a que ella se lastimara, la pegó con fuerza a su cuerpo, queriendo protegerla del dolor y brindarle apoyo para que no se fragmentara en un millón de piezas.

—Sshhh —murmuró sobre su pelo—. Sshhh. Ya está bien. Yo la sostengo.

Había esperado lágrimas, creyó estar preparado para ellas. Jena las había empleado como un arma. Las vertía y las cortaba como si tuviera un interruptor. Él no había tardado en volverse inmune a sus rabietas. Pero para eso… para eso no estaba preparado.

Esas lágrimas salían del alma de Helena. Sangraban de un

corazón que se rompía despacio.

Y lo desgarraba, ya que se sentía impotente para detener esas emociones que caían en lágrimas saladas y le mojaban la camisa.

Subió las manos a su pelo, para acariciarla y apaciguarla. Susurró su nombre, le alzó la cara y pegó los labios a las mejillas mojadas en una intimidad tierna como un bálsamo sanador. El aliento de Helena le abanicó la cara, cálido y con sabor a vino, y cuando acercó su dulce cuerpo como si quisiera fundirse con el de Matt, algo en él cambió. Algo profundo que lo abarcaba todo.

Perdió por completo la mente.

Con una disculpa susurrada y un gemido de absoluta derrota, le cubrió la boca.

Y entonces quedó tan perdido como ella a todo menos al momento y a la maravilla de esos labios que se abrieron bajo los suyos.

Capítulo Siete

Helena contuvo el aliento con un sollozo y se fundió en él. En su contacto que era curador, en su calor que la inflamaba. Se aferro a Matt y se abrió a él cuando su lengua la insto a separar los labios.

Desde lo más hondo, él emitió un gemido. Ella tembló cuando profundizó el beso y le abrió más la boca, como si fuera a devorarla, como si se alimentara de ella como un hambriento de una fruta madura. Pero Helena sabía que era ella quien se alimentaba de él y del consuelo que le ofrecía. Se dejó ahogar en el olvido que fomentaron sus besos.

Había soñado con que los besos serían así; sin embargo, los sueños no podían compararse con la realidad que era la boca de Matthew Walker.

La consumía, la dominaba, le exigía, pero también daba. Por propia voluntad se hundió con él en las profundidades.

Había sabido que el cuerpo de Matt sería calor y energía; había sabido que lo deseaba. Pero lo que no había sabido, lo que no se había atrevido a soñar, era que él la deseara. Sin embargo, en cuanto la tomó en brazos y el cuerpo grande tembló de deseo, supo que ningún hombre la había hecho sentir jamás tan necesitada o tan viva.

Cuando puso fin al beso, Matt pegó la frente a la de Helena, cerró los ojos y respiró con dificultad.

—Lo siento —susurró al tiempo que la abrazaba con más fuerza. Luego rio y soltó un juramento bajo—. Y un cuerno. Siento si te he lastimado, pero no siento haberte besado. No sé en qué me convierte eso. Solo sé que he querido hacerlo desde la primera vez que te vi.

Ella se apartó y lo miró desconcertada.

Él volvió a gemir y bajó la cabeza para apoyar la mejilla en la coronilla de Helena.

—Por favor, no me mires de esa manera… no a menos que quieras terminar lo que acabamos de empezar.

El corazón de ella palpitó desbocado. Era demasiado bueno para creerlo, para albergar alguna esperanza.

—¿Qué estábamos empezando, Matthew? —susurró en un silencio cargado con una expectación desesperada que le suplicaba que la hiciera creer.

El sonido que emitió él fue parte risa, parte gemido.

—Mi querida dama, si no lo sabes, entonces he de evaluar seriamente mi técnica.

—No bromees conmigo, Matthew —exigió, echándose atrás para

mirarlo a los ojos con el insistente temor de que era la compasión y no la pasión lo que había provocado el beso.

—¿Esto te parece una broma? —bajó las manos a las caderas de ella y la pegó contra su cuerpo. La erección se clavó plena contra el hueco de la cadera de Helena.

—Matthew —murmuró cuando él la alzó del suelo en un abrazo.

—Ni por un minuto pienses que te has escapado —advirtió con tono hosco—.

Me lo contarás. Luego —aseguró justo antes de tomarla con otro beso que le habría aflojado las rodillas si no la hubiera estado sosteniendo.

Ella no podía pensar debido a la dulce certeza de que él la deseaba. No podía respirar por la necesidad que tenía de Matthew mientras la subía por la ancha escalera.

—Dímelo ahora, Helena —exigió con una urgencia que le acelero el corazón cuando se detuvo ante la puerta de su dormitorio —. Dime ahora que no deseas esto.

La intensidad del anhelo de él desterró sus últimos miedos y dudas.

—Háblame, Helena. Dímelo ahora —la ronquera sensual de su voz se trasladó a la nueva confianza que sentía ella, impulsándola a bajarle la cabeza para un nuevo beso.

—¿Hablar es lo único que sabéis hacer los texanos?

—Oh, hablamos, de acuerdo. Pero también cumplimos. La cuestión es si esa boquita noble sabe algo sobre suplicar. ¿No? —abrió la puerta con el pie y se dirigió hacia la cama—. Entonces es hora de que aprendas.

Los sentidos de Helena estaban completamente inmersos en los de él, en los de ese hombre cuyo corazón palpitaba como el trueno contra la curva de su pecho. Ese hombre cuyos brazos fuertes la sostenían contra el torso y cuya hebilla de cinturón se elevaba en su cadera como una marca de posesión.

La cama de él se hallaba bajo un estanque de luz de luna como una invitación que la llenaba con un entusiasmo nervioso y una expectación inquieta.

La intimidad era asombrosa, igual que la súbita comprensión de que lo que nadie salvo sus médicos y terapeutas habían visto, ese hombre no tardaría en ver.

Matt pareció captar la reticencia de Helena y la depositó con cuidado en el suelo para realizar un devastador ataque a sus labios y lengua. Mareada por el deseo, la sostuvo para que no perdiera el equilibrio mientras con un movimiento de la mano apartaba la

colcha y luego la acercaba a la lámpara de la mesita.

Tensa al instante, ella le tomó la muñeca.

—Por favor. Déjala apagada.

—¿Así que es aquí donde termina la confianza que hay entre nosotros? —la estudió con ojos impenetrables.

Ella desvió la mirada, dominada por el anhelo y la aprensión, mientras las lágrimas amenazaban con volver a caer.

—Te deseo, Helena —le alzó la mano izquierda, protegida por el guante de red, y le dio un beso—. Es así de simple.

—No quiero ser así —por la mejilla le cayó una única lágrima—. No quiero ser una cobarde.

Matt apoyó la palma de la mano en su mejilla, le giró el rostro y le dio un beso tierno.

—Eres la persona menos cobarde que conozco. Lo que pasa es que tienes un poco de miedo. Entre nosotros dos hay un millón de kilómetros de diferencia.

La expresión que vio en los ojos de él la conmovió profundamente. Matt creía en ella. Creía cuando a ella le resultaba imposible hacerlo, y ese conocimiento la humilló y la capacitó al mismo tiempo.

Respiro hondo. Soltó el aire. Podía ser valiente.

Para él. Podía ser fuerte. Para él.

Bajó la mano y con dedos temblorosos encendió la luz.

—Bien —dijo con un leve temblor en la voz—, vayamos a la parte de la súplica,

¿te parece?

Él sonrió. Cuando le sacó el jersey por la cabeza, Helena tuvo un escalofrío. Y

cuando quedó ante él sólo con la suave enagua de seda azul y las braguitas, desterró de su cabeza las cicatrices y las imperfecciones y se convirtió en lo que él quería que fuera. Una mujer que desesperadamente necesitaba a ese hombre.

Suspiró con los labios entreabiertos cuando él le cubrió los pechos con las manos.

—Debí suponerlo —se inclinó y la acarició con el calor del aliento, el roce de los labios y la humedad de la lengua—. Más seda bajo toda esa seda.

Despacio deslizó las tiras de la enagua por sus brazos. El encaje azul se frenó sobre la plenitud de sus pechos, justo encima de los pezones. Bajo la seda transparente, se tensaban en lujuriosa invitación a medida que el aire nocturno y el aliento cálido de Matt le acariciaban la piel. Helena contuvo el aliento cuando él se apoyó

sobre una rodilla delante de ella.

Unas sensaciones dulces y agudas se enredaron en su interior mientras lo observaba enterrar la cara entre sus pechos y con suavidad bajarle la enagua, hasta que la dejó desnuda ante la noche y la boca de él.

—Oh —se aferró a los hombros de él mientras jugueteaba con los labios y le recorría la areola con un movimiento circular de la lengua, para luego cerrar los dientes y tirar con suavidad. Un calor delicioso se acumulé en su vientre—. Oh…

cielos —lo sintió sonreír sobre su piel, luego el calor de las manos al meterlas bajo la enagua—. Oh —repitió mientras los dedos le apretaban los pezones erectos aun mojados por la boca de Matt hasta que ella se arqueó bajo esas manos—. Santo cielo

—a pesar de la intensa sensualidad del momento, emitió una risa ronca—. ¿Cómo sabes la forma de hacerme reír?

—Del mismo modo en que sé hacerte gemir —fue una promesa oculta bajo un gruñido ronco mientras las manos endurecidas por el trabajo bajaban por la caja torácica de ella.

Con la boca siguió el lento descenso en una exploración agónicamente maravillosa. Pegó la cara en el hueco de su ombligo, enganchó los dedos pulgares en las braguitas y con cuidado las bajó por sus piernas.

Ella gimió entonces y cerró una mano sobre el pelo oscuro de Matt cuando la boca de este bajó aún más, lamiendo y mordisqueando mientras abría un sendero abrasador hasta esa parte que palpitaba de necesidad y ansiedad.

—¡Matthew! —gritó el nombre y tiró del pelo.

Él se retiró con renuencia. Apoyó la mejilla contra los rizos y le masajeó las caderas con manos mágicas.

—¿Demasiado? —susurró. Helena no pudo responder por los jadeos—. O quizá es demasiado pronto —concluyó, besándole la cadera antes de ponerse de pie.

Ella no supo si se sintió aliviada o abandonada, ni siquiera cuanto más tiempo podría aguantar de pie.

Matt volvió a sonreír, interpretando correctamente la confusión y el deseo que vio en su cara.

—Está bien —tranquilizó—. No hemos acabado con eso —apoyó la mano donde había tenido la boca, y luego introdujo despacio un dedo en su interior—. No hemos acabado… con eso —la promesa fue un susurro roto mientras la apoyaba contra él y la tumbaba de espaldas en la cama—. Si supieras lo a menudo que he fantaseado con verte de esta manera… —tragó saliva y movió la cabeza como

si recuperara los sentidos—. ¿Estás segura? —quiso saber con expresión súbitamente seria.

Si ella no hubiera empezado a enamorarse de él, esa pregunta, en ese momento, la habría impulsado a hacerlo. No sólo era el hombre más fascinante y atractivo que había conocido, sino el más amable y considerado. Y el más heroico.

—Estoy segura —murmuró, sabiendo que era todo lo que Matt necesitaba oír, a la vez que aceptaba que si él no podía devolverle amor, al menos se preocupaba por ella. Y desde luego la deseaba.

Solo por eso le ofrecería todo. Todo.

Se inclinó y la besó. Un beso eterno de labios suaves, lengua penetrante y delicada succión.

Luego se apartó, le quitó la enagua por encima de la cabeza y la tiró al suelo.

—Vuelvo en seguida.

Deliciosamente excitada y sorprendentemente libre, desnuda en la cama, lo vio cruzar al cuarto de baño, aturdida por la nueva belleza de él, desde la amplitud de su torso hasta las piernas largas y poderosas y las caderas estrechas.

Cuando regresó y tiró un puñado de paquetes de plástico sobre la mesita, una sacudida de calor, en parte entusiasmo y en parte conmoción, recorrió el cuerpo de Helena. Miró los preservativos y luego a él con una ceja levemente enarcada.

—Demándame —dijo él con una sonrisa masculina mientras se desabrochaba la camisa—. Soy texano. Pienso con amplitud.

—Bueno —una oleada de calor subió hasta sus pechos, donde él había posado la vista—, ¿quién soy yo para cuestionar esa clase de optimismo?

Con una sonrisa más perversa que amable, se desnudó para ella. En todo momento sus ojos la horadaron, prometiéndole pasión, exigiendo deseo, vaciándole la mente de todo menos de él.

Cuando se tumbó al lado de ella, su cuerpo largo y duro estaba encendido. Sus manos la saquearon con suavidad e inventiva y su boca fue un instrumento de sensaciones que despacio y con habilidad la aniquiló con un placer tan intenso que Helena olvidó qué quería ser y se convirtió en lo que Matt la hizo. Una mujer lujuriosa y carnal.

—¿Aquí? —murmuró él cuando sus dedos largos manipularon el pezón hasta dotarlo de una sensibilidad excesiva. Ella tembló y se arqueó contra la mano—. Lo tomaré como un sí.

Ella suspiró su nombre cuando los labios reemplazaron a la mano y la introdujo en la boca.

—Entra en mí. Por favor —pidió con un susurro, desesperada cuando sintió el canto de la mano de Matt sobre su montículo acariciándola con osadía—. Matthew, por favor.

Entonces él se situó encima, le separó las piernas con una mano y se acomodó entre sus muslos.

Fue pesado, duro como el acero y de una suavidad aterciopelada enorme al penetrarla con un movimiento deslizante y prolongado.

Ella soltó el aire con un gemido. Se elevó a su encuentro mientras estiraba el cuerpo, se entregaba y lo rodeaba.

—¿Demasiado? —preguntó él con los dientes apretados y quedándose muy quieto, enterrado en lo más hondo de Helena. Tenía la espalda cubierta con una lámina de transpiración. Ella enganchó un tobillo sobre sus caderas y contrajo los músculos interiores. La respuesta de él fue más gruñido que gemido—. Lo tomaré como un no.

Debido a lo maravilloso que era, Helena rio, y fue él quien jadeó. Con un esfuerzo, se apoyó en los codos y le tomó la cara entre las manos.

—No hagas eso. No te rías o se acabará en el acto.

«Este hombre», pensó. «Este hombre hermoso e increíble», jamás se había sentido tan deseada o devastadoramente sexual.

Le tocó la cara. Él giró la boca hacia la palma y la mordió un poco. Sin apartar la vista de sus ojos, le acarició el pelo y le bajó la cara hacia ella. Con la punta de la lengua, le recorrió el borde de los labios y la introdujo en el calor húmedo de su boca y despacio se puso a mover las caderas. Contuvo el aliento cuando él se retiró y la embistió de nuevo.

—Estás tan cerrada.

—¿Te gusta? —él musitó algo ininteligible sobre su garganta. Fue el turno de ella de sonreír—. Lo tomaré como un sí.

—Para que me tomes —gimió Matt y comenzó a moverse—. Para que me tomes todo.

Entonces ella dejó de sonreír. Puede que incluso dejara de respirar. Toda su atención se centró en la penetración del cuerpo de Matt. La llenó tan completamente que perdió noción del tiempo y del espacio, entregada en exclusiva al intenso placer que la empujaba al borde mismo del olvido.

Helena contuvo un sollozo estrangulado cuando las manos grandes de él la levantaron por las caderas con el fin de incrementar el contacto e intensificar la sensación, hasta que alcanzó una presión que gritaba por ser liberada.

El orgasmo la recorrió toda, tan explosivo como un relámpago.

Intenso, brillante, brutalmente fiero. Gritó el nombre de él cuando su fuerza se contrajo, se desplegó y volvió a azotarla como el contacto aterciopelado de un látigo salvaje.

La respiración de él fue entrecortada y laboriosa hasta que la embistió una última vez. Se tensó encima de ella, gimió desde lo más hondo del pecho y la siguió con una exhalación áspera en su propia y turbulenta liberación.

Se quedaron quietos durante varios momentos prolongados y aturdidos.

—¿Estás bien? —logró preguntar al final Matt, enfriándole la piel con su aliento.

—Mmm —Helena intentó respirar hondo, pero abandonó la idea.

—Lo tomaré como un quizá —cuando Helena soltó una risa agotada, la abrazó con fuerza, como si nunca pudiera tener suficiente de ella.

—No —pidió con desesperación cuando él amagó con rodar a un costado—. No te vayas.

—No me voy a ninguna parte —prometió—. Pero soy un peso muerto sobre ti.

Ya —dijo al apagar la luz y acomodarse en el costado derecho de ella, con una mano en torno a su cintura y la otra bajo la cabeza —. ¿Mejor?

Saciada, entrelazó una pierna con la de Matt y apoyó la mano en su brazo. Y en ese instante, unidos en ese abrazo de extremidades, trató de recordar cuándo se había sentido tan atesorada y segura.

La luna entraba a través de los altos ventanales, iluminando la cama y al hombre en un resplandor nebuloso.

Ella lo absorbió todo, cada detalle singular, cada elemento suspendido en el tiempo que había pasado desapercibido en su desesperada precipitación por apagar el fuego que los dominó. Las sábanas lujosas bajo sus cuerpos, en ese instante húmedas por la transpiración. El aroma almizcleño a sexo maravilloso y hombre ahíto. El calor de la mano que despacio había subido hasta un pecho para coronarlo y acariciarlo.

—Te creía dormido —murmuró, encantada con el contacto perezoso y sorprendida por la creciente erección que se prolongaba y endurecía contra su cadera.

—Debería estarlo. Y tú también —susurró entre apesadumbrado y excitado.

Ella giró la cabeza y escrutó sus ojos oscuros y oceánicos.

—Debería sentirme afortunada por tener un amante tan

generoso y… oh… —

gimió cuando la mano de él bajó hasta acariciarle la zona inflamada.

—¿Optimista? —sugirió justo antes de besarla con hambre mientras con la lengua seguía el ritmo de sus dedos—. Helena —musitó con una reverencia súbita que atenazó el corazón de ella—. Voy a esforzarme al máximo en conseguir suficiente de ti.

Ella no supo si acababa de hacerle un juramento, y cuando la boca de Matt abrió un surco de fuego líquido hasta su pecho, no le importó. Sólo esperaba sobrevivir el tiempo suficiente para experimentar todas las promesas que insinuaba la boca de él.

«Está hermosa», pensó Matt mientras volvía a la habitación con una bandeja con comida y una botella de vino. Eran las dos de la mañana pasadas. Había despertado hambriento y decidido saquear la cocina antes que darle otro mordisco a Helena. Por ello se había puesto una bata azul marino para ir a buscar todo lo que pudiera gustarle a ella.

Lo que a él le gustaba era verla extendida y desnuda sobre su cama. La decreciente pila de preservativos hablaba menos sobre su autocontrol que sobre su optimismo y no pudo evitar otra sonrisa.

Dejó la bandeja con diversos tipos de queso y galletitas, uvas y melón, sobre una mesa junto a la ventana, luego se sentó en uno de los dos sillones que la flanqueaban y la observó dormir. Se la veía tan relajada y sensual que sintió que volvía a excitarse.

Arrancó una uva y se la llevó a la boca. Era dulce y jugosa, igual que ella, y hasta el momento su brillante idea de saciarse con algo que no fuera Helena no funcionaba tal como él había planeado.

De hecho, nada estaba funcionando como había querido en un principio. No había planeado llevársela a la cama. No había planeado sentir el tumulto de sentimientos que le provocaba. Y tampoco había planeado tener una amante tan desinhibida y entregada.

A pesar de la sofisticación que exhibía, su hermosa dama había reaccionado con una inocencia arrebatadora que lo había excitado y transportado a otra dimensión.

Cada vez que la había tocado, lo había hecho sentir como si para ella hubiera sido la primera vez. Cada suspiro trémulo, cada jadeo, lo había empujado hasta extremos, impulsándolo a llevarla más alto, a amarla más tiempo y a llenarla más hondo.

En ese momento, después de haber probado su esencia y sentido la seda cálida de su cuerpo, estaba más fascinado con ella que cuando sólo había podido albergar fantasías. Y en vez de sentirse

saciado, sentía como si solo hubiera probado un bocado del exquisito festín que era Helena Reichard.

El suave crujido de las sabanas le indicó que ella se agitaba. Y el súbito ritmo que adquirió su corazón le indicó que no quería que despertara sola.

Se levantó, se dirigió a la cama y se sentó al lado de ella. Helena se hallaba boca abajo, y el largo pelo rubio le caía sobre una mejilla como un enmarañado telón de seda. Se lo apartó con suavidad. Despacio, ella giró la cintura y se puso boca arriba con una suave sonrisa en los labios hinchados por los besos. La luz de la luna jugó sobre sus pechos desnudos y sin pensárselo, él acercó la mano para jugar también con ellos.

—Mmm —murmuró, alzando los brazos por encima de la cabeza en un gesto de puro y primitivo abandono.

—Hola —saludó él.

—Hola —respondió, cubriéndole la mano con la suya.

—¿Siempre eres así? —incapaz de contenerse, la tomó en brazos hasta acomodarla sobre el regazo.

Ella se acurrucó como una gatita.

—¿Cómo?

—No sé —suspiró y le besó el pelo—. Confiada —se negó a reflexionar en la satisfacción que le brindaba que confiara en él.

En ese momento el estómago de Helena rugió.

La levantó del regazo para depositarla en la cama, se quitó la bata y se la pasó por los hombros.

—Pensé que podrías tener hambre —después de regresar del armario con una bata idéntica a la otra, la ayudó a ponerse de pie —. Ven. Te he traído comida.

Con un bostezo delicado, ella lo siguió, luego observó como una sonámbula cómo le hacía pasar los brazos por las mangas de la bata y le anudaba el cinturón. La idea de esos pechos pálidos y generosos y todo ese cuerpo cálido y desnudo bajo la bata hizo que tuviera ganas de llevarla de vuelta a la cama.

La ayudó a sentarse y se sentó frente a ella, iluminados por la suave luz de una lámpara de noche.

—¿Voy a tener que alimentarte a la fuerza? —preguntó al verla apoyar la cabeza sobre la mesa. Al no obtener respuesta, llenó las dos copas con vino—.

Empiezo a sentirme culpable, Helena. ¿Tal vez fui un poco brusco contigo?

Entonces ella alzó la cabeza con una sonrisa satisfecha en el rostro. Se apartó el pelo de los ojos.

—Querido —los ojos somnolientos brillaron con una excitación latente—, jamás me oirás quejarme de eso.

Él rio y movió la cabeza.

—Come —ordenó—, antes de que esa boquita tan inteligente te meta en problemas. Otra vez.

—Y no lo querríamos, ¿verdad? —repuso con voz ronca y mordisqueó una pieza de melón.

La miró, sabiendo que el deseo que le inspiraba era obvio. Pero incluso más que el deseo, más que la confianza que le mostró en la cama, quería que ella confiara lo suficiente en él como para hablar.

Era evidente que Helena podía leerle la expresión mejor que él la suya.

—Gracias —musitó.

—Oh, no —ladeó la cabeza—. Gracias a ti.

Cuando ella se ruborizó, pensó que era adorable.

—No me refería a eso. Aunque… eso… —añadió con un gesto en dirección a la cama—… fue decididamente maravilloso —observó el vino, luego a él—. Quería decir, gracias por lo que intentaste hacer.

—No quiero tu agradecimiento —comentó serio—. Quiero que te abras conmigo.

—Lo sé —jugó con el pie de la copa—. Es que…asusta un poco decir algunas cosas en alto. De algún modo, es como si se les confiriera más trascendencia.

—¿Y eso es malo?

—No lo sé —movió la cabeza—. Tal vez. De acuerdo, sí. Creo que quizá lo es.

—Por qué no pruebas… deja que te ayude a decidir.

Helena se mordió el labio inferior, una señal tierna de lo vulnerable que era.

La miró mordisquear con delicadeza un trozo de queso. Tenía que ser una elección propia de ella, una decisión que extendiera su confianza.

Matt respiró hondo. Pensó que no era justo hablar de confianza cuando él no confiaba en nada de lo que sentía. No después de haber hecho el amor con ella.

Después de sentirse mucho más involucrado que con ninguna otra mujer.

Era hora de volver a anclarse en algunos absolutos. Podía ser su amante y no amarla. Podía ser lo que ella necesitaba esa noche y dejarla partir cuando llegara el momento. Que llegaría. Helena tenía una vida a la que regresar. Y él la suya. La distancia y las

circunstancias, por no hablar de unos mil años de aristocracia, dictaban que no encontrarían un terreno intermedio para los dos. Salvo quizá en la cama.

Como casi todas las grandes pasiones, sabía que también ésa se consumiría.

Cuando lo hiciera, y cuando para ella fuera seguro marcharse, quería que fueran amigos. Y como amigo, esperó que ella hiciera el siguiente movimiento.

Capítulo Ocho

Helena contempló la cara del hombre que, aparte de sus padres, le había dado más de lo que nunca le había dado alguien. ¿Podría llegar a entender lo que significaba para ella? ¿Podría llegar a comprender que en unos días, en unas horas, había causado un impacto importante en su vida?

¿Que en la cama le había ofrecido una confianza que rara vez le había dado a otro hombre… que nunca había creído que podría volver a dar? Y lo más importante.

¿Querría la responsabilidad de saberlo?

Sin importar la intimidad que habían compartido, sospechaba que la respuesta a esas preguntas sería negativa. Era un hombre amable. Un hombre generoso y un amante en absoluto egoísta.

Pero no la amaba. Apenas la conocía. Que le importara no se traducía en amor.

Se traducía en compasión y, en su caso, en una lujuria gloriosa y mutua.

Sin embargo, mientras estaba allí sentado a la espera de lo que ella eligiera contarle, supo que entendería. Del mismo modo que entendía la necesidad que tenía ella de exponer no solo sus sentimientos, sino sus miedos.

Miró hacia la ventana y la oscuridad y decidió dar el primer paso.

—Puede que nunca recupere el uso de mi mano. Puede que nunca vuelva a caminar sin una cojera —ya estaba. Lo había dicho. Y dolía tanto como había sabido que dolería. A su lado, oyó que él soltaba el aliento.

—Lo siento.

—Yo también —se obligó a sonreír—. Lamento esa verdad. Lamento que necesitara tanto tiempo para aceptarlo. Me lo dijeron desde el principio. Hoy, me convirtieron en una creyente —los doctores Chambers y Harding habían sido amables pero francos mientras ella escuchaba las mismas palabras que había estado escuchando desde el accidente—. Con la excepción del punto en el muslo en el que me sacaron piel para el injerto, casi todas las cicatrices de las quemaduras en la pierna y el brazo desaparecerán, y el resto se podrá arreglar con cirugía plástica —

continuó explicando—. El tono muscular volverá poco a poco, pero la fractura, bueno, se produjo un daño irreparable. Mi mano… pasado un año, la cirugía plástica podrá mejorar, pero no duplicar, lo que era antes del accidente. La terapia me ayudará a recuperar parte del uso de los dedos, pero será un proceso largo y doloroso.

—Una vez más, lo siento —musitó él. Al no recibir respuesta, llenó el silencio con una reafirmación—. Nada de esto cambia lo que eres.

—Pero queda lo más importante —lo miró y jugó con los pliegues de la bata—.

Antes me hiciste una pregunta muy perceptiva. Me preguntaste quién era. Si sabía quién era. ¿Sabes una cosa? No lo sé. De verdad que ya no lo sé. A veces… a veces me pregunto si alguna vez lo he sabido —agradeció que no intentara corregirla; agradeció su silencio, que le permitía formular las palabras que llevaba tiempo necesitando decir—. Hasta el accidente —comenzó con titubeos—, siempre había sabido cuál era mi objetivo. Había nacido para pasar por una vida privilegiada como una bailarina ante una temporada llena de éxitos y aplausos. Había sido condicionada para creer que lo único que necesitaría para continuar sería mi aspecto.

De hecho —señaló sin percatarse del tono amargo que adquirió su voz—, fue lo único que se me pidió siempre. «Sonríe a la cámara, Helena. Posa para el mundo.

Muéstrales lo hermosa que eres» —bebió un sorbo de vino—. Y yo cumplí.

Desempeñé mi papel, y bien. La mezcla funcionó bien para mí. No sólo había sido perfecta, sino que también perfectamente feliz. Al menos eso pensaba.

—¿Y ahora…? —instó él tras un silencio que rechazaba todo lo que ella había creído.

—Y ahora —repitió con la vista clavada en la noche, oyendo la derrota en su voz pero sin ser capaz de disfrazarla—. No volveré a ser perfecta —lo miró a los ojos y huyó de la compasión que vio en ellos; confesó lo que sólo recientemente se había reconocido a sí misma—. Me pregunto si alguna vez lo fui —el pánico volvió a crecer, pero en esa ocasión no lo contuvo—. Me asusta sobremanera…esa comprensión de que toda mi identidad ha girado en torno a mi aspecto. En la imagen que he mantenido. Qué superficial y qué irónico descubrir ahora, en esa lamentable evaluación, que en realidad jamás fui perfecta. Y si en realidad nunca fui perfecta, entonces eso convierte toda mi vida en una mentira, ¿no? —concluyó, más asustada de lo que había creído posible por las implicaciones de la afirmación—. No es una mentira dañina, sino vacía, como una promesa vacía.

—Olvidas —defendió—, que sé demasiado sobre ti para aceptar que tu vida ha sido una promesa vacía, Helena.

Ella sonrió ante la amabilidad y sinceridad de sus palabras.

—¿No lo ves? Empieza a parecerlo. Yo… yo creía saber por qué hacía lo que hacía. Creía que era feliz. Aunque nunca me detuve a analizarlo. Me pregunto ahora si el motivo por el que jamás indagué mucho fue porque incluso entonces me asustaba la respuesta que iba a recibir —rio sin humor—. ¿Y si tú tenías razón? —

preguntó de pronto—. Antes, cuando me provocabas, sé que querías provocarme, Matthew… repito, ¿y si tenías razón? ¿Y si todo lo que he hecho hasta ahora fue por motivos tan superficiales como… como los de ser la hija de un conde?

Él le brindó su apoyo silencioso, escuchándola.

Ella se mesó el pelo y luchó por encontrar palabras.

—¿Eso es todo lo que he sido? ¿No debió haber algo más? ¿No debería haber algo más? —respiró hondo—. Supongo que nunca lo sabré, ¿verdad? ¿No es raro? Mi aspecto siempre me ha definido, y de repente eso me resulta molesto —se subió la manga y contemplo el daño—. Y ahora… ahora tengo algo nuevo que me define —

odió la debilidad que le humedeció los ojos—. No quiero que la gente me mire y me compare con lo que fui, cuando eso no era menos desfigurado que lo que soy ahora.

—No estás desfigurada, Helena. Nunca lo estuviste. Podrías haber aprovechado tu posición y belleza para tu propio beneficio personal. A cambio, lo usaste para ayudar a otros.

—Oh, sí —asintió—, está eso, ¿verdad? Pero ahora ya no sé qué es lo que realmente me motivaba. Después de todo, lo que hice era lo único que estaba preparada para hacer. ¿Qué estoy preparada para hacer ahora, Matthew? —

preguntó.

—Dale algo de tiempo. Date algo de tiempo y descubrirás mucho sobre ti misma si miras hondo.

—Ah —sonrió y no pudo evitar el cinismo en la voz—. De manera que puedo considerar mis cicatrices una oportunidad.

—Mejor eso que una derrota.

—Pero lo que siento es la derrota —soltó antes de poder reflexionar—. He luchado contra ella durante dos meses. ¿Y si no consigo superarlo?

—Repito, no te has dado suficiente tiempo. Tampoco te concedes los méritos que tienes. Mientras tanto —le tomó la mano y la sentó en su regazo—, ¿por qué no te permites acostumbrarte a la nueva Helena? Quien da la casualidad de que me gusta mucho. No —le enmarcó el rostro entre las manos—, necesitas pensar en lo que acabas de decir —bajó la vista a la pechera abierta de la bata—. Y yo necesito hacer esto.

Introdujo la mano.

Ella experimentó un escalofrío, luego se inclinó hacia el contacto mientras él se llenaba la palma con su pecho.

—Qué me haces —susurró mientras Matt la acomodaba a horcajadas sobre su regazo.

—¿Qué quieres que te haga? —con lentitud le aflojó el cinturón de la bata. Más despacio aún, se la quitó por los hombros. Cayó a sus pies como un charco de mar azul.

—Tócame —suspiró mientras se concentraba en el cinturón de él.

—¿Así? —volvió a acomodarla de forma que entre los dos no hubo más que piel. Su erección, ardiente y pesada, se pegaba a ella.

—Sí —jadeó cuando la volvió a alzar y la bajó hasta que su pene penetró justo en los pliegues femeninos.

—¿Más?

—Mmm. Más.

La aferró por las caderas y la hizo descender hasta que quedó tan profundamente enterrado en su interior, que Helena sintió que le tocaba las entrañas.

Sin dejar de mirarla, le cubrió el abdomen con la palma de la mano y presionó.

Ella gimió y se agarró a él con la cabeza echada hacia atrás, la espalda arqueada, consumida y perdida a todo menos al momento y a la magia que sólo ese hombre podía invocar.

Llevaba despierto un rato, observando el juego del sol de la mañana sobre el rostro de ella. Hacía tiempo que no despertaba con una mujer en la cama. Más aún desde que había deseado hacerlo.

Y cuando la voz de Lois atravesó el silencio como una sirena, no supo si se sintió aliviado de que el encantamiento tejido por Helena se rompiera o decepcionado por no disponer de tiempo para caer un poco más en su hechizo.

—Matthew Walker, ¿piensas dormir todo el día?

Un vistazo al reloj de la mesita junto al interfono le indicó que eran las ocho de la mañana. Un vistazo a la mujer que se sentó de golpe a su lado le indicó que estaba próxima al pánico.

Con ojos somnolientos, miró alrededor como si esperara que Lois saliera de debajo de la cama.

Sonriendo, Matt pasó el brazo por delante de ella para apretar un botón del interfono.

—Buenos días para ti también, Lois —saludó, apoyándose en un codo para observar sin prisa a la mujer desnuda que tardíamente se había llevado la sábana hasta la barbilla y que parecía que la

acabaran de sorprender robando las joyas de la familia.

—¿Estás enfermo? —inquirió Lois.

—No —tiró de Helena hasta acostarla otra vez y se inclinó sobre ella para darle un beso en la punta de la nariz—. Sólo me siento un poco perezoso. De hecho —le dio un mordisco leve en la barbilla—, estaba pensando en tomar el desayuno en la cama.

—Si quieres desayunar en la cama —bufó Lois—, será mejor que empieces a dormir en la cocina.

Helena contuvo una carcajada y le sonrió. Matt no pudo evitarlo. Le dio un beso largo, lento y profundo.

—Matthew. Me gustaría saber qué está pasando ahí arriba. La condesa tampoco ha bajado a desayunar.

—Ayer tuvo un día duro —repuso, dando por imposible convencerla de que no era condesa—. Yo la he estado ayudando con un poco de rehabilitación física —

acalló la risa de Helena con una almohada y sacó las piernas por el costado de la cama—. ¿Que te parece si pones un poco de café y unos bollos en una bandeja y bajo para llevárselo a ella?

—Me parece bien —aceptó con sequedad—. Pero cuida tus modales con esa dama. Cerciórate de tener todo abotonado para no asustarla. Es una mujer delicada, y no está acostumbrada a…

—Lois, confía en mí, ¿quieres? Sé cómo tratar a una dama —a su espalda, la dama en cuestión lo golpeó con una almohada—. Voy a darme una ducha —

interrumpió cuando Lois comenzó una diatriba acerca de los inútiles que no sabrían reconocer a una dama aunque esta los invitara a tomar el té—. Bajaré en unos quince o veinte minutos. Adiós, Lois —apretó el botón de apagado.

—Rehabilitación, ¿eh? —preguntó Helena con una sonrisa mientras se acomodaba una almohada detrás de la cabeza.

Él se irguió ante ella, descaradamente desnudo y cada vez más excitado de verla acurrucada entre las sábanas.

—Bueno, yo sí que encontré un valor terapéutico en lo que hicimos anoche.

—Y otra vez esta mañana —añadió ella con un poco de rubor.

—Y no descartemos los poderes de sanación de una ducha caliente —la alzó en vilo y la llevó al cuarto de baño de mármol y cubierto de espejos.

—Desde luego, no lo olvidemos —dijo al verlo abrir el grifo de una ducha en la que habrían cabido cuatro personas.

La introdujo en la ducha y cerró la puerta de cristal. Bajo la palpitante bruma de los distintos chorros, la bañó.

El corazón de Helena se inflamó con un amor tan grande que le dolió. Con tierno cuidado, Matt le lavó la cabeza, prestó atención especial a las quemaduras del brazo, enjabonó con cuidado cada centímetro de la mano izquierda dañada, se puso de rodillas para besar la zona del muslo donde le habían sacado piel para el injerto y le acarició las cicatrices de la intervención quirúrgica a ambos lados del tobillo.

—Si pudiera desterrar tu dolor con besos, lo haría —se incorporó y la pegó a él.

—Lo has hecho —susurró ella—. Nunca sabrás cuánto lo has hecho.

Entonces le quitó el jabón y lo pasó por la hermosa extensión de su torso, por la superficie dura de su abdomen y más abajo, donde lo tomó en la mano, para arrodillarse y tomarlo con la boca.

—Helena —soltó entre dientes apretados mientras el agua caliente caía sobre ellos como lluvia.

—Déjame —susurró sobre el miembro tumescente mientras él cerraba la mano en su pelo mojado—. Déjame.

En ese momento ella tomó el poder, el control y le mostró con su contacto el amor que no podía arriesgarse a poner en palabras.

Matt se hallaba en la biblioteca, observando a Helena por la ventana, sentada en la terraza bajo el sol, con un libro abierto en el regazo y un vaso de té helado preparado por Lois, sin tocar, en la mesa.

El sol de Texas le había dado un bonito tono rosado a sus mejillas. Ella no era consciente de que la miraba. De hecho, se sentiría molesta si supiera que la había sorprendido en ese momento vulnerable.

Algo en su pecho se contrajo al observar fijamente la mano izquierda de ella, como si con la mente quisiera ordenarle a los dedos que se movieran y adquirieran una apariencia distinta de la de un puño suelto y antinatural.

Sólo hacía dos noches que eran amantes, pero ya le podía leer los pensamientos, sentir su decepción. Helena era una amante libre y generosa. Por la noche se desprendía de sus inhibiciones y se convertía en todo lo que siempre había querido ser. Todo lo que podía pedir un hombre.

Pero durante el día, sin importar lo mucho que se esforzara en ocultarlo, sus heridas gobernaban quién era. Tal como le había confesado la primera noche que hicieron el amor. No lo deseaba, pero dejaba que esas heridas la definieran como persona. A diario luchaba por superarlo. En silencio. En soledad. Desde aquella noche

no se había abierto a él. Matt no la había presionado.

Contuvo el impulso de ir a su lado al ver cómo encorvaba los hombros en gesto de derrota. Incluso desde esa distancia pudo ver que había cerrado los ojos contra las lágrimas que se negaba a derramar.

Se dio la vuelta, sintiéndose como un intruso en una lucha muy privada y personal. Helena solo podía ser aquello que se diera permiso de ser. Él no podía librar esa batalla por ella. No tenía derecho.

Se apoyó en el escritorio y se recordó algunas verdades. Él era su amante, pero no estaba enamorado de ella. Aunque sabía que podría caer en eso con suma facilidad. Pero no lo haría. Por el bien de los dos mantendría el corazón fuera de esa ecuación, porque sin importar lo tentador que era, no podía permitirse enamorarse de Helena Reichard.

No funcionaría. Ella tenía una vida en Europa a la que tarde o temprano regresaría. Él tenía High Stakes, y el recuerdo de una mujer a la que una vez había amado, pero no lo suficiente como para hacerla feliz. Cierto es que había descubierto que Helena no se parecía en nada a Jena, pero la dinámica seguía siendo la misma.

Había nacido para brillar en el mundo de la élite social y en cuanto recuperara la seguridad, volvería a sentirse cómoda bajo las luces. Mientras que él había nacido con aversión a los focos y jamás se sentiría cómodo en ese mundo. Sus estilos de vida no se mezclaban.

De modo que estaba dispuesto a aceptar lo que tenían mientras lo tuvieran.

Además, quería que ella sanara. Y no sabía cuánto tiempo podría soportar verla de esa manera. Era un comienzo, pero no bastaba que Helena hubiera identificado y aceptado que se estaba dejando gobernar por sus heridas. Necesitaba empezar a realizar esfuerzos para encararlos.

Puede que estuviera limitada. Pero también era posible que necesitara a alguien o algo que la ayudara a establecer algunos límites nuevos.

Se incorporó y se volvió hacia la ventana. Ella había recogido el libro y trataba de perderse en él, pero el modo en que lo cerró otra vez y miró en dirección a las caballerizas le indicó que había fracasado. Del mismo modo en que Matt había fracasado en desterrar una idea que había tenido la noche anterior después de que ella se quedara dormida.

—Qué diablos —musitó, decidiendo llevarla a la práctica.

—¿Disfrutas del sol? —preguntó al salir a la terraza.

El rostro de Helena se iluminó al verlo. Le regaló una sonrisa que rivalizó con la calidez del sol.

—Esto es precioso.

Apoyó una mano en el reposabrazos del sillón, otra en el respaldo y se inclinó para darle un beso suave en la boca.

—Matthew, Lois…

—…probablemente nos esté mirando, lo sé. No pensaras de verdad que desconoce que somos amantes, ¿eh?

—Tú… tú no se lo habrás contado —en esa declaración había más esperanza que pregunta.

—No hizo falta —sonrió—. Por lo general no me llama por el interfono por las mañanas… y no me cabe ninguna duda de que en cuanto habla conmigo, realiza una rápida llamada a tu habitación.

Yo contesto y tú no. No hace falta ser físico nuclear para deducirlo.

—Oh, cielos —musitó al entenderlo—. ¿Qué pensará?

—Bueno —se volvió a acercar para darse un festín con su exuberante boca—, esta mañana desayunamos bollos de albaricoque al brandy. Lois ha de estar de muy buen humor para preparar esos bollos.

—Y tú también pareces estarlo —le sonrió—. ¿Qué tramas hoy?

—Estoy dispuesto a poner mi vida en tus manos —extendió una de las suyas.

—¿Tu vida en mis manos? —ella la tomó y se levantó—. ¿Qué tenías en mente?

Le pasó un brazo por los hombros y se puso a caminar hacia la casa.

—Quiero que me lleves hasta las caballerizas.

—Ah. ¿De modo que quieres ver de primera mano si has sido un buen instructor?

El día anterior le había enseñado a conducir el cochecito de golf de Lois. Luego la había dejado sola para que se acostumbrara a llevarlo.

—Algo parecido —le apretó el hombro.

—Te lo advierto, Matthew, me gusta ir deprisa.

—Tal vez debería conducir yo —rio entre dientes.

Ella rio también y condujo. Deprisa.

—Oh, Matthew, ¿qué le ha pasado? —preguntó Helena con voz preocupada y los brazos cruzados por encima de la puerta de la cuadra, mirando al caballo lesionado.

Durante la última hora, Matt le había pedido que lo llevara de

una caballeriza a otra. Habían comprobado el estado de los potrillos y de los caballos de un año.

Habían visto a Vince y a los chicos ejercitar a los de dos años en el corral circular.

La última parada fue en la caballeriza oeste. Había decidido que ya era hora de que Helena conociera a Jewell.

Jewell era una yegua moteada de tres años, criada para la velocidad y la agilidad. Se acercaba a la cima del mundo equino cuando había sufrido una lesión grave.

—Una ventisca hace unos tres meses —explicó, observando el rostro de ella—.

Acababa de hacer su tanda de ejercicios y se estaba enfriando en el corral este. No sabemos muy bien qué paso, pero se asustó y atravesó una valla. Le hizo un corte bastante profundo.

—Pobrecilla —musitó Helena mientras Jewel pastaba sobre la pata trasera izquierda, la derecha doblada sin soportar ningún peso. Sus ojos líquidos castaños la miraban con sereno interés—. ¿Se curará?

—Se curará —Matt apoyó un codo en la puerta de la cuadra—. La cuestión es si volverá a competir.

—¿Qué dice el veterinario?

Se encogió de hombros y sin preguntarle si quería pasar, alzó el cerrojo de la puerta y despacio la abrió.

—Que en parte depende de ella.

Sin siquiera darse cuenta de que había tomado una decisión, Helena entró cojeando.

—Hola, preciosa —entonó, dejando que Jewell se acostumbrara al sonido de su voz, al contacto de la mano en la cruz—. Echemos un vistazo, ¿de acuerdo?

Matt observó en silencio mientras la mujer pequeña le hablaba con susurros al caballo de quinientos kilos, que la contemplaba si no con cautela, si como una curiosidad.

Esperaba no haber cometido un error al juntar al animal herido y a Helena. Pero la expresión en la cara de ella le indicaba que no. Se mostraba maternal con la joven yegua. Le acariciaba la cruz, poniendo a prueba la confianza del animal antes de extender la exploración hacia la cicatriz del jarrete posterior.

La yegua se quedó quieta como una estatua… salvo por el ligero temblor que vibraba a través de todo su cuerpo.

—Oh, pequeña, está bien. Nadie va a hacerte daño —murmuró mientras realizaba movimientos lentos y calculados para no asustar al caballo. Regresó hasta la cabeza de la yegua y la acarició detrás

de las orejas—. Parece muy asustada —
frunció el ceño al mirar a Matt.

—Es algo que nos desconcierta. El veterinario afirma que ya tendría que haber olvidado el recuerdo y superado el dolor. Pero se niega a apoyar esa pata y se pone tensa cada vez que alguien intenta trabajar con ella.

—Sigue asustada —dijo Helena en defensa del animal.

—Eso, o la herida le quebrantó el espíritu.

—¿Qué le pasara? —preguntó, mirándolo con expresión en blanco.

—No lo sé. Le encantaba competir, era innato en ella —se subió el Stetson negro
—. Si no lo supera, supongo que terminara como una yegua de cría.

—Quizá sólo necesita un poco de atención especial —el ceño se le acentuó.

Matt apartó la vista y contuvo la sonrisa que bailaba en las comisuras de los labios. Carraspeó y volvió a mirarla serio.

—Es posible. El problema es que nos estamos preparando para una competición importante. No puedo dedicarle atención a nadie.

Ella le dio una última palmada a la yegua en la cruz y le acarició el pelaje de un modo que indicaba que era reacia a marcharse.

—Es una pena —musitó al salir despacio de la cuadra.

—Sí —corroboró él—, lo es.

Aquella noche Helena se mostró inusualmente silenciosa. Y cuando hicieron el amor, fue con una ternura que lo dejó asombrado por la capacidad de ella para dar.

A la mañana siguiente, la dejó durmiendo y fue directamente a las caballerizas.

Cuando regresó a la casa al mediodía para comer, ella no estaba.

—Se llevó el cochecito —indicó Lois cuando Matt apareció en la cocina—. Dijo que iba a las caballerizas; se había puesto unos vaqueros de Becca y unas botas suaves. Me pidió que le trenzara el pelo —sonrió encantada—. Imagínatelo. Yo trenzar el pelo de una condesa. Era como seda —continuó, soslayando como siempre el intento de Matt de corregirla respecto de su título—. Aunque supongo que tú lo sabes bien, ¿verdad? —añadió con una expresión que lo puso nervioso.

—Las caballerizas, ¿eh? —fue todo lo que dijo él al acercarse a la nevera a sacar un refresco.

—No es como Jena, Matthew —musitó Lois—. Sería una vergüenza que la tomaras y la dejaras marchar.

—Es mi invitada, Lois —se puso rígido—. Llegado el momento, se marchará.

Tiene una vida a la que regresar. Y yo una que mantener.

Lois no dijo nada. Ni siquiera bufó. Simplemente se limpió las manos en el mandil, lo miró largo rato y fue a concentrarse en el fuego, donde había varias ollas.

Al llegar a la caballeriza donde estaba la cuadra de Jewell, encontró el cochecito de Lois en el centro del pasillo y a Helena, de espaldas a él, hablando por el teléfono móvil.

Al oírla hablar de la lesión de Jewell y de su posible tratamiento con su veterinario, retrocedió en silencio. Con una sonrisa pensó que era una mujer de recursos y se preguntó a quién habría arrinconado para conseguir el número de Doc Jones.

Pero a medida que pasaban los días y Helena se involucraba más en la rehabilitación de Jewell, vio que no se había equivocado al plantar la semilla que las había unido. Todas las noches durante la cena veía un brillo en sus ojos, una animación en su expresión que la hacía parecer más joven, centrada segura. No sentía ni un atisbo de culpabilidad por haberla manipulado para entrar en esa situación.

Tal como había esperado, Helena había empezado a ver algo de sí misma en la yegua herida.

Juntar sus limitaciones con las de Jewell le había brindado un propósito y un objetivo. Si Jewell podía superar sus heridas, entonces, quizá, también lo lograra ella.

Con el paso de los días, se sumergió de lleno en el cuidado del animal. Se ocupaba de cambiarle a diario los vendajes, de masajearle los músculos dañados y de instarla a apoyar parte de su peso en esa pata. Poco a poco, Jewell comenzó a aceptar la insistencia de Helena.

—«¿Qué herida no ha requerido un progreso gradual para sanar?» —le susurró sobre el pelo una tarde cuando la encontró frustrada y agotada por sus propias limitaciones y la lenta y dolorosa mejoría de Jewell.

No había sido su intención hacerla llorar. Pero le caían lágrimas por las mejillas cuando se arrebujó en sus brazos y le sonrió.

—No solo eres amable y sensible, sino que citas a Shakespeare —rio—. ¿Cómo se supone que una chica puede resistirse a ti, Matthew Walker?

—Muchas lo han intentado —bromeó—, pero pocas con éxito.

—Y además eres humilde —se separó despacio de sus brazos—. Y ahora, vete.

Tengo trabajo.

—No te excedas, ¿de acuerdo?

—Es hora de trabajar en serio —le tocó la mejilla—. Vete. No te preocupes por mí. Matt no sabía si ella era consciente del cambio, pero poco a poco podía ver la mejoría en su movilidad, tanto de la mano como del tobillo. La cojera parecía menos pronunciada y utilizaba la mano izquierda con menos renuencia.

Era una transformación sorprendente de presenciar. A medida que recuperaba la fuerza, no tardaría en estar lista para marcharse. Sabía que ella le tenía mucho cariño. Sospechaba que incluso podría estar un poco enamorada de él. Pero también sabía que pasaría, tal como él estaría dispuesto a dejarla partir cuando se hallara lista para dejar el mundo de Matt y regresar al suyo.

Y lo haría, a pesar del dolor apagado que siempre sentía cuando pensaba en ello.

Capítulo Nueve

Mientras se relajaba desnuda en la enorme bañera con hidromasaje que había en la habitación de Matthew, Helena pensó que ya habían pasado tres semanas desde que llegó a High Stakes. Llevaba diecisiete días trabajando con Jewell. Había vuelto dos veces a la consulta del médico, y gracias a la amabilidad de Aaron y de Pamela y a la determinación de Matt de mantener sus viajes a Royal casi en el anonimato, en todas las ocasiones había conseguido esquivar a la prensa.

Había hablado dos veces con sus padres, la última la noche anterior, y les había asegurado que se encontraba bien.

Frente a ella, también desnudo, se sentaba Matt. Tenía los ojos cerrados, la cabeza echada hacia atrás y los brazos bronceados extendidos sobre el borde de la bañera. Estaba tan magnífico que el corazón amagó con parársele.

—¿Te preocupa algo, lady Helena?

Lo miró a los ojos para ver que la observaba con los párpados entornados. Su tono de voz era casual y absolutamente sexual.

—¿Por qué no vienes aquí a preguntármelo, vaquero?

Con una sonrisa perezosa, se incorporó, se pasó los dedos por el pelo mojado, se deslizó por la bañera y se detuvo apoyando ambas manos a los costados de ella.

—¿Te preocupa algo? —repitió a escasos milímetros de los labios de ella.

—Mmm —plantó unos besos suaves y leves en la barbilla y en la mandíbula de él, luego lo lamió desde el cuello hasta la boca—. De hecho, me preguntaba si tu sabor era tan bueno como tu aspecto.

Matt se acercó y sus pechos se rozaron.

—¿Y..?

—Desde luego —tembló a pesar de la temperatura caliente del agua.

Él sonrió cuando movió las manos para cubrirle los pechos. Mirándola a los ojos, paso las uñas de los dedos pulgares sobre los pezones. Ella contuvo el aliento a medida que Matt la alzaba hasta que los senos emergieron de debajo del agua.

—Yo también quería probar algo.

Unas burbujas rompieron en la parte baja de los pechos cuando los labios suaves y húmedos rodearon uno y lo introdujeron en su boca.

—Matthew —gritó, arqueándose hacia él.

—No es suficiente —murmuró Matt, al tiempo que la mordisqueaba un poco.

La sacó del agua y la depositó en el suelo que rodeaba la bañera. Chorreando, se levantó, sacó unas cuantas toallas y las extendió detrás de Helena. Luego la tendió sobre la suave cama de algodón que había fabricado.

—Sigue sin ser suficiente —susurró al volver a hundirse en el agua y situarse entre sus piernas. Derretida por la expectación, ella se apoyó sobre los codos para observar la cara hermosa de él mientras le besaba el interior del muslo derecho y luego el izquierdo antes de pasarse sus piernas sobre los hombros—. No, no es suficiente.

Al primer contacto de la boca, Helena murmuró su nombre. Al primer contacto de la lengua, gritó, luego se entregó por completo a un placer eléctrico que le lanzaba llamas por la sangre. Las aceptó y dejó que la consumieran, dejó que Matt la aniquilara y la tuviera gimoteando, desvalida y sin pudor alguno.

Ella seguía disfrutando del orgasmo cuando él la arrastró de nuevo al agua.

Busco su boca mientras la abrazaba y giraba para quedar con la espalda contra la bañera. Con un movimiento suave, la llenó y la hizo suya con cada embestida profunda, llevándola a cimas que nunca había alcanzado.

Matt apretó la mandíbula, cerró los ojos y estalló dentro de ella con un gemido bajo y gutural, provocándole otras sensaciones tan devastadoras que no estuvo segura de poder sobrevivir a ellas.

—Helena —gimió sobre su cuello mientras flotaba en el borde de la conciencia

—. Helena —una rendición—. ¿Qué me haces?

Ella se apoyó en él, tan laxa como cabello mojado. Transcurrió largo rato mientras permanecían en los brazos del otro. El temporizador del hidromasaje al final se apagó, dejando el baño lleno de vapor y el agua quieta salvo por su respiración entrecortada.

—Te juro —le acarició el pelo—, que tenía tu bienestar en mente cuando sugerí el baño.

—Cariño —le sonrió sobre un hombro—, te has encargado muy bien de mi bienestar —con la poca fuerza que le quedaba, se apartó y le sonrió—. Si con ello alivio tu conciencia, ahora mismo siento muy poca rigidez en el tobillo derecho.

—¿Sí? —esbozó una media sonrisa perversa.

—Sí —se dejó caer otra vez sobre él y murmuró con voz somnolienta—: ¿Crees que podríamos programar otra sesión de terapia para mañana? ¿A la misma hora y en el mismo lugar?

—Eso depende de si esta noche nos ahogamos aquí —la abrazó con fuerza—.

Necesitamos salir, pero no sé si puedo caminar.

—¿De verdad?

—No tienes por qué sonar tan presumida.

—Oh, pero es así como me siento.

Y también sentía amor por ese hombre generoso que le había mostrado un lado de sí misma, un lado sensual, que no sabía que existía.

Sólo más tarde, después de que hubieran logrado irse a la cama y caer dormida en los brazos de Matt, se permitió pensar en lo que sentía por él.

Era algo de lo que nunca hablaba con Matthew, porque él no albergaba expectativas. Sabía que se preocupaba por ella, pero no lo suficiente para pedirle que formara parte de su vida.

En su sueño, él se movió y la pegó a su lado. Helena le acarició el pelo con ternura. Jamás había experimentado un amor como ese, una intimidad como esa. No sabía muy bien si por elección propia o por designio del destino. Simplemente había sido… más fácil mantener la distancia. Evitar cualquier relación intensa. O quizá simplemente nunca había conocido a alguien que la impulsara a explorar las posibilidades.

Hasta ese momento.

Pero debía recordar que sus mundos no se mezclaban. Recordó la primera cena que tuvieron y como él había rechazado su comentario de que podría llegar a amar Texas.

«… mi experiencia con las mujeres hermosas es que prefieren la civilización y las ciudades… a la soledad y los crepúsculos que te cortan el aliento.»

Entonces se había preguntado por las mujeres que había habido en la vida de él.

Si quizá había una que lo hubiera decepcionado. Pero no llegó a preguntárselo y él no se lo contó. De hecho, rara vez le contaba cosas suyas. Eso trazaba de forma efectiva una línea que Matt no quería cruzar.

Sin embargo, se había equivocado acerca de lo que ella prefería. Incluso sabiendo que llegaría el momento de marcharse de High Stakes, ese pensamiento la apesadumbraba. Era inquietante esa… esa conexión casi instantánea que había sentido con el hogar de Matt. No podía quitarse la idea de que parecía el refugio perfecto. De la prensa. Y tal vez de sus propias inseguridades.

Y ahí estaba el resto de la historia. Así como sabía que sus

sentimientos por Matthew eran fuertes, sospechaba que estaban un poco enredados con el miedo a volver a enfrentarse al mundo. Tal vez también él lo sospechaba.

Probablemente lo mejor para todos sería que encontrara el valor de establecer alguna distancia entre ella y ese hombre que en apenas unas semanas la había hecho pensar en cosas que nunca antes había pensado. Cosas como pertenecer… a alguien.

Necesitar a alguien.

«Pronto», se prometió mientras disfrutaba del calor sólido del cuerpo de él.

Pronto recuperaría esa faceta de sí misma que quería jugar para la cámara, sonreír al mundo. Y cuando así fuera, sería el momento de dejar a Matt.

Pero no esa noche. Esa noche había encontrado todo lo que siempre había querido en los brazos de ese hermoso texano.

—Ya se lo dije. Los llamaré cuando la señora esté preparada para hablar con ustedes. Sí. Tengo el número —colgó con fuerza, y sólo después de musitar algunas palabras selectas se dio cuenta de que tenía público—. Ah. Hola —cruzó los brazos y se apoyó en el escritorio al volverse y ver a Helena en el umbral.

—¿Con quién hablabas, Matthew?

Pensó en mentirle, pero no tenía mucho sentido; no podría protegerla para siempre de ese encuentro.

—¿Recuerdas a los dos hombres que nos detuvieron después de tu primera visita a la clínica?

—Los investigadores de Asterland.

—Siguen queriendo hablar contigo —asintió.

—Sobre el accidente.

Aunque tenía el rostro impasible, por el tono de voz Matt supo que la idea la molestaba.

—No tienes por qué hacerlo, Helena.

—Quizá ya es hora de que lo haga —lo miró a los ojos.

Él apretó los dientes, bajó la vista a la punta de las botas y no dijo nada.

Helena se acercó y recogió la edición de la mañana del diario de Royal del escritorio. Aunque ya no acaparaba los titulares, en la primera página aparecía un artículo sobre ella y una especulación acerca de su paradero.

—También es hora de que hable con la prensa —añadió al soltar el periódico.

Matt miró a los ojos a la mujer que había sido dada de alta del hospital hacía sólo tres semanas. Aquella mujer, a pesar de su

fachada de indiferencia, jamás habría tenido la fortaleza suficiente para enfrentarse a la prensa o a Yungst y Johannes. En ese momento ante él tenía a una mujer diferente, una mujer que redescubría su propia fuerza y estaba lista para ponerla a prueba. Eso le produjo alivio y pesar. Se alegraba por ella, pero, inexplicablemente, lo entristecía que representara el fin de su tiempo juntos en High Stakes.

—Es tu decisión —dijo con cuidado—. Pero si decides hacerlo, será de acuerdo con mis reglas —ella lo miró con curiosidad—. Convocaré una rueda de prensa.

Tendrá lugar aquí. De ese modo podré controlar cuándo vienen, cuándo se van y cuántos son. Invitaremos a Yungst y a Johannes y acabaremos con todo de una tacada.

—No puedo dejar que permitas que invadan tu hogar. No tienes ni idea del circo que será.

—Me la hice el día que saliste del hospital —sonrió con ironía—. No dejaré que te atosiguen. Será según mis términos, en mi terreno.

Se acercó a él y le dio un beso suave en la comisura de la boca.

—Mi valeroso caballero texano. Mantendrías a raya a una legión de enemigos,

¿verdad? —Matt guardó silencio, pero en ese momento supo que lo haría. Helena movió la cabeza—. Matthew, escúchame. En cuanto la prensa sepa donde estoy, acampará ante tu puerta. En todo el mundo aparecerán fotos de tu rancho. Lo sobrevolaran en helicóptero; treparán a tus árboles. Harán cualquier cosa para sacarme y, por asociación, a ti también. Tu vida se verá alterada para siempre. Tu intimidad quedara destruida. No quiero que te pase eso.

Ella tenía razón, pero aún así no dudaba en seguir adelante. Más que su propia intimidad, lo preocupaba la seguridad de Helena. Aun no sabía que podía estar en peligro, y él todavía no deseaba que corriera riesgo alguno. En High Stakes podría controlar los elementos. Contaba con buenos hombres. Hombres leales. Aunque no sabía a qué se enfrentaba.

—De acuerdo —reconsideró—. No será aquí. Dame un par de días y se me ocurrirá algo.

—¿Por qué no celebrarla en un hotel? —sugirió—. Es muy público, aunque el personal se encargará de mi intimidad.

El hotel era demasiado público. Muchas cosas podían salir mal.

—Lo pensaré —dijo de manera evasiva—. Simplemente confía en mí para llevarlo por ti, ¿de acuerdo?

—Confío en ti, Matthew —afirmó y se apartó—. Siempre he

confiado en ti —y entonces se dirigió hacia la puerta.

El no supo por qué le pareció el primero de muchos adioses entre ellos. No supo por qué el hecho de que lo dejara fue como un impacto en pleno pecho.

—Matthew, estás muy nervioso. Por favor, relájate. La prensa no nos ha seguido. Nadie lo ha hecho.

Matt movió los hombros y miró por el retrovisor del Lexus negro que rara vez conducía, ya que prefería su todoterreno. Por lo que podía ver, nadie los había seguido desde High Stakes. La prensa no sabía que Helena estaba con él. Si Yungst y Johannes no habían deducido dónde se hallaba, no tardarían en hacerlo… y era eso lo que lo ponía nervioso. Eso y la rápida parada antes de la conferencia de prensa que había arreglado en el club. Antes de enfrentarse a los periodistas, Helena quería ver a su amiga Jamie Morris, con quien había intimado en el avión. Aún cuando le habría gustado decirle que no, no podía hacerlo sin revelarle que podía estar en peligro.

De modo que pasar por la casa de Jamie era el primer tramo de un viaje que le contraía el estómago. Al detenerse delante de la casa de ella, se obligó a relajarse.

—¿Querrías pasar conmigo? —preguntó ella después de que Matt rodeara el vehículo para abrirle la puerta.

—Seguro que prefieres verla a solas —movió la cabeza—. Te esperaré aquí.

Mientras aguardaba, esperó no haber cometido el error de exponerla a unos riesgos desconocidos.

Al abrirle, Helena abrazó a la mujer más joven, con su belleza rubia y fresca.

—Me tenías preocupada —confesó cuando estuvieron sentadas en cada extremo del sofá de Jamie.

—Helena, no hace falta que te preocupes por mí. Eres tú quien resultó herida.

Me alegré tanto cuando me enteré de que habías salido del hospital, aunque detesté no saber dónde te encontrabas. ¿Has estado con Matt todo este tiempo?

—Lo siento. En ningún momento lo pensé —confesó—. Debería haberte llamado. Y antes de que lo preguntes, estoy bien. De verdad —no fue hasta manifestarlo en voz alta cuando comprendió la verdad de sus palabras. Estaba bien.

Todo iba a salir bien. Y cuanto antes reanudara su vida, mejor. Aunque no tuvo tanta certeza con respecto a Jamie—. La cuestión es cómo te encuentras tú.

La otra se encogió de hombros. Por su rostro pasó una expresión que Helena solo pudo explicar de confusión antes de esconderla detrás de una sonrisa alegre.

—Estoy bien.

—Pero no tanto como quieres que piense. Tu vida también ha sufrido una buena sacudida —cuando Jamie no respondió, le tomó la mano—. Sé que estabas loca por volar a Asterland y convertirte en la prometida de Albert Payune. Y lamentó esa decepción. Pero si todavía no lo has reconsiderado y decidido cancelar ese matrimonio por correspondencia, por favor, piensa en lo que ya he compartido contigo. Mi opinión sobre Albert Payune no ha cambiado. Era un fiel partidario de mi difunto primo Ivan. Este… bueno, no era un buen hombre. Ivan tenía sed de poder, era débil y fue fuente de mucho dolor para mi país. No puedo evitar pensar que Albert se parece mucho a él. No sé qué es lo que pretende, pero temo que sus motivos para casarse conmigo no son tan puros como te ha querido dar a entender.

Jamie se levantó y se dirigió a la ventana.

—Bueno, ya puedes dejar de preocuparte, Helena. No va a haber ninguna boda.

Ahora no. Y es evidente que nunca. Mi padre… —pasó un dedo por el borde de la cortina y vaciló—. Bueno, era el gran plan de mi padre, y como parece haber desaparecido, Albert también da la impresión de haber cambiado de idea.

—Jamie —aliviada pero preocupada por ella, se incorporó y fue a su lado.

Apoyó una mano en su hombro—. Lamento el dolor que te ha causado. Pero no lamento que no vayas a casarte con Albert.

—Seamos francas —suspiró Jamie—. Solo acepté el acuerdo de matrimonio con la esperanza de que mi padre pusiera el dinero que le pagó Albert en la granja familiar. Y sinceramente, quería largarme de Royal. Imagino que deseaba vivir una pequeña aventura. Aunque supongo que fue ingenuo creer que si Albert no me gustaba, podría volver a Royal.

Helena la miró y supo que en su historia había más dolor del que dejaba entrever.

—Créeme, Payune es un hombre despiadado que utiliza a la gente. Estas mejor sin él —cuando Jamie no la miró, le apretó el brazo—. Eres una mujer joven y adorable. Algún día, cuando sea el momento adecuado, cuando encuentres al hombre adecuado, te pondrás ese precioso vestido de novia que me mostraste. Algún día, serás la novia de un hombre que te ame.

—Yo no tendría tanta esperanza de que eso suceda —intentó sonreír—. Pero, por si tienes razón, supongo que debería llevar el vestido al tinte.

Helena la abrazó, pensando que las dos tenían más en común de lo que nadie podía imaginar.

Ella misma estaba enamorada de un hombre que la quería mucho pero que no la amaba. Jamie guardaba mucho amor para darle al hombre que descubriera el regalo que podría ser ese amor.

—He de irme —dijo antes de ponerse a llorar—. Pronto voy a regresar a Asterland. Pero nos mantendremos en contacto, ¿de acuerdo?

—Me gustaría.

—A mi también. Adiós, Jamie.

—Adiós.

—¿Lista? —preguntó Matt sentados en su coche negro ante la entrada posterior del Club de Ganaderos.

—Matthew —musitó ella con una leve muestra de impaciencia —. Llevo lista los últimos quince minutos. ¿Por qué seguimos esperando en el coche? —inquirió ceñuda.

En ese momento sonó el teléfono móvil de Matt.

—Walker —dijo. Escuchó unos momentos, giró y miró detrás de ellos—. Sí. Te veo, Dakota. ¿Dónde está Justin? Olvídalo. Acaba de llegar. Aaron ya está aparcado delante de nosotros. De acuerdo. Es la hora del espectáculo. En cuanto baje… vale.

Vale. Sé que conoces el plan. Nos vemos dentro —guardó el teléfono en el bolsillo y le sonrió a Helena—. Es hora de irse —vio que ella estaba perpleja, aunque no formuló ninguna pregunta. Pero la detuvo con una mano en el brazo—. El pañuelo

—insistió—. Lo hablamos. Necesitas llevarlo.

Ella puso los ojos en blanco, pero obedeció.

—Te divierte tanta intriga, ¿verdad? —preguntó con sonrisa exasperada.

—Más de lo que nunca imaginarás —sonrió y bajó.

Cuando abrió la puerta de ella, Justin, Dakota y Aaron lo imitaron y de sus coches bajaron tres mujeres, todas vestidas de negro, como Helena, todas con pañuelos a la cabeza que les ocultaban la cara.

Winona iba con Justin y Pamela con Aaron. Con Dakota iba una bellísima mujer policía a la que habían llamado para desempeñar esa pequeña charada. Ben, ocupado en la protección de Jamie, no formaba parte de ese acontecimiento.

Matt había tenido razón en mostrarse cauteloso. El aparcamiento

estaba a rebosar de periodistas que al instante rodearon los coches. Hizo un gesto con la cabeza y los cuatro hombres condujeron a sus respectivas damas por entre el gentío en dirección a la entrada trasera del club.

Con un poco de suerte, llegado el momento de marcharse, la prensa tendría tanta dificultad en reconocer quién era Helena como en tratar de descubrir en que vehículo se marcharía.

—Apartaos —gruñó Dakota desde la retaguardia, a medida que la multitud de periodistas se cerraba en torno a él.

—Recuerda que te llame si alguna vez vuelvo a necesitar un factor de intimidación —dijo Matt con sonrisa sombría al entrar en el edificio.

—Cuando quieras —repuso, sin dejar de vigilar a la multitud—. Cuando quieras.

Una vez que estuvieron todos dentro, Matt se llevó a Helena a un rincón del salón.

—Podemos cancelar esto cuando tú quieras —indicó sin dejar de estudiar su cara. Incluso antes de que respondiera, vio la seguridad que buscaba en sus ojos.

—Estoy bien —le sonrió—. Y ya es hora de que me enfrente a la realidad.

La rueda de prensa se dio por finalizada justo veinte minutos después de que hubiera comenzado. Matt había arreglado que fuera Hank Langley, propietario del Club de Ganaderos, el que cerrara la sesión de preguntas. A Hank le encantaba una buena pelea, y los mantuvo a raya como un defensa de los Dallas Cowboys.

—He dicho que se terminó —rugió la voz de Hank por el micrófono cuando los periodistas, encabezados por Willis Herkner, clamaron por una pregunta más, y luego por otra—. ¿Qué parte de «se terminó» no has entendido, muchacho? —

demandó con el ceño fruncido que no dejaba sitio alguno a la duda mientras escoltaba a Helena fuera de la plataforma en el salón principal.

—¿Se encuentra bien, pequeña? —preguntó con la mano apoyada en la espalda de ella mientras la escoltaba por la puerta a un vestíbulo privado.

—En realidad, sí —respondió Helena, y sonrió cuando Matt se reunió con ellos con la cara tensa—. Lo estoy —le aseguró.

—Has estado magnífica —le tomó las manos—. Los tuviste comiendo de la palma de tus manos.

—Es como montar a caballo —afirmó con sonrisa triunfal—. Nunca olvidas cómo llevar las riendas.

—¿Sigues con la idea de reunirte con Yungst y Johannes?

De no estar rodeados de gente, ella lo habría abrazado por la preocupación que se manifestaba en su voz.

—Sí —aseveró, con una seguridad que hablaba de su redescubierta confianza—.

Aunque no imagino qué puedo contarles del accidente que ellos no sepan.

—No sabe nada —dijo Milo Yungst al teléfono móvil mientras Garth Johannes y él seguían al Lexus negro que realizaba una trayectoria en zigzag a través de Royal.

—Empiezo a cansarme de oír esas palabras —espetó un encolerizado Albert Payune en la conferencia internacional—. Y empiezo a cansarme de la manera inepta con que estáis llevando la situación.

Debéis quedaros a solas con lady Helena Reichard y Jamie Morris, en algún sitio donde no estén rodeadas de sus protectores. ¡Y no me digáis una vez más que no podéis encontrar a lady Helena! Encontradla. Esos hombres, esos socios del Club de Ganaderos, sólo son hombres de negocios. ¿Cómo pueden superaros constantemente… a vosotros, que fuisteis seleccionados para ayudar a la causa?

—La encontraremos, señor.

—Sí. La encontraréis. Y averiguaréis qué sabe sobre las joyas. Espero un informe por la mañana.

La línea se cortó. Yungst, con los ojos fríos clavados al frente, se guardó el teléfono.

—Sigue a ese coche —le ordenó a Johannes—. No debemos fallar. No debemos.

De pie en la terraza de High Stakes, mientras contemplaba un crepúsculo tan magnífico que le provocaba lágrimas, pensó que iba a echar de menos esa tierra.

—No hay nada hermoso que se pueda comparar con esto —susurró mientras se apoyaba en el pecho de Matthew, atesorando su fuerza solida, la calidez eléctrica de su cariño.

—No estoy de acuerdo —la volvió en los brazos.

La miró como si quisiera memorizar cada detalle de su cara—. Si fuera un poeta, te diría en verso que tu belleza rivaliza con cualquier puesta de sol de Texas que jamás haya visto.

Ella sonrió y el corazón se le partió por todo lo que iba a perder cuando lo dejara.

—Eres un hombre adorable, Matthew Walker.

—Y tú estuviste increíble, hoy. Fuiste muy valiente.

—Bueno —apoyó las manos en los hombros de él—, ya era hora, ¿no crees?

Llevo demasiado tiempo escondiéndome aquí.

—¿Escondiéndote? No. Recuperándote.

—Jamás podré agradecerte lo que me has dado.

—No —interrumpió con un dedo sobre los labios de él cuando vio que quería corregirla—. Necesito decirlo. Aquí he sanado, Matthew. Y tú has sido una parte importante de ese proceso. Me ofreciste cobijo, santuario. Me ofreciste a Jewell —

añadió, sintiendo que las lágrimas le nublaban la vista—. Lo preparaste desde el principio, ¿verdad? Sabías que yo la necesitaba tanto como ella a mí.

—Fue un riesgo —convino él—. Me preocupaba haberme equivocado.

Helena lo abrazó con fuerza.

—Nadie ha arriesgado nunca tanto por mí.

—Hoy has estado magnífica.

—Y fue magnífico —dijo, pensando en la tarde. Había estado nerviosa, con las manos húmedas mientras tomaba las riendas y con la ayuda de Matthew montaba a la joven yegua. Habían realizado dos recorridos lentos pero victoriosos alrededor del corral, con Jewell cuidando la pata pero aguantando con valor el peso de Helena y el suyo propio—. Todavía me lo parece —añadió, apartándose para acariciarle la mejilla—. Es tan maravilloso descubrir que no sólo quiero, sino que necesito reanudar mi vida. Tengo tantos proyectos que han estado parados. Y tantos nuevos que deseo iniciar —como la ayuda a las víctimas de quemaduras que habían sufrido mucho más que ella.

Él le sonrió con un poco de tristeza, luego se inclinó para darle un beso, dulce, lento y prolongado.

—Baila conmigo —pidió, sin dejar de mirarla a los ojos.

—Yo… —calló, dándose cuenta de que había estado a punto de decir que no podía. Pero le sonrió—. Me encantaría.

Y allí, mientras el sol se ponía en toda su belleza y lentitud, mientras la brisa crepuscular se convertía en una cálida caricia y el día le cedía paso a una de las noches más gentiles, Helena bailó, como nunca había creído que volvería a bailar. En el círculo de los brazos del texano alto de ojos verdes se sentía invencible. En el calor de su abrazo, se sentía amada.

Pero no lo suficiente.

Apoyó la cabeza en el hombro de Matt. Él la amaba. Estaba segura de ello. Pero amarla y desear amarla eran dos cosas distintas.

No quería amarla.

Quizá nunca supiera qué lo retenía, pero siempre conocería el dolor que provocaba la resistencia que oponía. Y si de verdad pretendía continuar con su vida, debía dejarlo. Y pronto. Mientras aún tenía fuerzas para marcharse.

Capítulo Diez

La voz de Frank atronó por el interfono, despertando a Matt al amanecer con un seco:

—Ven aquí. Tenemos problemas.

Dejó a Helena durmiendo y bajó a la cocina.

Seguía cerrándose la cremallera y llevando las botas en la mano cuando encontró a Frank, que preparaba café.

—¿Qué? —preguntó sin rodeos.

—Tenemos a una alimaña por los alrededores. De las de dos patas.

Matt soltó las botas y se las puso.

—¿Dónde? —preguntó, yendo hacia la puerta.

—Tranquilo. Se ha ido —Frank se apoyó en la encimera, cruzó los brazos y bostezó—. No supe qué me despertó, pero ahora supongo que debió de ser él;

—¿El? ¿Pudiste verlo?

—Alto. Delgado como una estaca. Pelo revuelto.

—Yungst —Matt musitó un juramento.

—¿Lo conoces?

—Sí. Dime qué pasó.

—Bueno, andaba merodeando por las caballerizas cuando lo vi. Me dio la impresión de que se dirigía hacia la casa grande. Fue en ese momento cuando decidí sacar y cargar a la vieja Bess —con la cabeza indicó la escopeta apoyada contra el rincón de la puerta—. En cuanto me vio, se iluminó como el correcaminos con las plumas en llamas. No, no pude verle la cara ni el coche en el que iba. Debía estar esperándolo alguien al volante, con el motor preparado.

—¿Estás seguro de que se ha ido?

—Sí —Frank bufó—. Dejaron un rastro de polvo tan enloquecido como un remolino.

Matt se sentó y luego miró a su amigo a los ojos.

—Quiero a un hombre situado en cada puerta, en las tres casas. Que Buck y Homer se planten en la entrada delantera, Les y Gary en el Camino del Sur. Quiero saber en todo momento quién entra.

Frank lo observó con expresión sombría.

—¿No crees que ya es hora de que me pongas al corriente de qué diablos sucede aquí?

—Sí, Matthew —él giro para ver a Helena de pie en el umbral enfundada en su bata azul, con el pelo revuelto y la cara somnolienta—. Creo que ya es hora de que nos lo cuentes a todos.

Helena aún se hallaba aturdida cuando Matt terminó de contarles a los tres, Lois se había unido a ellos, sobre el robo de la

joya, el asesinato, las sospechas acerca de un golpe de estado violento en Asterland y, por último, las sospechas que tenían los miembros del Club de Ganaderos de que Helena y Jamie se hallaban en peligro.

Se había quedado tan callada que Matt se mostró preocupado después de que se hubieran ido Frank y Lois.

—Dime qué piensas —la miró desde el otro lado de la mesa, con una taza de café entre las manos.

—No sé qué pensar —apartó la vista—. Joyas que faltan, un asesinato —movió la cabeza—. ¿Tú… tú me cuidabas desde el principio? —él asintió—. ¿Y crees… de verdad crees que existe la posibilidad de que derroquen a mi gobierno? —

experimentó un escalofrío, volvió a mirarlo y se levantó—. El rey Bertram. Debemos advertírselo. Debemos…

—Helena —la detuvo con una mirada—. Por favor. Siéntate —a regañadientes, lo hizo—. Lo tenemos todo controlado. Justin, Aaron, Ben y Dakota, desde el principio. No puedo permitir que te pongas en contacto con el rey Bertram. Eso podría delatarnos. Los que lo necesitan, ya han sido puestos al corriente de la situación.

Ella se obligó a tranquilizarse y a respirar hondo.

—Payune —dijo con brusquedad—. Albert Payune anda detrás de todo. Lo sé.

Él y sus secuaces…—abrió mucho los ojos y se llevo la mano a la garganta—. Oh, Dios mío. Aquel hombre. El alto.

—Yungst —indicó Matt, con todos los sentidos en alerta roja.

—Sí. No —se llevó los dedos a las sienes—. Ese no es su nombre. Yo… no puedo recordarlo, pero no es Yungst. Ahora sé por qué me resultaba tan familiar. Se ha cambiado el pelo y ha perdido algo de peso, pero en el pasado fue un guardaespaldas real. Pasó al anonimato cuando se descubrió que era un líder anarquista. Matthew… hemos de detenerlo. Es un hombre buscado en mi país.

Matt se levantó, le apretó la mano y alzó el auricular del teléfono. Marcó un número y esperó con impaciencia.

—Lewis —dijo cuando un atontado Dakota contestó a la séptima llamada—.

Hemos conseguido un bingo —lo puso al corriente de lo que había pasado y de que Helena había identificado a Yungst—. Sí. Sí —repitió, coincidiendo con la conclusión de Dakota de que necesitaban alertar a las autoridades y capturar a Johannes y a Yungst, o como se llamaran—. Por favor, llama a los demás y cuéntales todo. Llama primero a Ben. Estos tipos empiezan a desesperarse. Puede que deba reforzar la vigilancia sobre Jamie —

odió mirar a Helena al colgar.

—Jamie. ¿También Jamie puede correr peligro?

—Jamie estará bien —aseguró—. Ben tiene la situación bajo control. Podría habértelo contado —añadió cuando ella lo miró con expresión dolida—. Elegí no hacerlo. Todavía te estabas recuperando —señaló al ver la expresión de traición que pasó por el rostro de ella—. Ya tenías suficientes cosas a las que enfrentarte.

—Desde luego —aceptó con amargura—. Siendo tan débil y pusilánime, no cabía esperar que sobreviviera a unos acontecimientos tan terribles.

—No es eso lo que pensé —frunció el ceño.

Ella se levantó y lo clavó en su sitio con la mirada.

—Y ese es nuestro dilema, ¿verdad, Matthew? No sé lo que piensas. No sé qué sientes.

No quería lastimarla. Pero no podía darle lo que sospechaba que ella quería. No podía darle lo que merecía.

—Mientras que tú —continuó Helena—, sabes todo lo que hay que saber sobre mi —él trago saliva, pero continuó en silencio—. Todo menos esto. Te amo.

Matt cerró los ojos y lentamente movió la cabeza. Dejó que las palabras penetraran hondo en su ser.

No supo qué decir. Había sabido que ella se había enamorado de él, y también que las circunstancias habían dictado las condiciones de ese amor. Pero Helena tenía una vida que necesitaba vivir sin él.

—Helena, esto… esto ha sido muy duro para ti. Me importas mucho. Sé que yo te importo a ti. Pero no me amas.

—No te atrevas a presumir de poder decirme lo que siento —lo miró con ojos centelleantes—. Tú eres el único hombre, Matthew, el único al que alguna vez he amado —tragó saliva y mantuvo su mirada—. He esperado. He esperado mucho y me he preguntado cómo sería el amor. Así que no me digas que no te amo. Ya sé lo que se siente al amar. Y creo que tú también lo sabes —añadió al rato—. Pero me da la impresión de que yo no soy la única que ha tenido miedo de enfrentarse a algunas verdades.

Él se quedó allí, sabiendo que quizá lo que ella decía era verdad. Pero sin saber qué sentía al respecto.

—Me echarás de menos, Matthew Walker —concluyó con tristeza antes de darle la espalda—. Me echarás de menos cuando me haya ido.

La observó salir de la habitación. Y se dijo que dejarla marchar era la decisión adecuada. Que era lo mejor para los dos.

Sin embargo, se quedó con la vista clavada en el espacio vacío

que ella había ocupado… y sintió otro vacío. Uno que dejó un dolor hueco y enorme, como el de una herida abierta.

No supo qué lo impulsó a seguirla unos minutos más tarde. Ni siquiera sabía qué iba a decirle, pero cuando llegó al dormitorio de Helena y vio la maleta abierta sobre la cama, tuvo que respirar hondo para serenarse.

—Te vas —la vio ponerse rígida antes de echar más cosas en la maleta.

—Me traslado esta misma mañana al Royalton. Ya he pedido que venga un coche a recogerme.

Con pasos deliberados, entró en la habitación y se dijo que el pánico que experimentaba sólo era por la seguridad de ella, no por el hecho de que se marchara.

—Helena. No es necesario. Ni siquiera es recomendable. Al menos espera hasta que sepamos que las autoridades han apresado a Yungst y Johannes y comenzado el proceso de extradición.

Ella se irguió y lo miró.

—Ya has cumplido con tu deber, Matthew. Has sido el anfitrión perfecto. El protector perfecto. El amante perfecto —se le quebró un poco la voz antes de recuperarse—. Pero es hora de irme.

Ella hablaba en serio. Se marchaba.

Se marchaba. Las palabras resonaron en su cabeza como un ariete. Pero el dolor que sintió fue en el corazón. Se marchaba, y supo que su recuerdo lo perseguiría como una sombra, lo hostigaría como un fantasma.

De pronto no pudo permitir que sucediera.

Comprendió que si ella lo dejaba, él iba a perder algo vital, algo más preciado que el orgullo, algo por lo que valía la pena luchar. Aunque el precio a pagar fuera la felicidad de Helena.

—No te vayas —ella se quedó quieta—. No te vayas —repitió con voz entrecortada.

Muy despacio, Helena se dio la vuelta y le escrutó el rostro, insegura de lo que veía en él.

—Convénceme —expuso con serena autoridad—. Convénceme de que debería quedarme.

Él se pasó una mano por la cara y apartó la vista de esos hermosos ojos azules.

Le había pedido que la convenciera. Lo que Helena necesitaba saber no la convencería de nada salvo de la sensatez de irse. Sin embargo, se dijo que como mínimo le debía una explicación.

—He estado casado —anunció y esperó, como si creyera que el techo iba a caerle encima. Ella guardó silencio—. Jena… Jena había

sido la reina de la sociedad de Dallas. Estaba acostumbrada a las luces, vivía y respiraba glamour. Y necesitaba estar en contacto con lo que siempre había llamado las cosas más elevadas de la vida: galas benéficas, de la alta sociedad. High Stakes se hallaba demasiado lejos del camino conocido por ella y en torno al cual giraba su vida. Acabábamos de salir de la universidad cuando la traje aquí —continuó, acercándose a la ventana—.

Probablemente fue el error más grande que he cometido. Pensé que se adaptaría. Y al principio dio esa impresión. Había quedado deslumbrada por la imagen romántica de casarse con un ranchero… pero no tardó en quedar devastada cuando la realidad de la vida en un rancho no encajo con la fantasía que había urdido en su mente. En seguida perdió el gusto por los espacios abiertos, las tormentas de polvo y la soledad.

Movió la cabeza, y pasados tantos años, aún buscaba respuestas que se le escapaban.

—Ni los acontecimientos celebrados por el Club de Ganaderos consiguieron compensar la falta de galas sociales que tan necesarias resultaban para su existencia.

—se llevó una mano a la nuca y movió los hombros—. Vi como una mujer vivaz, joven y hermosa se convertía en una bruja exigente e insaciable. Odiaba el rancho.

Odiaba el oeste de Texas. Y antes de que se terminara, me odiaba a mí.

Durante mucho tiempo alterné entre sentir como si le hubiera fallado y maldecir su incapacidad de adaptación. Cuando me dejó, antes de que hubiera pasado un año de matrimonio, ni siquiera estaba seguro de que todavía la amara… o de si alguna vez lo había hecho.

—¿Y ahora? —musitó ella.

—Y ahora he llegado a aceptar que fuera lo que fuese lo que compartimos y que nos condujo hasta el altar, había estado alimentado más por las hormonas y por un error de juicio que por un vínculo verdadero.

—¿Dónde está ella? —preguntó con voz aún más baja.

—Muerta —respondió después de respirar hondo—. Murió hace seis años.

Navegaba en el yate de uno de nuestros ilustres senadores. Había una fiesta. Con Jena, siempre había una fiesta —añadió con más fatiga que amargura—. Se cayó por la borda.

—Qué… qué horrib1e.

La miré, sintiendo poco más que una triste apatía por la vida

joven que se había desperdiciado.

—No pude hacerla feliz, Helena. Podría haberme esforzado más. Podría… No sé, haber cedido un poco. Quizá no habría terminado de esa manera.

—¿Es así como ves que va a terminar lo nuestro, Matthew? —inquirió tras un prolongado silencio.

—No puedo cambiar quién soy. No pude dejar High Stakes por ella. No puedo entregarlo por ti. Es mi hogar. Lo llevo en la sangre, y dejarlo… incluso por el bien de mi matrimonio, jamás será una opción.

—¿Y crees que yo te pediría que abandonaras tu casa?

—Creo que, ahora mismo, estás tan enamorada de la idea de esconderte aquí como de que me amas —soltó sin rodeos.

Ella se levantó y se acercó a él.

—¿Tú me amas, Matthew?

—Creo que siempre te he amado —le acarició el pelo y sintió cómo la verdad de esas palabras penetraba hasta su médula.

—Entonces confía en que conozco mi corazón. Confía en que conoces el tuyo. Y

por encima de todo, confía en que encontraremos un terreno común para los dos.

Cree en nosotros, Matthew. Te amo. Amo High Stakes. Y dejé de esconderme hace dias. Pero nunca dejaré de amarte a ti. Jamás.

La abrazó, cerró los ojos y movió la cabeza. Supo que sin importar lo que hubiera pensado, sin importar lo nobles que fueran sus intenciones, nunca podría dejarla marchar.

—¿Significa esto que te he convencido? —le preguntó.

—Oh —ella sonrió—, dos pequeñas palabras podrían sellar el acuerdo.

—Cásate conmigo —pidió sin titubeos.

—Sí —repuso antes de acercarlo para darle un beso en la boca.

Del otro lado de la puerta del dormitorio, Lois soltó un enorme suspiro de alivio.

—Bueno, ya era hora —musitó, secándose una lágrima mientras marchaba pasillo abajo—. Pensé que el tonto iba a dejar escapar a esa mujer. Lo habría despellejado si no hubiera recuperado la cordura. ¡Frank! —rugió al bajar las escaleras—. ¡Franklin! ¡Vamos a tener otra boda! ¿No te lo había dicho?

—Sí —convino Frank al reunirse con ella al pie de las escaleras —. Desde luego que sí.

—Una condesa —ronroneó cuando su marido le pasó un brazo por los hombros

—. ¿Habías pensado alguna vez que tendríamos a una condesa en High Stakes?

—No, querida. Nunca.

Aún seguían en la cama cuando el teléfono sonó a la mañana siguiente.

—Walker —dijo, acomodando el teléfono bajo el mentón—. Aaron. Hola. ¿Qué pasa?

—Las cosas se calientan. Acabo de recibir una llamada de Justin. Hace un rato un coche intentó atropellar a Jamie.

—Dios mío —Matt se sentó—. Jamás pensé que llegaran tan lejos. ¿Se encuentra bien?

Preocupada, Helena se apoyó sobre los codos.

—Sí. Gracias a Dios que Ben estaba presente cuando sucedió y consiguió apartarla de la trayectoria del vehículo. Aunque recibió un buen golpe al caer. Justin dice que se pondrá bien, a pesar del susto y del chichón en la cabeza. Según él, Ben mostró su ascendencia y se la llevó de la escena a su rancho como si se tratara de un episodio de *Las Mil y Una Noches* —añadió con tono risueño.

—Lamento que le haya pasado esto, pero me alegro de que se encuentre fuera de la ciudad y a salvo con Ben.

—Puede que esté fuera de peligro del fiasco de las joyas —Aaron rio entre dientes—, pero yo no diría que se halla a salvo. ¿No has notado la expresión que pone Ben cada vez que se menciona su nombre?

Después de comentar cómo se complicaban más las cosas, Matt colgó. A su lado, Helena prácticamente lloraba.

—¿Qué sucede? ¿Qué le ha pasado a Jamie?

—Se encuentra bien —murmuró, acercándola—. Está en buenas manos.

Después de que él la pusiera al corriente de la situación, suspiró aliviada.

—Y yo también —corroboró, acurrucándose contra él—. Estoy en las mejores manos posibles.

Más tarde, después de que la hubiera amado profunda y completamente y de que ella se hubiera quedado dormida, Matt pensó en la llamada de Aaron. Ben y Jamie. ¿Sería posible que el distante y misterioso jeque Ben Rassad y la dulce y respondona Jamie Morris pudieran encontrar lo que habían encontrado Helena y él?

Lo dudó. Aunque cosas más extrañas habían pasado. Se volvió y sonrió a la hija del conde de Orion, desnuda y cálida a su lado.